



*Mi mundo
imperfecto*

NURIA PARIENTE NOGUERAS

Mi mundo imperfecto

NURIA PARIENTE NOGUERAS

Título: *Mi mundo imperfecto*
© 2020, Nuria Pariente Nogueras
De la maquetación: 2020, Nuria Pariente Nogueras
Del diseño de las ilustraciones: 2020, Verónica Monroy Romeral
Primera edición: 2020
Impreso en España
ISBN-13: 9798623792846

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Mi mundo imperfecto

NURIA PARIENTE NOGUERAS

Agradecimientos

Xosé, el centro de mi universo, el pilar indispensable de mi pequeño mundo, la vela de mi velero. Mi marido, amigo y confidente, el hombre que se ha convertido en mi verdadero amor y que me ha concedido el privilegio de ser el suyo. El indiscutible papá de mis hijos... A él, sobremanera, he de agradecerle que hoy mis novelas vean la luz.

Mis hijos, quienes han supuesto el revulsivo que necesitaba para embarcarme en esta aventura. Mi lucha personal por sacarlos adelante me hizo desempolvar del pasado mi pasión por la escritura. A ellos, agradecerles que me hayan recordado que, si se quiere, se puede.

Melchor Riol, que llegaste de manera desinteresada a mi vida, en el momento justo y necesario, para aportarles a mis novelas el empuje que necesitaban. Gracias por tu apoyo, paciencia, confianza y dedicación, sin lo cual, en muchos momentos, me habría venido abajo.

A mi correctora Olaya, porque ha pasado a formar parte de este, mi pequeño mundo de sueños cumplidos, como una parte imprescindible a la hora de dar la calidad que merecen mis escritos.

A mis lectores cero, cuyas críticas iniciales han contribuido a enriquecer más la novela que hoy llega a tus manos.

Y, cómo no, eternamente agradecida a ti, mi lector, que has adquirido mi obra, porque tengo claro que, sin todos y cada uno de vosotros, ¡hoy esto no sería posible!

* Prólogo *

¡Libre!

—¡Al fin! Me he librado de él. —Empino el codo y me trago un tequila seco, después de chupar la sal, e inmediatamente después me introduzco un pedazo de limón en la boca.

No me hace falta volver mi mirada hacia Silvia, sé que me observa con esa ceja elevada, ese gesto tan característico en ella, juzgando mis actos.

Sostengo el capote en alto para torearla, poso mi vaso con fuerza sobre la barra del pub y me vuelvo hacia ella con una amplia sonrisa.

—Sabrina, has estado casada un mes —evidencia aporreando sus dedos contra el mismo mostrador.

—¡Uf...! No me lo recuerdes. ¡Camarero, otra ronda!

—Te dije que te estabas precipitando, que no lo hicieras, que te conocía y que ibas a terminar arrepintiéndote. Admito que no hubiera vaticinado que te iba a durar treinta escasos días el capricho, de apostar hubiera sido un poco más alto..., ¡pero que no iba a durar, eso lo supe desde el principio!

—¡Siempre sorprendo! —Abro mis dos brazos y me señalo a mí misma—. Yo soy así —comento con orgullo.

—¿Una desequilibrada mental? ¿Cuánto hacía que lo conocías, dos, tres semanas?

Enrojezco, no por el alcohol, al que ya estoy acostumbrada, ya que Silvia y yo salimos cada viernes tras cerrar la fábrica para celebrar una semana más que nuestro humilde negocio continúe abierto, una rutina que ya teníamos desde que éramos jóvenes, pero siempre nos sacamos de la

manga la excusa perfecta para justificar estos locos viernes de semana en semana. Hoy toca celebrar que me he librado de mi matrimonio exprés con Álex, a quien conocí...

—No, lo conocía de hacía cinco días, ¡pero es que me enamoré!, vi en él... —miro al techo fantasiosa— al padre de mis hijos. —Suspiro con fuerza.

—Estás muy mal. —Silvia toma su tequila y, tras chupar el limón, con esa cara de grima dibujada en el rostro, me mira y niega—. Tienes veinte años, acabas de iniciar un negocio, y decides de un día para otro casarte a escondidas, irte a vivir con una persona que conoces de apenas cinco días y plantearte, incluso, ¿tener hijos con él?

—Bueno..., a ver... —decido aclarar para evitar confusiones y malentendidos—, los hijos eran para más adelante, no para ahora mismo. —Gesticulo mirándola fijamente.

Me vuelve a observar con esa ceja elevada, no sé cómo es capaz de hacerlo, una hacia arriba y la otra fija en su sitio, es... fascinante.

—Deja de estudiar mis gestos y mi ceja elevada —comenta leyendo mi pensamiento—. Estamos tratando un tema bastante más importante. —Acierta a decirme—: Tienes una mentalidad muy alocada, que fusionada con el hecho de que eres despistada e hiperacelerada, se crea un cóctel llamado Sabrina, imparable y muy muy muy... temerario.

Suspiro con fuerza, me molesta que me conozca tan bien. Llevo mi mano hacia mi nuevo tequila... ¡y para dentro!

—¿Qué es lo que te callas? —dice acercándose a mí para no gritar, dado el elevado tono de la música del local.

—Él... quería tener hijos ya —comento titubeante.

—¡Lo sabía! ¡Así que para más adelante!

Al haberse aproximado más a mí, me chilla aquello tan pegada al oído que casi me deja sorda.

—¡Tranquilita! —advierdo—. Ya no estoy casada, no habrá hijos, no hay Álex que valga. ¿Entendido? Deja ya los reproches.

—Ja.

—¡Ja! ¿Qué? ¿Qué intentas decir con ese «ja»?

—Pues que estás preñada, amiga.

Palidezco.

—¡No! Él quería, yo no.

—Sé que ya no tomas la píldora —comenta, dejando claro... que no podré mentir—. ¿Te pidió que le dejaras hacértelo sin usar preservativo?

Asiento, sí, me lo pidió y... sí, lo consentí, pero solo cuando ya estuvimos casados, aunque eso fue... casi un mes.

—Te digo yo que ese tío te ha preñado, no te crees ni muerta que te vas a librar de él tan fácilmente.

—¿Sabes qué te digo? —Me pongo en pie de un brinco, bajo del taburete en el que estaba sentada y me encaro a ella—. Que mañana madrugó, me toca hacer reparto a mí. Y... que esta conversación se ha terminado.

—Te acompaño hasta la furgoneta.

—No hace falta —digo enfadada, caminando apresuradamente hacia la salida del local.

—Sí, hace falta. —Se sitúa a mi vera y toma mi brazo con cariño—. A saber dónde la habrás aparcado, por aquí no hay donde encajar ni mi mini, como para colar nuestro furgón, necesitarías la casualidad de que hubiera mínimo tres plazas normales libres...

—¡En el parking! —chillo para que deje de recordarme lo sumamente patosa que soy para aparcar.

Frena en seco y a mí con ella. Ya estamos en la calle.

Me vuelvo, me mira estupefacta.

—¿En el parking? —pregunta entrecortada.

Me encojo de hombros, no sé a qué viene la pregunta y la actitud defensiva que muestra, ¿cuántos parkings hay por aquí cerca?

—¿Qué parking, Sabrina? —insiste de nuevo.

—El único que hay por aquí —respondo irónica.

—¿El parking del Corte Inglés? —pregunta con asombro.

Asiento y hago el ademán de comenzar a caminar en dirección al mismo, pero me retiene, así que frunzo el ceño y la miro con reproche.

—¿Se puede saber qué leches pasa?

—Tú, lo que pasa siempre eres tú. Te llevo a casa, a ver cómo solucionamos el problema.

—¿De qué hablas?

—¡Qué hora es, Sabrina?! —pregunta con enfado.

Miro mi reloj y le doy la hora.

—Once y media, muy buena hora para irse a casa a descansar, porque mañaanaaaaa... — canturreo burlesca— algunas madrugamos, no me voy contigo, Silvia, me voy a por el furgón y a mi casa.

—¡Vale! —Libera mi brazo y eleva ambas manos al aire con gesto de afán—. ¿Sabes qué? Hay lecciones que son complejas de aprender, en tu caso llevas veinte años tropezando con la misma piedra de siempre y no aprendes ni a ¡hostias! —Me gruñe con fastidio—. Buenas noches.

Se vuelve, me da la espalda y camina furibunda hacia donde quiera que esté su mini estacionado.

No le doy más importancia, no comprendo a qué viene esta perreta. En el parking del Corte Inglés no cobran por el estacionamiento, igual es que cree que tendré que pagar por el mismo, y como el negocio es de ambas y ella es... de la *cofradía de la virgen del puño agarrado*... Río para mis adentros con semejante descripción que mi subconsciente pincela de Silvia, risa que... se me borra de un plumazo al llegar a la puerta de entrada al parking por la que entré y comprobar que...

—¿Cerrada?

Frunzo el ceño y comienzo a caminar por el perímetro del gran centro comercial, me doy la vuelta a todo el ruedo, puerta a puerta de entrada al parking me las hallo cerradas a cal y canto, y mi desesperación va en aumento, un calor soporífero recorre todo mi cuerpo...

—No puede ser..., no puede ser...

Me llevo las manos a la cabeza, cada vez camino más y más deprisa, hasta dar alcance a la última de las puertas, y... una gran sonrisa se instaura en mi rostro cuando veo un camión reculando y entrando.

—¡Uf..., menos mal! ¡Creí que no podría sacar la furgoneta!, ¡estaba a puntito de sufrir un síncope!

Alcanzo el portón elevado y un guarda de seguridad me da el alto.

—Señorita, aquí no puede entrar.

—Solo voy a sacar mi furgoneta. —Señalo hacia el interior.

—Esto no es parking, es zona de carga y descarga y no puede estar aquí —repite, por si no me había quedado claro.

—Pero... mi furgoneta...

—El horario es de nueve a diez y media.

—El del supermercado tal vez, pero el del parking no.

Mi osadía le dice aquello a un guarda de seguridad, que probablemente, por su aspecto de veterano, lleve trabajando en esos grandes almacenes más años que vida tengo yo.

—Le puedo asegurar que el horario que le he indicado es tanto para el supermercado como para el parking.

—No entiendo muy bien lo que está insinuando.

Le robo una carcajada, se conoce que le resulta cómica mi actuación. Igual me equivoqué de profesión, como payasa hubiera tenido gran éxito.

—Señorita, no va a poder sacar su vehículo hasta las nueve de la mañana de mañana, y suerte tiene que será sábado, de ser domingo, no podría hacerlo hasta el lunes.

—Pero eso... no puede ser. —Sitío mis manos entrelazadas delante del rostro y suplico—. Mañana a las siete de la mañana hago una entrega, tengo que ser puntual o perderemos al cliente, al cual acabamos de conseguir, ¡si lo perdemos me mata Silvia! —Enfatizo abriendo mis ojos como platos—. Tengo un negocio de repostería, el cual no tiene ni tres meses, y es muy, pero que muy importante que entregue lo que tengo cargado ahora mismo en la furgoneta mañana a primera hora o el único cliente medio decente que hemos logrado captar nos mandará a paseo, ¿comprende? —Señalo hacia el interior del edificio—. Dicha furgoneta está ahora mismo aparcada en este recinto. ¡Le imploro... —echo la rodilla al suelo— que me deje sacar mi furgoneta! —Lloriqueo ante el anonadado rostro del veterano, que tiene toda la traza... de que no va a ceder a mis encantos.

—Deja de hacer el ridículo, ¿quieres? —Oigo la reprobatoria voz de Silvia a mis espaldas—. Levántate, por el amor de Dios, ten un poco de dignidad. —Me sostiene por debajo de las axilas y tira de mí para que me incorpore—. Disculpe a mi socia, es una verdadera berza con patas. Mañana pasaremos a recoger la furgoneta cuando hayan abierto al público.

El hombre tan solo asiente y observo cómo le hace un gesto de complicidad a Silvia, ambos deben de pensarse que estoy como una regadera, pero ni de lejos es así, es mi... idiosincrasia, no puedo hacer nada por evitar ser como soy.

—Sube —me ordena Silvia cuando llegamos a su mini, estacionado en medio de la vía, justo delante del portón de carga y descarga.

—Ya sabías que no me iban a dejar sacar la furgoneta —concluyo.

—¡Pues claro que lo sabía! ¡Pero como no escuchas! —Gruñe con enfado, entra en su coche y cierra de un buen portazo, hago lo propio y subo por la otra puerta.

—¿Cómo iba a suponer que el parking no permanecía abierto toda la noche? Después de todo es gratuito —me encojo de hombros—, qué más les da a ellos que esté abierto o cerrado —comento con absoluta convicción sobre mis palabras.

—¡También! —Da un fuerte golpe sobre el volante—. ¿Vas a decirle tú al gerente del Corte Inglés cómo debe gestionar su negocio?

—¡Ay! ¡Mira que eres borde! ¿Tú nunca te equivocas?

Vuelve con lentitud su rostro hacia mí, sus ojos están abiertos como platos.

—¿Me lo preguntas en serio?

La miro burlesca y afirmo.

—Sí me equivoco, Sabrina, muchas veces —confiesa—, más o menos la misma media que cualquier ser humano, pero ¡por ahí no paso! ¿Me comparas contigo?

—No te comparo conmigo, no —digo con un puchero.

Lo cierto es que Silvia tiene una precisión de acierto en todo lo que dice y hace del noventa por ciento, cuando la mía es de... un escaso cincuenta por ciento. A veces tengo la sensación de que mi vida es como un puesto de feria ambulante, trucado para que la probabilidad de acertar a una diana o de derribar un patito sea nula. No sé por qué..., pero observo en mí misma que la suerte siempre ha de estar presente en mi camino, y como digo, es como jugármela a cara o cruz,

cincuenta por ciento de acierto.

—Eres... —Vuelve a desviar su mirada de la carretera para fijarla en mi perfil, ya no sé con qué expresión porque paso de seguir conversando con ella. La cagada... ya está hecha, así que no ganamos nada discutiendo por ello—. Muy despistada —concluye.

—No sabía que el parking cerraba, ¿vale? —Me intento defender—. De haberlo sabido, obviamente no hubiera metido en él la furgoneta.

—¡Hombre! ¡Me imagino que a propósito no lo habrás hecho! ¡Pero llevamos alternando en la misma zona desde que somos crías y si, desde que nos desplazamos hasta aquí en coche, podíamos estacionar en un parking gratuito... —chilla burlándose con el tono empleado—, ya hubiéramos hecho uso de él en más de una ocasión, en lugar de estar media hora tratando de estacionar por los alrededores! ¡¿No crees?! —

—¿Por qué sigues enfadada y discutiendo conmigo por algo que no tiene solución? —pregunto con enfado.

—¡Tendré que desahogarme, Sabrina! ¡Todo ser humano conoce el horario del centro comercial al que habitualmente acude! ¡Menos tú! ¡Claro! —Golpea con rabia el volante de su mini—. Es muy frustrante ser tu amiga, te quiero, eres pura dulzura y mejor persona, pero esa berza tuya..., ojalá te hubiera comprado un conejo el día que te conocí.

—Paso de animales —repongo rotunda—. Ni se te ocurra comprarme un conejo.

Otra vez, con esa lentitud que me enerva, gira su rostro hasta que su desconcertada mirada se cruza con la mía...

—Era un... decir... Los conejos comen verduras y tú tienes una buena berza —explica endureciendo las palabras.

—Ah, ya lo pilló. —Sonrío.

—Te dejo en casa —añade con enfado.

Mañana se le habrá pasado, qué remedio le queda, si ella cree que es complejo aguantarme desde fuera, que se figure lo que es ser yo misma. Dicen que el que no tiene cabeza tiene patas, mañana me veo cogiendo, a falta de uno, tres autobuses para llegar hasta el puñetero centro comercial que retiene a mi furgoneta secuestrada con el pedido que habría que entregar a las siete en punto...

—Pasaré a recogerte a las nueve menos cuarto —interrumpe mis pensamientos—, te dejo en la puerta del parking, recoges la furgoneta y haces la entrega igualmente. No quiero que te justifiques en exceso con el cliente una vez llegues, ni cuentes lo que te ha sucedido de verdad. Simplemente, si recriminan que llegamos dos horas tarde, diles que teníamos anotada mal la hora de entrega, y que no se volverá a repetir.

Es... abrumadora la capacidad que tiene esta mujer para los negocios, ¡qué cabeza!, para maquinar todo lo que acaba de decir, justificando así a la caraja de su socia, o sea, yo.

Está claro: en esta historia, donde os doy la bienvenida a mi mundo imperfecto, ella queda presentada como la cabeza pensante del negocio, y yo soy la que realiza las obras de arte que espero que nuestros nuevos clientes de mañana aprecien más que el tremendo retraso en el reparto.

—¿Me he explicado? —inquire ya con algo menos de enfado, estacionando frente a mi portal.

Asiento, no añado más, para qué, sé que se marchará dándome un fuerte abrazo y perdonando de nuevo mi pifia. No entro al trapo, sé lo que soy y cómo soy, mis padres hace tiempo que tiraron la toalla conmigo, pero en cambio ella... lleva a mi lado desde que teníamos doce años y nos conocimos en el instituto.

—Otra cosa... —Sigo mirándola con carita de buena, con ojos de cordero degollado—. Esa farmacia de la esquina está esta noche de guardia, tiene la cruz encendida. —Señala hacia mi derecha, vuelvo el rostro y la observo.

—¿Necesitas algo, te encuentras bien?

Solo nos hemos tomado un par de tequilas. Estamos acostumbradas a esa dosis de alcohol, no creo que le haya afectado, tampoco parece demacrada...

—No es para mí, es para ti.

—¿Ah, sí? —pregunto incrédula.

—Ve a coger un test de embarazo, y... —suspira—, si da positivo, dame al menos veinticuatro horas antes de darme la noticia, ¿quieres? —Pinza el puente de su nariz.

—No-estoy-embarazada —digo espaciadamente.

—Tomabas la píldora como método hormonal para regular tus reglas, Sabrina. El médico te

la retiró de la receta médica hace más de medio año. —Eleva esa maldita ceja, me conoce mejor que yo a mí misma—. Te pidió que te acostaras con él sin usar protección, antes lo confesaste.

—Sí. —Vuelvo a confirmar sin avergonzarme, aunque no es una cuestión, para luego pasar a realizar la aclaración pertinente—: Pero solo ocurrió tres... o cinco veces. —Miento tratando de defenderme torpemente, pues es... mentira, desde la primera noche, ya casados, lo hicimos sin protección—. Además, ¡da igual si no usamos preservativos! Es una estupidez suponer que pueda haberme quedado en estado tan rápido. ¿Sabes lo escasa que es la probabilidad? ¿Lo que tarda cualquier mujer en concebir una vez deja un método anticonceptivo hormonal?

—Sí, unos seis meses, y tú llevas más con la píldora retirada. ¡Sabrina! —Se vuelve hacia mí, toma mi mano y la oprime, me pone esa cara de *siento lástima por ti, amiga*—. Los porcentajes habituales de cualquier estudio, en cualquier persona *normal* —dice esa palabra con retintín—, no te hacen justicia, tú... eres esa excepción que confirma toda regla, así que... hazte ese test, antes de que caigas en la tentación de tomarte otro tequila.

Libero el agarre de su mano y la miro con enfado, antes de bajarme del coche y dirigirme hacia mi portal, obviando su recomendación.

—¡A las nueve menos cuarto te recojo! —la escucho chillar tras de mí.

Entro en mi portal y cierro sin responderle, ni que fuera una cría pequeña a la que hay que decir lo que tiene y no tiene que hacer.

Capítulo * 1

No paro de dar vueltas, no consigo conciliar el sueño, Silvia siempre logra con sus palabras generar en mí esta maldita incertidumbre que me desquicia, porque...

—¡Mierda! Siempre acierta en todo, rara vez se equivoca.

Vuelvo a levantarme de la cama por enésima vez, voy al servicio y vuelvo a mear, ya es la quinta vez. Dicen que las embarazadas mean mucho, ¿desde el minuto uno en que estás embarazada?, me cuestiono.

Me limpio, tiro de la cisterna, no me subo el pantalón, me pongo de perfil ante el espejo, ¡parece que tengo hasta barriga!

—¡Mierda! ¡Me estoy obsesionando! Terminaré por generar un embarazo psicológico. —Me vuelvo, observo mi trasero y busco... estrías de embarazo—. ¿Cuándo tendría que haberme venido la regla? —No lo recuerdo, la píldora me la regulaba, me desentendía del tema, tendría que haber vuelto a la consulta y exigir al médico que me la recetara de nuevo, pues mi cuerpo no termina de regularlas, pero arrancamos con la fábrica y la falta de tiempo me lo ha impedido—. ¡Mierda! ¡No puedo estar embarazada! ¡No hay un *miniyó* dentro de mí! ¡Ni puede ser que mee tanto por su culpa, ni esta barriga es porque esté en estado y..., gracias a Dios, no tengo estrías!

Me digo como un mantra, me intento reconfortar a mí misma...

Vuelvo a la cama y veeeengaaaa dar vueltas...

—¡A tomar por saco!

Salto a tierra de nuevo, me pongo un pantalón de chándal y una sudadera, calzo unos playeros y bajo a la calle en busca de un puñetero test de embarazo, así salgo de dudas y duermo de una maldita vez.

Está fresca la noche, fricciono mis brazos arriba y abajo, troto hasta la esquina de mi calle, entro y me reconforta el calorcito que hay aquí.

—¿En que puedo ayudarla?

Una voz encantadora sale de detrás del mostrador, la mitad de él está cubierto por el ordenador tras el que se esconde.

—Necesito un test de embarazo.

Asoma la cabeza y me escudriña de arriba abajo. Es un hombre muy atractivo, con esa bata blanca tiene un punto... Mordisqueo mi labio y pienso la de travesuras que haría con él en la trastienda de esta farmacia, dicen que a rey muerto rey puesto, yo con Álex ya no tengo nada, así que no tengo por qué justificar que mi enamoradizo corazón quiera darse un buen revolcón con aquel apuesto farmacéutico.

—¿Cómo lo quiere?

—Perdón... —Me estaba recreando con mis fantasías y no sé qué responder. ¿Cómo lo quiero? Es que... ¿hay de varios tipos?

—Desea solo un test de sí o no, uno que le indique más o menos el tiempo de gestación...

—¡Ah, no! —Aireo mi mano restando importancia—. Quiero uno que me diga que no y ¡funcionando! —concluyo con sinceridad dando una fuerte palmada al aire.

Y él... se ríe escandaloso.

—De esos... no tenemos, el test le dirá con un mínimo margen de error que sí, si es que está embarazada. —No puedo evitar sentir la ironía en su tono—. Le dirá el no que desea siempre y cuando no lo esté.

—De porcentajes no me hable —digo cerrando los ojos y negando con mi rostro—. Según mi gurú —me estoy refiriendo a Silvia, claro, aunque él no lo sabe—, los porcentajes y estadísticas no son fiables conmigo.

—En ese caso, sería mejor que fuera al ginecólogo, pero yo creo... —vuelvo a sentir la ironía en su voz— que si está embarazada... —Se vuelve, me da la espalda y acceso a su trasero cuando se estira y alcanza algo que está en la parte de arriba, ladeo mi rostro ligeramente y constato que los pantalones vaqueros le sientan de maravilla al farmacéutico—. ¡Este! —dice posando ambos pies, los cuales estaban de puntillas—. Este le confirmará con exactitud que está

de enhorabuena.

Me sonrío al percatarse de que disimulo malamente el hecho de que estaba mirando su trasero, sitúo mi mano en la nuca y fricciono con ella, desvío mi vista hacia otro lado.

—Bien, entonces ese es el que quiero, si me va a dar la enhorabuena, es que me va a decir: no. —Sonrío de manera ficticia, porque como me diga que sí...

—Son doce euros —dice pasando el test por el código de barras.

—¡Mierda! ¡No he bajado la cartera!

Bufo y me doy la vuelta encaminándome hacia la salida.

—Vuelvo enseguida, vivo aquí al lado. —Señalo hacia la derecha, dándole la espalda—. ¡Maldita sea! ¡Qué cabeza la mía! —Me maldigo a mí misma, empiezo a pensar que no estoy centrada, menos mal que sí me acordé de coger las llaves antes de cerrar, porque encima tengo la costumbre de dejarlas puestas por dentro, ya hubiera sido el colmo de los colmos si no puedo entrar ni en mi propia casa.

—¡Espere!

Me doy media vuelta y lo veo salir de detrás del mostrador, acercarse a mí y estirar su mano en mi dirección con el test.

—No se preocupe, tenemos guardia hoy y mañana, hágase la prueba. Parece que es importante para usted, y si es que está embarazada, no conviene que ande cogiendo frío, puede pasar más tarde, cuando haya realizado la prueba, un poco más abrigada. —Me mira de arriba abajo como antes, escudriñándome y muy probablemente, como todos a mi alrededor, juzgándome por ser una acelerada que no piensa las cosas antes de actuar—. O dígame a su pareja que venga él. —Eso ha sonado a crítica, piensa que hay un hombre que se ha quedado atrapado en el confort de nuestro hogar mientras mandaba a la posible embarazada a por el test, en lugar de ir él—. Y si no hay una pareja que pueda acercarse... —termina por concluir al ver mi mueca de desagrado cuando ha creído posible que aún exista un Álex en mi vida, aunque él no lo conoce y no es exactamente lo que ha dicho—, mañana puede hacerlo. —Da como última opción—. Tenga.

Tomo aquel dichoso test, el cual espero que me dé una alegría, aunque tenga que gastarme doce euros para recibirla.

Asiento sin darle más explicaciones, ni concretar con él quién pagará: yo, hoy, mi pareja fantasma, de aquí a un rato, o yo, mañana.

Regreso al confort de mi desbarajustado apartamento.

—¿Cómo voy a tener un hijo? —Miro a mi alrededor, observo aquel aparador a la entrada abarrotado de cosas inútiles que sencillamente he ido depositando sobre él y que por pereza jamás he reubicado—. Lo perdería sin salir de casa, o lo dejaría olvidado en la misma furgoneta que he tenido el despiste de meter en un parking de donde no puedo rescatarla. No me gusta cocinar nada que no sea repostería... ¿Qué iba a darle de comer, cookies y magdalenas a todas horas?

Observo el test entre mis manos encaminándome con desgana hacia el cuarto de baño, para ello tengo que esquivar calzado y chaquetas que están tendidas por el pasillo.

—Cuanto más espacio se tiene, peor. Este piso es demasiado grande.

Lo adquirí por un embargo del banco, cuando estaba buscando un alquiler me topé con él, y el destino estaba hablándome. Claramente debía comprarlo, porque la cuota que pago al banco en concepto de hipoteca es la mitad de lo que me pedían por un alquiler.

Ciertamente, cuando buscaba un alquiler me conformaba con un apartamento como el de Silvia: estilo loft, un pequeño aseo y ¡ya! Pequeño igual a ordenado, porque si no tuviera tanto espacio no tendría la mitad de las cosas que tengo..., creo.

Observo la segunda puerta cerrada de la habitación de mi piso, la abro, y... está vacía, tal y como se hallaba cuando lo compré.

Suspiro con fuerza y cierro la puerta de nuevo.

—Por favor... —Sitúo mis manos entrelazadas con el test de por medias y miro al techo, mientras camino hacia el servicio—. Sé que no te rezo desde niña, sé que si lo hacía por aquel entonces era porque mi madre me obligaba, pero también es cierto que por estadística no te he pedido nunca nada de nada... ¡Dios! —invoco—. ¡Que sea un no! —chillo... para que me oiga.

Diez minutos más tarde...

—¡Joder! ¡Mierda! ¡Desde niña supe que eras un fraude y que no existías!

Miro al techo, reprocho y culpo a Dios por haber dibujado dos rayas en aquel test que confirma un positivo.

Solo media hora después, en aquella noche de insomnio...

—Ha vuelto.

—Sí, tenga. —Le pongo sobre el mostrador, de mala gana, el importe justo y exacto, para no tener que esperar por el cambio, y me doy media vuelta dirigiéndome hacia la salida sin demora.

—Espere..., el tique.

—No me hace falta. —Aireo mi mano—. No voy a devolverlo.

—¿Eso significa que ya lo ha usado? —pregunta el farmacéutico atractivo con cautela.

Freno mi huida y asiento con el rostro sin darme media vuelta, acompañando mi asentimiento con un fuerte suspiro de pesar. No sé qué voy a hacer ahora...

—No es el resultado que esperaba. —No hay entonación en sus palabras—. Tómelo con paciencia, le quedan muchos meses por delante para hacerse a la idea.

—No voy a tenerlo, no puedo. —Salgo al exterior, cierro la puerta de la farmacia tras de mí y camino hacia mi portal. Cruzo mis brazos sobre el pecho, hace frío.

No sé por qué leches le doy explicaciones a ese farmacéutico, se me han hecho una bola en el estómago las palabras que acabo de decir, ¿no voy a tenerlo? ¿Porque no puedo o porque soy tan egoísta que no quiero que venga a joderme la vida, aunque de primeras accedí a que viniera?

—¡Malditos mis caprichos! —me chillo a mí misma alcanzando el portal.

—Señorita. —El farmacéutico de nuevo, ya reconozco su voz sin tan siquiera mirarle—. ¿De cuánto estima que estará?

Con lentitud me vuelvo hacia él, de primeras quisiera soltarle una impertinencia y pedirle que se largue y se meta en sus asuntos. Lo único que nos unía era una deuda de doce euros y ya está saldada, pero en cambio..., observo que sostiene una caja de algún medicamento entre sus manos, así que mi curiosidad me impide despotricar, con lo que respondo a su cuestión:

—No lo tengo muy claro, la verdad.

Le observo asentir.

—Mire, no sé por qué estoy haciendo esto... —Le observo rascar su nuca dubitativo—. En

fin —me muestra la caja con pastillas—, es Mifepristona, es un medicamento abortivo, solo se lo podría dar con receta médica —advierete—. Si tiene claro que el embarazo no es deseado —dice con cautela—, antes de que vaya a más, puede tomársela esta misma noche, mañana vaya a la consulta médica y pida la receta, me la trae y le cobro la Mifepristona. ¿De acuerdo? —Lo miro fijamente, estoy segura de que este hombre podría meterse en un buen problema por estar ofreciéndome ese medicamento sin receta, ¿por qué lo estará haciendo? Soy una loca más en este incommensurable mundo en el que vivimos, con sus propios problemas, ¿por qué parece que los quiera hacer suyos?—. Si funciona, lo que le provocará son contracciones y el útero expulsará el feto.

—¿Si me tomo eso cagaré a mi hijo? —inquiero asustada.

Él ríe escandaloso.

—No, mujer... Lo expulsará vía vaginal, no anal. Sería como un aborto, pero muy *light*, porque el feto aún no se ha formado. ¿Comprende?

Asiento con los ojos abierto como platos.

—Pero es... lo mismo, lo mataré y lo arrojaré al váter.

Observo que él borra su sonrisa y relaja el brazo que tendía aquel medicamento hacia mí.

—No voy a creer conocerla —comienza diciendo—, pero creo saber lo que piensa. —Me mira con precaución, temiendo estar metiéndose donde no le llaman, y lo cierto es... que así es, pero me siento tan sola en este instante que no le corto, dejo que diga lo que tiene que decirme—. Piensa que no es su mejor momento para tener un hijo, pero si ha reaccionado de esta forma al pensar en su *feto* —acentúa esa palabra—, porque aclaro que aún no ha podido formar un bebé, con esta píldora solo evitaría la formación de uno, como le digo..., opino que debería pensarlo con calma, no parece nada convencida a deshacer el embarazo. Así que... me llevo esto conmigo. —Zarandea la caja—. Ahora ya sabe que existe la Mifepristona para deshacer su actual estado. Si lo quiere, pida consulta mañana a primera hora y pásese por la farmacia con la receta. —Camina un par de pasos de espaldas antes de darse la vuelta y dejarme allí plantada con mi drama.

Capítulo * 2

A las ocho cuarenta y cinco en punto, uniformada con mi traje de pastelera, aguardo dentro del portal a que aparezca Silvia con su mini. No me he asomado al umbral porque ha caído una buena pelona ahí fuera. Finalmente, tras mil millones de cuestiones martillando mi cabeza y berrinches varios..., logré conciliar el sueño a eso de las cinco menos veinte de la mañana. Imagino que el farmacéutico nocturno cedería a su relevo el turno al amanecer y ya estará en su hogar con su familia, al final siempre termino siendo un mero recuerdo para todos y todas, salvo para ella...

Piii, piii, piii...

—Gracias por pasar a por mí —digo nada más acoplarme en el lado del copiloto.

—De nada, siempre me tendrás, pase lo que pase. —Me mira fijamente nada enfadada, rodea mi cuello y besa con fuerza mi mejilla.

Aprieto su cuerpo contra el mío y disfruto de aquel inesperado abrazo, ya que creí que aún estaría algo molesta, y más si tenemos en cuenta que hoy ella no tendría que haber salido de la cama bajo ningún concepto, y una vez más, como de costumbre, allí estaba sacándome las castañas del fuego, salpicándose con mi marrón.

Nos separamos e inevitablemente una lágrima resbala por mi pómulos, la retiro mal humorada conmigo misma, por ser tan estúpida y sensibilera.

—Siempre has sido muy sensible a los sentimientos, ahora... lo vas a ser más. —Señala hacia mi vientre—. Ha dado positivo, ¿verdad?

Asiento sin decir nada.

A buen entendedor...

Me lleva hasta el parking de la gran superficie, estaciona su mini justo al lado de la furgoneta.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que haga yo el reparto?

—No —digo bajándome del vehículo.

Hecho que no le impide bajar tras de mí.

—Puedo hacer este reparto —advierdo, anticipándome, por si acaso pretende convencerme de que ahora soy una princesa desvalida que no vale para su trabajo.

—Vale. —Alza sus dos manos dejando claro que va en son de paz—. No lo pongo en duda, además... no hay peso ahí detrás, son bandejas individuales. Sé que puedes con ello en tu estado, solo deseo estar segura de que deseas estar sola, que no quieres que te acompañe, después de todo..., ya me has hecho madrugar. —Me mira con esa ceja elevada—. Ahora estoy aquí y no tengo otra cosa mejor que hacer.

Me roba una sonrisa, me está ofreciendo su... compañía, y lo cierto es que sí..., quiero que me acompañe, no deseo estar sola, necesito hablar de esto con alguien, y quién mejor que ella.

Al llegar a la confitería del nuevo cliente...

—¡Creí que me daba algo! —dice la dueña saliendo en estampida hacia nosotras—. Abro a las ocho de la mañana, por eso el reparto debería haber sido a las siete, no tengo mercancía para ofrecer a mis clientes —reprocha nuestra nueva clienta de carrerilla.

Abro la boca para justificarme, pero Silvia se me anticipa...

—¿Cómo...? —Entreabre su boca y sitúa ambas manos asustada ante el rostro. Ese gesto hace frenar el inminente ataque de nuestra nueva clienta, quien torna ese rostro de enfado a incredulidad—. Tenemos anotado que el reparto era a las nueve y cuarto, porque abría su establecimiento a las diez.

No, ni de coña podría haber interpretado yo este papel, iba a haberlo intentado porque Silvia estaba aquí y le había prometido que diría aquello como excusa, pero no, no..., qué va, si no me llega a acompañar, hubiera dicho la verdad, aunque... probablemente le resulte más creíble la historia de Silvia que la mía.

—Entonces... —La señora Pepa entreabre la boca para hablar ante el desconcertado rostro de mi teatral amiga. Pepa es dueña de Confiterías Josefa, una pequeña franquicia. Por ahora nos ha pedido abastecer a esta de La Camocha, aquí mismo en Gijón, pero tiene varias repartidas por Asturias, así que no podemos permitirnos perderla como clienta, ya que podría darnos mucho más trabajo—. Hemos tenido un malentendido imperdonable por parte de ambas. Es posible... —mira hacia el suelo y duda— que cuando hablé con vosotras me equivocara y os diera el horario de la confitería que tengo en el centro, allí abro a las diez. —Se la ve pensativa, como tratando de recordar la conversación que mantuvo con nosotras el día que nos contrató—. No puede volver a repetirse —advierte con dureza elevando de nuevo el rostro.

—¡Descuide! —dice Silvia llevándose las manos a la cabeza—. Me lo anoto ahora mismo y jamás se me volverá a olvidar el horario de su confitería de La Camocha. —Avanza hacia Pepa, restando el espacio que quedaba—. Tiene usted... —finge Silvia admirar la confitería desde el exterior de la misma, sé que finge por que la conozco bien, continúa representando su papel de incrédula, ¡de verdad!, menos mal que al final... ha venido ella, tengo que admitir que soy incapaz de ser tan teatral— una confitería preciosa, me pregunto —la mira locuaz— si el café es tan excelente como aparenta desde aquí fuera.

—Pasa —dice Pepa con una sonrisa que denota orgullo hacia su pequeña franquicia, fruto de un esfuerzo y trabajo constante a lo largo de toda una vida, y ahora, contratándonos a nosotras, pretende darles una nueva imagen a sus productos, porque nuestra repostería es así..., especialmente hermosa a la vista—. Te invito a uno y lo valoras tú misma. Y, por cierto, os agradecería que no me tratarais de usted.

—De acuerdo.

Silvia sonríe y pasa delante de ella, se adentra en la confitería y me deja allí descargando mis cookies, magdalenas, bizcochos, preciosas tartas elaboradas con todo mi amor, coloridas al máximo, llamativas, ¡son toda una obra de arte!, más para admirar que para comer.

Mi profesión me calma, es el único momento del día en que no pienso en nada, solo en elaborar esta artesanía alimentaria, y menos mal... Si trabajara en algo más estresante, acabaría padeciendo del corazón, ya soy bastante acelerada cuando no me encuentro entre fogones.

Media hora después, ya está todo dispuesto y ordenado en los mostradores de Pepa...

—¡Listo! —anuncio con orgullo.

—Maravilloso, tal y como mostráis en vuestra página web. —Pepa aplaude nuestro trabajo —. Queda un escaparate de lo más apetecible...

—¡Y mejor sabe! —comenta Silvia guiñándome un ojo.

—Eso espero —dice Pepa dirigiéndose al otro lado del mostrador, pues tomaba un café tranquilamente con Silvia mientras yo me ocupaba de decorarle todos los mostradores, un servicio que ofrecemos y que cobramos aparte. Toma una magdalena arcoíris, la pone en un plato y vuelve a recorrer sus pasos en dirección a la mesa que ocupaba con mi compañera. Se pone cómoda y se la lleva a la boca, hincándole un buen bocado—. Uuuummmm... —Cierra los ojos y absorbe todo el aroma que esta magdalena en concreto desprende—. Está deliciosa —comenta con la boca totalmente llena y, sin dar tregua, le da otro bocado.

Sonríó como una tonta. Al final ha sido un trabajo bien resuelto, Silvia me mira con orgullo.

Cuando me propuso meternos en este descabellado negocio, dudé muchísimo de mí misma. Una cosa era hacer repostería a nivel de un hogar, y otra bien diferente era abrir una fábrica, verme obligada a elaborar estos manjares a diario a gran escala y, en fin..., todo lo que conlleva poner un negocio a funcionar, de lo que se ocupó y se ocupa Silvia. Yo, con amasar y dar forma a nuestra repostería, tengo más que suficiente.

—¿Quién lo elabora de vosotras dos? —inquire Pepa con los carrillos llenos.

—Sabrina —responde Silvia con rapidez—. Yo no podría, soy muy torpe en la cocina —no deja de mirarme—, me falta paciencia en ese ámbito —admite—. En cambio, ella tiene una mano increíble. La creación de nuestro negocio, Doble S, no sería posible sin ella y su habilidad.

Sé lo que trata de hacer con esos comentarios. Desea que me valore, pues soy tan torpe y meto tanto la pata a todas horas que me cuesta ver lo bueno que sí albergo.

—Me gusta el nombre de vuestra empresa.

—Bueno..., somos Sabrina y Silvia, no nos partimos mucho el cráneo para ponerle el nombre.

Las tres nos echamos a reír.

Tomo un café de cortesía que me ofrece Pepa y que obviamente no puedo rechazar, primero por el compromiso y segundo... porque estoy famélica, no desayuné, así que con confianza me

tomo una de mis propias cookies acompañando dicho café, cuya cafeína me va a venir de fábula al haber dormido tan sumamente mal esta noche.

Por hoy ya hemos terminado, solo teníamos esta entrega. Vamos poco a poco incrementando pedidos, y también hay que tener en cuenta que solo cocino yo y solo puedo abarcar una cantidad de trabajo determinada.

De camino de vuelta, Silvia me propone mil planes para este sábado, el cual apenas ha dado su pistoletazo de salida, pero todos me parecen malos.

—¿Estás segura de que deseas estar sola, Sabrina?

Asiento entristecida.

—No te veo nada convencida.

—Es que necesito pensar...

—¿Qué necesitas pensar tanto? —Detengo mi furgoneta en el parking del centro comercial, justo al lado de su mini. Sé que escudriña mi perfil, así que me giro hacia ella.

—No sé qué hacer, si... tenerlo o no. Acabamos de poner un negocio que depende de mí casi en un cien por cien, no sé como va a asumir mi cuerpo un embarazo, no sé si podré trabajar con la presión de estos primeros meses, no podemos permitirnos meter una persona para que me ayude, tú no estás capacitada para hacer mi parte... —Sonrío para contrarrestar, aunque es una realidad que en lugar de manos parece tener zarpas a la hora de cocinar, parece mentira lo bien que se desenvuelve con todo y con todos, pero lo mal que se le da, tan siquiera, meter una pizza en el horno—. Tendré que sopesar si con tan solo veinte años y una vida entera por delante, cargada de proyectos, debo verla mermada por... —Señalo mi vientre para que comprenda.

—Ya veo —dice entristecida—. Es tu vida, no haré nada para influir en esta decisión tan importante y personal, pero quiero que sepas que siempre estaré aquí para ti y ese bebé..., si te decides a tirar hacia delante.

Asiento, no digo nada más, no quiero que se inicie un debate abierto sobre mi situación de embarazo no deseado. Creo que... solo yo puedo tomar esta decisión, ella me da el consejo más adecuado según la moralidad que la caracteriza, no teniendo en cuenta todo lo demás que se debe poner en la balanza a la hora de decidir.

—Vale. ¿Nos vemos el lunes, entonces?

—Sí.

—Si cambias de parecer y te apetece salir esta tarde o noche, o mañana a almorzar, ¿me llamarás?

—Claro —digo ansiosa por que se baje del furgón y me deje ir.

—Chao, Sabri.

—Chao, Silvi.

Una vez que Silvia está al volante de su mini, arranca y, siguiendo las guías del subterráneo que le indican la dirección de salida, se coloca en fila tras la larga cola de vehículos que pretenden salir también del parking. Es sábado y aquello... está masificado, a más de las doce del mediodía que son ya...

—Uf..., lo que faltaba. —Observo que Silvia solo ha avanzado hacia su izquierda unos metros y ahora está detenida, posiblemente por el tráfico que era evidente que se generaría a esta hora en este maldito parking—. ¡Con las ganas que tengo de llegar a mi casa!

Miro a derecha e izquierda, este parking es de entrada y salida preestablecida, no hay atajo posible, así que...

—Saldré por la entrada.

¡Sí! ¡Gran idea!

A nadie se la ha ocurrido. Mientras todos están amontonados en la misma dirección y pasarán más de un cuarto de hora intentando salir de aquí, yo solo tengo que tirar de frente, por donde hemos entrado, recorrer el mismo tramo, que son escasos cien metros, y estaré en el exterior.

Arranco y giro hacia mi derecha, y tiro de frente hacia mi salida improvisada. Puedo ver por el espejo retrovisor que Silvia se ha bajado de su mini, oprime el claxon del volante como una neurótica y me hace gestos histéricos, dándome a entender que me he equivocado.

—En esta ocasión, amiga mía..., lo sé, soy consciente del error, porque lo he hecho a propósito. —Mi sonrisa se intensifica por mi brillante idea, y acelero para terminar de recorrer el

tramo lo más rápido posible, para que al guarda de seguridad de turno no le dé margen a ver mi maniobra en las cámaras y acudir a darme el alto y amonestarme. Para cuando quiera darse cuenta ya estaré en mi casa, descansando en mi cálida y acogedora cama, envuelta en tres mantas...

¡PUM! ¡CRAC!

—¿ES QUE NO ME VES, IMBÉCIL?!—chillo al estúpido o estúpida que ha petado contra mí. El parachoques de mi viejo furgón es de acero reforzado, sin bajar a comprobar nada, sé que estará casi intacto, es capaz de soportar embistes como este y mucho peores, pero el coche en cuestión ha quedado sintetizado, tal es así que no alcanzo ni a ver a los ocupantes del mismo.

—¡Señora! ¡La que está saliendo en dirección contraria es usted!

«¡Uy! Qué voz más conocida», me digo a mí misma, bajando de la furgoneta y encarándome con el chalado, porque la voz es masculina, que está ciego como un topo y no ha visto que salía, ¡mira que el furgón es grande de narices!

Una vez estamos cara a cara...

—No... —dice él al reconocermee—, no va a justificar esto con un estado de hormonas revolucionadas por su embarazo —advierte el farmacéutico de guardia de la farmacia de la esquina de mi calle.

Increíble, que vivan las casualidades.

—No iba a hacerlo. Es usted el que ha obviado que yo salía. —Me cruzo de brazos y finjo tener la razón que no tengo.

—¡Estás como una verdadera regadera! —chilla Silvia a mi espalda—. ¡Y en tu estado! ¡Eres una verdadera inconsciente! ¡Ahora tu cuerpo no te pertenece, se lo tienes alquilado a mi sobrino!

Perpleja, me deja boquiabierta, ¿cómo que... su sobrino?, pero si yo me iba a mi casa a madurar la idea de si tenerlo o no, por qué está dando por sentado que habrá un sobrino al que pueda... defender.

—¡Lo has hecho a propósito! ¡Lo he visto en tu mirada cuando me observaste por el espejo retrovisor!

—Sí. No voy a desmentirlo. —Aireo mi mano—. Simplemente tomaba un atajo, pero este... —comento con desprecio mirando de soslayo al farmacéutico—, él si que lo ha hecho a propósito,

me ha visto y ha acelerado.

—No, claro que no —dice él defendiéndose—. De ningún modo me apetecía quedarme sin coche —gruñe—. Ha quedado... —lo mira con desesperación— destrozado. —Se lleva las manos a la cabeza y cubre sus ojos.

—Vaya... —Al escuchar su versión... me siento algo culpable por el percance—. No era mi intención perjudicarle, ni a usted ni a nadie, solo quería salir de aquí cuanto antes y llegar a mi casa.

—¡Pues la has liado parda, en tu línea! —chilla de nuevo Silvia dejando clara su indignación—. Ahora te vas a tirar una hora arreglando papeles, y ya veremos si no te quedas sin carné de conducir. Como este hombre te denuncie... lo llevas claro.

Veo a Silvia irse hacia su mini. En un visto y no visto, da marcha atrás con él y vuelve a estacionarlo.

Eran numerosos los cláxones que la abucheaban por haberse tirado casi en marcha para ir a socorrerme, dejando su coche tirado de cualquier manera en el trayecto que da a la salida, obstruyendo así la circulación normal.

En la calle el sonido no mejora, también hay múltiples y ensordecedores pitidos de vehículos que desean acceder al parking y... no pueden, porque el siniestrado coche del farmacéutico y mi furgoneta lo impiden.

No tarda en llegar el guarda de seguridad del turno, quien es duro conmigo y me reprocha mi falta de coherencia al tomar una decisión tan egoísta como tomar una salida equivocada a propósito, sin pararme a pensar a quién podría perjudicar con mis actos.

—Sinceramente..., no creí que fuera a chocar contra nadie —digo atacada de los nervios—, solo quería salir. —Comienzo a agobiarme un montón, todos me recriminan, parece que esté en una nube, no aquí realmente—. Solo deseaba llegar a mi casa —repito como excusa, aunque no sea nada buena.

—Pues ahora va a tardar bastante en lograr su objetivo —certifica el guarda—. ¿Desea denunciar el acto de conducción temeraria de esta muchacha? —pregunta al farmacéutico, quien abre sus ojos como platos y nos mira de manera intermitente, tanto al guarda como a mí—. ¿O solo quiere tomar parte para que le repare el vehículo el seguro de la *señorita*? —Hasta un tonto captaría el tono de desprecio con el que me llama señorita.

—*La señorita* —puedo escuchar en la entonación del farmacéutico el retintín al decir él esa palabra, como si también hubiera percibido desprecio en el uso que le daba el guarda de seguridad— es una mujer embarazada, trabajadora, con pinta de venir de hacer un reparto que la ha dejado agotada, lo cual no es de extrañar dado su estado. —Me quedo boquiabierta escuchando al... perjudicado en este asunto darle argumentos en mi defensa al segurata—. Así que vamos a cubrir este asunto con un tupido velo, con dar parte al seguro será suficiente. —Me mira fijamente.

—Por mí, vale —comento retirando la vista de la de él, totalmente avergonzada. Acaba de darme una buena lección de humildad, que no es que me falte, pero sí que admito que ante este siniestro generado por mí... me ha faltado el decoro de asumir la culpa, incluso...— Siento haberle llamado imbécil —digo entrecortada, sin mirarle de nuevo, moviéndome con un gran nerviosismo de un lado hacia otro. Sí que observo a Silvia, quien está con los ojos abiertos como platos, escuchando todo aquello. Después de estacionar su mini se ha acercado, como de costumbre, para ayudarme a resolver el desaguisado en el que me he visto, ahora, involucrada por mi necesidad—. Buscaré los papeles del seguro.

—De acuerdo. —El segurata me mira con un profundo asco, lo tengo claro—. No insistiré dado su estado, no quisiera generarle un ataque de ansiedad como el que parece que va a sufrir de un momento a otro —comenta viendo cómo fricciono sin parar mis dos manos y me muevo de adelante hacia atrás—. Es usted el perjudicado —ahora mira hacia el farmacéutico—, si lo quiere así... —Él asiente observando al segurata y a mí de refilón—. Bien, si están de acuerdo yo estoy de testigo de cómo ha sido el siniestro, y si hubiera dudas tenemos la cámara —señala hacia la misma—, así que les ruego que, si los vehículos arrancan..., los retiren de la entrada. Pueden aparcarlos en los huecos habilitados para minusválidos que hay a diez metros, a la izquierda, según entran en el parking de nuevo.

¡Y otra vez! ¡Marcha atrás! Vuelta al parking del que parece misión imposible salir.

Silvia toma asiento en el lado del copiloto, arranco el furgón sin problemas y doy marcha atrás con ayuda de los retrovisores y respirando con suavidad, tratando de canalizar mi energía, porque estoy atacada, como siempre... y un poco más.

—Ese chico —señala al frente, observando al farmacéutico, quien toma asiento en el destrozado vehículo e intenta arrancarlo, sin éxito—, ¿ya lo conocías?

—Lo conocí anoche.

—¿Anoche? ¿Cuándo? —Claro que a Silvia no le cuadra aquello. Pasé el día entero trabajando en el pedido de Pepa, y de noche tomamos unos tequilas antes de que me dejara en mi

portal, no se ha separado de mí, y esta mañana a primera hora ya estábamos nuevamente juntas.

—Es el farmacéutico, lo conocí cuando fui a por el test de embarazo.

—¡Ah! Por eso sabe que estás embarazada, es que no me cuadraba nada —confiesa aliviando su desconcierto.

—Es majo —digo.

—¿Majo? —inquire sarcástica—. Por favor, Sabrina, acaba de salvarnos la vida ante tu conducta temeraria. Si llega a denunciarte te hubieran retirado el carné una buena temporada y ya sabes que yo con este cacharro no me arreglo por ciudad, así que... a ver cómo hubiéramos hecho las entregas. Tendrías que ofrecerle una disculpa como Dios manda, has sido irrespetuosa con él y encima no le has dado ni las gracias.

Suspiro con fuerza, tiene razón.

—Vale. Lo haré.

—Y también tienes que disculparte con él. —Señala mi vientre.

—No hables como si existiera un él.

—Existe un él, creciendo dentro de ti, al que tienes que ofrecerle también una buena disculpa, primero por haberle metido sin previo aviso en esta aventura de kamikaze —ríe escandalosa ante su propia ocurrencia—, segundo porque ese guarda se ha reblandecido y no ha insistido al farmacéutico en que te denunciara por tu estado, y ¡tercero!, anoche gracias a mi futuro sobrino conociste al mismo joven contra el que hoy ibas a tener un accidente, así que... lo dicho. ¡Venga! —Vuelve a señalar mi vientre.

Inclino el rostro y me lo observo, sitúo mis dos manos sobre él y... me echo a llorar como una boba.

—Ha sido sin querer, me cuesta entender esta situación. —Lloro, se me caen los mocos, no tengo pañuelos de papel al alcance, me los sorbo y, cubriendo el dorso de mi mano con la manga de la chaqueta, me limpio el humedecido rostro.

—Lo sé, lo sé. —Silvia se vuelve hacia a mí y me envuelve entre sus brazos—. Shssss..., tranquila. —Acaricia mi mata de rizos pelirrojos, siempre desarreglados, los cuales representan a la perfección mi carácter aventado.

Toc, toc, toc...

El farmacéutico golpea con sus nudillos el cristal de la puerta de la furgoneta. Retiro mi rostro del hombro de mi amiga y, tras volver a pasar las mangas de mi chaqueta por ambos ojos, me vuelvo hacia la ventanilla y uso la manilla para bajarla.

—Sí. Dígame.

—Primero, si te parece bien, ¿podríamos dejarnos de tanto trato formal y tutearnos? —Asiento, completamente de acuerdo—. Segundo —suspira con fastidio y se frota la nuca mientras oprime sus labios—, mi coche no arranca, va a venir la grúa directamente a recogerlo, pero va a tardar. Dame tu tarjeta, anota tu DNI y vete. —Silvia no sé que cara tendrá, pero la mía es de estupefacción, ¿quiere que abandone el lugar sin firmar y corroborar que soy la responsable?—. Sé dónde vives —dice con humor ante mi anonadado y maltrecho rostro a cuenta de la perreta—. ¡Anda!, dámela y vete. —Estira su mano por la ventanilla invitándome a entregársela, pero no reacciono, ¿por qué es... tan amable conmigo? ¡No me conoce de nada! Eso me enfurece, porque me conozco y... podría volver a enamorarme de un día para otro de alguien como él.

—Toma. —Silvia pasa ante mi rostro una tarjeta—. En esta figuramos las dos, es la del negocio, tiene la dirección del mismo por delante, y por detrás, aunque ya sabes dónde vive la culpable de haberte jodido el coche, he anotado la dirección igualmente, así sabes el piso, y también he puesto el DNI de Sabrina...

—Sabrina —repite él, dejando claro que ahora..., aunque lo hubiera descubierto en la tarjeta al leerla, ya sabe mi nombre. Así ya puede ponerme a parir en sus pensamientos empleando mi nombre propio, y echar pestes hacia la joven que no para de tropezarse con él desde anoche.

—Sí, ella es Sabrina, y yo Silvia. Como te decía —comenta retomando su explicación, sé que nos mira a uno y a otro de manera intermitente, aunque él y yo solo nos miramos mutuamente—, te he anotado el nombre de nuestro seguro y el teléfono de contacto de ellos, por si te hiciera falta para algo. Yyyy —le entrega finalmente la tarjeta objeto de su discurso y él la retira de su mano, pero sigue perdido en mi entristecida mirada—... muchísimas gracias. Eres muy amable. —Golpea mi brazo con sutileza—. ¿Verdad, Sabrina?

—¿Qué...? —Como si hubiera aterrizado de Saturno, entreabro los ojos y desvío la mirada de la de él, asustada, al ser consciente de todo el tiempo que llevo aguantándosela—. Sí, eres un... encanto, además de... —vuelvo a mirarle, no quería, pero algo me impide dejar de hacerlo— atractivo y... encantador.

—¡Vaaaaaleeee! —chilla Silvia—. Nos vamos —entona cantarina—. Un placer, farmacéutico encantador y atractivo.

Enrojezco de vergüenza cuando la capulla de mi amiga repite mis aturullados y fuera de lugar adjetivos empleados... haciéndole reír.

Arranco mi furgoneta, que solo ha sufrido daños reparables en chapa, ese guardabarros reforzado es de primera, y ahora, tomando el camino correcto al exterior, abandono el parking y me dirijo a mi hogar, donde al fin... podré descansar cuerpo y mente, no sin antes haberme despedido de la bocazas y capulla de Silvia, tras librarme de su hiperinsistencia en que pasara lo que restaba de sábado con ella, ¡por enésima vez!, y verla entrar en su mini con un puchero ante mi rechazo.

Mañana... será otro día, hoy toca descansar y meditar la situación.

El día, en realidad..., no ha hecho más que comenzar, y parece que lleve veinte horas funcionando.

Capítulo * 3

Me despierto pasadas las seis de la tarde con un hambre atroz.

En mi nevera como de costumbre no hay nada, no soy metódica con mi alimentación. Si tengo este bebé, voy a tener un verdadero problema, parece mentira lo que me gusta invertir horas y horas en la repostería y lo que me cuesta cocinar, sin más, para alimentarme de una manera saludable. Para mí, un café y una cookie es nutrición por demás, así es que estoy escuálida; encima, mi casi metro ochenta lo empeora, parezco anoréxica, no soy capaz de rellenar con carnes este huesudo físico que me gasto, por tener no tengo ni tetas, ¿cómo voy a amamantarlo?, ¿está relacionado el tamaño de los pechos con tener más o menos leche?

—No tengo ni pajolera idea de cómo voy a hacer esto, *miniyó*.

No puedo crearme que esté hablando con el feto que, según el farmacéutico, de quien, por cierto, aún no conozco su nombre, ni tan siquiera ha tornado a ninguna forma que le defina como un bebé.

Cierro mi nevera y me voy a por mi anorak, seguro que ya está refrescando en la calle y tengo que buscar una tienda. Como dice Silvia, mi cuerpo en estos instantes está bajo *renting* por mi *miniyó*, y si no me alimento para mí misma, tendré que hacerlo por... ella, porque si esto llega a buen puerto... será niña.

Sabrina vive a escasos quinientos metros, saliendo de su portal a la derecha, del supermercado. Al cruzar el umbral, no puede evitar mirar a su derecha y comprobar que la farmacia está abierta, aún estará el turno de la tarde, así que si su farmacéutico logra llegar al puesto de trabajo será a partir de las doce de la noche. Tal vez... debería pasarse a saludarlo, preguntarle cómo se las ha apañado para ir a trabajar sin coche... Sacude el

rostro y vuelve a dirigir su atención al final de su calle en el objetivo que se ha fijado: el supermercado y la mejora de su alimentación.

¿Y ahora cómo hago para llegar hasta casa?

Miro mi carro, tras el *tour* por el súper he pasado toda la mercancía por la caja, y ahora he vuelto a depositar todo en el interior del carro. No he venido en coche, sino caminando...

¡Hay kilos de comida aquí dentro y debo recorrer quinientos metros!

Frunzo el ceño, ¿por qué me costará tanto pensar antes de actuar? Podría haber cogido un par de cosas para salir del apuro durante el finde, y el lunes con el furgón cargar la compra, y poco a poco ir subiéndola desde el garaje. En cambio, ahora aquí estoy, ante otra de las situaciones de mierda que yo misma genero por falta de coherencia en mis actos. Al menos..., en mi defensa diré... que comienzo a ser consciente de ello, de ese modo, tal vez, algún día tenga cura mi problema.

Suspiro con fuerza...

—Es el destino, está claro. —Me quedo paralizada al escuchar de nuevo la voz del farmacéutico—. Puede que también influya el hecho de que vivo aquí al lado y trabajo cerca de tu portal. Peeerooo —eleva sus dos manos posicionándose frente a mí—... me gusta pensar que el destino no deja de ponerte en mi camino—. Sonríe, deshaciéndome, es guapo a rabiar, tiene el pelo oscuro pero salpicado de atractivas canas, los ojos marrones pero rasgados, la tez brillante y limpia, sin sombra de vello...

—Eh..., ya... —Desvío mi vista y me arreo un bofetón mental, ¡nada de enamorarte otra vez del primero que encuentras! ¡Luego mira lo que pasa! ¡Preñada y sola! —Bueno, dices que vives cerca y trabajas en la farmacia al lado de mi casa, así que no es el destino.

Le esquivo, empujo mi carro y lo conduzco hacia el ascensor. Se me ha ocurrido una idea.

—¿Has venido en furgoneta?

—No. Andando.

—¿Y por qué tomas el ascensor? Es extraño...

Entra tras de mí al elevador, oprime el botón del garaje.

—Lo que es extraño es que tú sí hayas venido en coche, creí que no arrancaba —comento desconfiada.

—Ja, ja, ja, ja... —Ríe ante mi anonadado rostro—. Y no arranca, Sabrina. —Me mira y niega con su rostro sonriendo todo el tiempo. Desde luego, nadie dirá que es mal tomado, parece haberlo asumido con mucho humor—. El mecánico tiene para casi una semana con él.

—¡Oh, Dios! Cuánto lo lamento. De veras. —Inclino mi rostro avergonzada, ciertamente me arrepiento. Si yo me hubiera quedado una semana entera sin furgoneta, no sé qué hubiéramos hecho Silvia y yo con el negocio.

—No te preocupes, menos la muerte, todo lo demás tiene solución de un modo u otro.

—Eres extrañamente positivo y tranquilo.

—Ja, ja, ja, ja... —Ríe de nuevo.

—Vaya... Me alegra ver que al menos te estoy alegrando la tarde —comento torciendo el labio.

—Bueno, es que yo no me veo extrañamente positivo y tranquilo, más bien —sitúa su dedo índice sobre los labios y los golpea haciéndose el pensativo—... creo que tú eres pesimista y nerviosa, por eso alguien con mi actitud te resulta extravagante, pero no lo soy, créeme, estoy dentro de la normalidad. No puedes hacerte mala sangre por aquello que ya no tiene fácil solución, todo podría ser peor, cualquiera de los dos podría haber salido dañado y no ha sido así —se encoge de hombros—, y el coche se arregla —concluye.

Yo simplemente asiento, las puertas se abren y empujo con fuerza mi carro hacia el parking.

—¿Y ahora qué? —pregunta a mi espalda.

Sigo tirando del pesado carro de acero con ruedas, cargado hasta arriba del alimento nutritivo que mi *miniyó* necesita.

—Saldré por la rampa, como un coche —afirmo—. Y luego haré el camino hacia mi casa como si fuera un vehículo. Así de fácil. Si necesitas algo con relación al accidente de por la mañana, ¡llámame!

Chillo alejándome de él, aunque no lo suficiente para escuchar sus palabras:

—No puedes estar hablando en serio, Sabrina.

Le ignoro y continúo con mi ruta fijada. Al llegar al inicio de la cuesta que da acceso de subida y bajada a los vehículos, me aseguro, observando el espejo cóncavo, tal y como haría si fuera circulando en mi furgoneta, que no viene ningún coche desde arriba y comienzo a empujar como una burra.

—¡Venga! ¡Esta es la peor parte! —me intento animar a mí misma—. ¡Una vez arriba... será todo en línea recta hasta casa! ¡Vamos, Sabrina!

Piiii, piii, piii...

Un coche frente a mí, a escasos dos metros de lograr alcanzar la cima, me pita para que desista de mi intención y me aparte de su camino. Es una mujer robusta y cargada de furia, lleva tras ella dos niños chillando y peleándose, no me extraña que tenga ese aspecto de amargada.

¡Ay, Dios! La que me espera...

—¡No dejas de sorprenderme! —grita el farmacéutico tranquilo y positivo a mi lado, dejándome claro que en ese instante acaba de perder los estribos—. ¡Y para mal, he de aclarar! ¡¿A ti se te ocurre algún día algo normal, chica?! —reprocha, apartándose del carro y tomando el mando de la situación—. ¡Un momento! ¡Está embarazada! —comenta a voces mirando a la robusta mujer con cara de amargada que pilota el vehículo que tanta prisa tiene por entrar al parking del súper.

—No hace falta que le digas a todo el mundo que estoy preñada. ¿Vale? —repongo.

—No se preocupe, tómese su tiempo, es lógico hacer cosas ilógicas, yo creo que las hice peores. —Me vuelvo, ya que descendía la rampa tras él, comprobando que esas amables palabras salen de la boca de la corpulenta mujer y que, encima, las acompaña con una sonrisa nada forzada de complicidad.

—Ya..., gracias... por su comprensión.

—De nada, ¡paciencia! —me dice, aunque ya troto cuesta abajo hasta posicionarme junto al farmacéutico.

—Las embarazadas tenéis una licencia especial durante nueve meses —comenta cuando me sitúo a su vera, abriendo el maletero de un Corsa que tendrá como veinte años, aunque aquellos salieron buenos, obvio que se ven tartanas, pero son duros de motor—. Acabo de regresar del mecánico y me han dejado este coche para que me arregle los próximos días, y... por eso estás de suerte —se vuelve hacia mí, y con una ternura que me deshace, golpea sutilmente la punta de mi

nariz—, porque me he pasado a hacer recados antes de ir a casa, de lo contrario hubiera venido andando como tú.

—Ya —digo entrecortada por su efímero contacto—. ¿Has estado desde la una que te dejé en el parking del Corte Inglés hasta ahora en el mecánico?

Comienza a meter bolsas en su maletero, reacciono e intento colaborar, después de todo es mi compra.

—No, deja, la leche la meto yo. —Retira el cartón de seis litros de mis manos—. No debes coger tanto peso, deberías comprar la leche de litro en litro, a no ser que tomes más de uno al día. No es necesario que hagas compras tan grandes, puedes aprovechar que vives tan cerca para diariamente hacer la compra, te vendrá bien caminar y no necesitas hacer compras tan copiosas. Es un consejo de amigo.

—¿Amigo? Ahora somos... ¿amigos?

—He sido la primera persona en tu vida en saber que estabas embarazada, has arrollado mi pobre coche y me has dejado sin transporte, mínimo por una semana, y sí, comí un bocadillo mientras esperaba la grúa y me he pasado las últimas cinco horas en el mecánico, esperando a que le trajeran de otro garaje que tienen... esta joya. —Señala con su rostro al viejo Corsa—. Además..., estoy ayudándote a hacer la compra. —Abre sus brazos con gracia—. Creo que sí, que podemos considerarnos amigos, mejor que enemigos, ¿no te parece?

—Sí, creo que... prefiero lo de... amigos, antes que enemigos. —Trago saliva ante semejante repaso de lo que han sido las últimas horas de mi vida tropezando en la suya—. No sé tu nombre.

—Eso es porque no me lo has preguntado. —Cierra la puerta del maletero—. Venga, vamos, descargamos en tu casa y luego ya iré a aparcar a mi garaje.

Entro en el vehículo, que huele a lo que es, viejo.

Tapono mi nariz y él comienza a reír. Lo miro pinzando con mis dedos mis fosas nasales, es... guapísimo, ¡joder!, qué putada, podía haber sido un farmacéutico feo y gordo, ¡que los hay!, es que encima el tío es... encantador.

Desvío mis ojos de los de él.

—Huele a muerto, cierto, encima en tu estado percibes los olores de una manera más intensa que los demás. Estamos aquí al lado, aguanta —anima con delicadeza, arrancando la tartana y

deshaciéndome con sus atenciones inmerecidas, dadas las circunstancias que nos han hecho tropezar desde anoche.

Al llegar a mi portal, baja sin pensárselo y comienza a sacar la mercancía, depositándola frente a la puerta.

—Abre y llama el ascensor, meteré la compra y así tú solo tienes que ir bolsa a bolsa y —me mira advirtiéndome—... litro a litro, metiéndolo en tu casa. ¿Te parece bien?

—Más que bien, ya has hecho demasiado por mí —comento con un deje triste que hasta a mí me sorprende haber empleado.

Por una parte, me alegra haber recibido su ayuda y ahora, como de costumbre, necesito mi espacio, pero por otra..., me gustaría que se ofreciera a subir la compra y así tendría la excusa perfecta para invitarle a un café y una cookie, que es lo único comestible que se puede encontrar ahora mismo en mi humilde hogar.

—¡Listo! —Golpea sus dos manos sacudiéndoselas y dejando claro que su tarea ha finalizado.

Sonríó como una tonta y pienso que tal vez por la noche, si no logro dormir, podría pasarme a hacerle una pequeña visita...

—Qué rápido me sustituyes.

—¡NO! —Me sale solo, estoy de espaldas a Álex, así que miro fijamente al farmacéutico, del que aún no sé su nombre, y niego sutilmente con mi cabeza a la vez que desvío la vista hacia mi vientre, intentando comunicarme con él, suplicándole silenciosa que no le diga nada de mi estado, ya que tiene por costumbre ir cantándolo a los cuatro vientos, comentándolo con todo el mundo...

—Sí —repone ante mi negativa, que él no sabe por qué era, y se ha creído que era por su presencia. Lo cierto es que, en parte, también ha sido un no por ese motivo.

Me vuelvo y me encaro a él.

—Lo hemos dejado.

—Lo has dejado tú. Aún sigues casada conmigo.

Oigo al farmacéutico ahogar un grito de sorpresa e instantes después me rebasa.

—Buenas tardes, yo ya me marchó. Nos veremos, Sabrina —dice volviéndose hacia mí y mirándome con compasión.

—¿Es por él? Ayer, cuando me planteaste que me dejabas, ¿era porque habías conocido a otro? —Señala en dirección a la huida de mi nuevo *amigo*.

—Por supuesto que no. Es el farmacéutico. —Señalo la farmacia de la esquina, llevo pocos meses viviendo aquí y aún no había tenido necesidad de ir a la farmacia, probablemente es por ello por lo que no había coincidido con el hombre sin nombre, a quien observo desaparecer carretera hacia delante, hasta tomar la curva y dejarme con la incertidumbre de dónde vivirá exactamente—. Me lo encontré en el supermercado y me ha echado una mano a traer la compra.

—¿Has comprado comida? —Mira hacia el interior del portal sin alcanzar a ver la mercancía porque ya está depositada en el interior del ascensor.

—Sí, así es.

—¿Por qué? —pregunta sin disimular su extrañeza.

—Por que me da la real gana, Álex. No tengo que darte explicaciones.

—Tenemos que hablar. —Eleva sus dos manos al aire como si no comprendiera nada—. Nos conocimos, nos enamoramos, nos casamos...

—Todo muy precipitado —aclaró.

—Eso no te importó cuando me diste el sí quiero hace un mes. ¿Me ayudas a entenderlo?

—No hay nada que entender, soy así, no hay más. Me enamoré de ti, por tu aspecto, en un bar, y me precipité, porque la realidad es que en la convivencia no te soporto. Necesito mi espacio. Esto... —nos señalo a ambos— ha sido un terrible error.

—Pero yo te quiero. Puedo... mejorar.

—Yo también creí que te quería a ti, pero no es así, la convivencia estos días ha sido tan espantosa que me cuesta horrores creer que puedas mejorar, Álex —comento con rotunda sinceridad.

—Puedo... intentarlo.

—¿Puedes dejar de roncar? —Niega—. ¿Crees posible ponerte un pijama para estar en casa y no en pelota picada por si alguna amiga viene a visitarme? —Niega de nuevo—. ¿Y qué

hacemos con la consola que te absorbe durante el tiempo que se supone que debemos estar juntos, tirados en el sofá devorando palomitas y haciendo zapping mientras nos contamos nuestros espantosos días?

—No, la consola no.

—Pues —elevo mis dos manos al aire—... ya está todo hablado, ¿ves qué rápido? Ahora si me disculpas se me van a descongelar las gambas peladas.

—¡No, Sabrina, por favor! —Sube corriendo las escaleras que dan al portal y se posiciona frente a mí, cubre con sus manos mi rostro, acerca su cara a la mía y... me alcanza el otro problema que nos desunió.

—Apesta a vino barato. —Vuelvo mi rostro y unas terribles nauseas acuden a mí.

—Eso sí lo sabías antes de acceder a casarte conmigo.

—Sabía que tomabas vino en las comidas, no que te pimplabas una botella en cada sesión: comida y cena. Lo siento..., no eres lo que esperaba. Cuanto te conocí me fijé en la pinta de malote que tenías, eso fue lo primero que me entró por los ojos con respecto a ti, y cuando hablábamos, aquellos primeros días..., me mostrabas una ternura tras aquel aspecto de chico malo que me enamoraba, creí que había encontrado al hombre de mi vida. No tenía nada más que pensar, pero en cambio... en este mes de convivencia se me han abierto los ojos... —Detengo mis pésimos argumentos—. ¡Tengo veinte años! —termino por resumir, justificando mis malas decisiones con la corta edad que poseo, soy bastante patética.

—La misma edad que tenías al decir: sí, quiero.

—Podrías hacerme el favor de dejar de recordarme que hace tan solo un mes te dije: sí, quiero.

—Es que no puedo aceptar que me dejes.

—Pues tendrás que hacerlo. —Miro fijamente hacia sus ojos negros como el carbón, cubiertos por ese gran flequillo, retiro sus manos de mis mejillas y sentencio—: No puedo estar contigo, la convivencia se me hace cuesta arriba, tal vez deberíamos haber empezado por ahí antes de casarnos. —Encojo mis hombros y abro los ojos como platos, evidenciando... lo que era evidente—. Equivocarse es humano, mi carácter acelerado y la falta de meditación en mis actos han tenido culpa de casi todo, lo admito, pero tú tampoco parece muy dispuesto a cambiar aquello que me molesta de ti y —elevo mi mano a modo de advertencia—... sinceramente,

tampoco deseo que modifiques ni un ápice tu conducta, Álex, no tengo derecho. Seguro que en algún lugar del mundo hay una mujer dispuesta a quererte con tus defectos, y lamentablemente —suspiro—... yo no soy esa mujer.

—Jo, tía. —Retira su flequillo con la mano, lo echa hacia atrás, un gesto que me atrajo hasta el punto de creer que lo amaba solo por su aspecto y las cuatro frases con las que me cameló—. Lo tienes tan claro que se me quitan las ganas de luchar por ti.

—¿Y qué harías? —Me hace sentir curiosidad.

—No sé... —Recula un poco.

—¿Vienes hasta aquí con espíritu de ser readmitido en mi vida, pero sin ningún plan?

—No sé...

—Ya veo que no sabes nada, Álex. Te deseo lo mejor, espero de todo corazón que seas feliz. —Voy hacia él y me pongo ligeramente de puntillas; aunque soy alta, él lo es más, y beso sutilmente su mejilla para despedirme.

Doy media vuelta y me dirijo hacia el portal.

—¡Oye! —Detiene mis pasos, igual se le ha ocurrido alguna brillante idea para recuperarme, así que... lo miro con curiosidad—. Ya que no vamos a volver, y seguramente esta sea la última vez que te vea...

Abro los ojos como platos, ¿no se le ocurrirá proponer un revolcón?

—¿Puedo subir a por la consola?

Me quedo petrificada un instante...

—Tendrías que haber comenzado por ahí, Álex, y nos hubiéramos ahorrado la conversación.

—No venía ex profeso a por ella. —Eleva sus dos manos al frente mostrándose a la defensiva—. Es cierto que deseo recuperarte, pero si crees que no va a ser posible a corto plazo, si me devuelves la consola, al menos podré desahogar mi soledad —comenta con fingida tristeza.

Asiento, oprimiendo mis labios, evitándome comentar nada al respecto.

—No entramos en el ascensor los dos, voy a subir con la compra y, por evitar malos recuerdos, no subas, te la meto en el ascensor cuando lo vacíe y la coges aquí abajo, ¿te parece bien si te aviso por el micro? —Ahora soy yo quien finge una sonrisa maliciosa.

—Perfecto, tía.

—Álex. —Hago que me mire de nuevo—. Te había dicho en repetidas ocasiones lo que me molesta que me llames tronca y tía, ¿verdad?

—Sí, sí..., es que —menea su mano haciendo círculos sobre su cabeza como si justificara su despiste con el hecho de que tiene mucho metido en ella—... se me olvida.

—Ya, ya. Enseguida te aviso por el micro para que entres a por ella, espera fuera, así te da el aire —comento irónica—, y te ventila la... —imito su gesto, meneo mi mano sobre mi cabeza.

Me sonrío y con su dedo pulgar alzado me hace un OK.

Escasos minutos después, la consola de Álex es lanzada al vacío desde el quinto piso en el que vive Sabrina, y se hace añicos ante el atónito rostro de los viandantes y del propio Álex.

—¡¡Tía!! ¡¡Joder, qué movida!! —Álex se lleva las manos a la cabeza—. ¡¡Se ha jodido!!

—¡Bueno, no esperaba que sobreviviera a la caída! —comento en voz alta y sumamente burlesca. Me aseguro de que escuche, aunque desde un quinto es complicado, pero si yo le he escuchado a él... a la inversa también debería funcionar.

Pensar que estoy esperando un hijo de ese descerebrado, hay que joderse con el mal ojo que he tenido, a quién se le ocurre casarse con uno al que conoce de escasos cinco días y acceder a hacerlo sin protección, está claro que soy una maldita inmadura, ya puedo ponerme las pilas con la que se me avecina.

—¡¡Tía, se te ha ido la pinza!!

Me carcajeo con ganas, tenía unas ganas locas de reventar esa maldita consola que ha pasado más horas con él que yo misma en el último mes, es la artífice de que no me haya propuesto ni un efímero viaje exprés, aunque fuera de un par de días, para celebra nuestra ¡boda!

—¡Ay, no!

Desvío mi mirada un poco y observo al farmacéutico mirar con estupor hacia la consola reventada contra el asfalto y a Álex maldecir y hacer aspavientos, y cuando le veo elevar el rostro y buscar la ventana desde la que ha sido catapultada, me meto para dentro y cierro la misma.

—¡Que no me haya visto, por favor! —suplico al mismo Dios que no me hizo ni caso con el test de embarazo.

Aunque parece obvio creer que relacionará unos acontecimientos con otros, y aun sin verme sabrá que la chiflada autora de arrojarla desde, nada más y nada menos, un quinto piso, ha sido la pelirroja que no para de cruzarse en su camino. Pues ha visto a Álex cuando me ayudaba con la compra, y ahora él está en medio de la calle echando pestes contra mí por haber catapultado su preciada consola.

Capítulo * 4

Tirando de Google logro elaborar un par de recetas que han generado un problema mayor en mi cocina, comparado con la dificultad de darles forma...

—Hay cachitos de carne picada salpicada por todo el alicatado —miro el suelo estupefacta —, aceite, tomate... ¡Pasaré otra hora más limpiando! Con lo sencilla y relajante que es la repostería, a una mala solo manchas de harina, agua..., pero esto es... ¡Aaaggghhh! Asqueroso.

Suspiro con frustración, igual cocinar comida... normal no es tan complicado como parece, tal vez sea mi predisposición, al fin y al cabo..., la vida es actitud.

Miro la hora y son más de la nueve. En una hora recojo, ceno y me echo en el sofá, si no lograra conciliar el sueño el farmacéutico entra a las doce, elevo la comisura del labio, bajaré a la farmacia con cualquier excusa, averiguaré su nombre... Golpeo mis labios con el índice estirado, pensativa...

¡Ya sé! Investigaré si las embarazadas tenemos que tomar algún medicamento e iré a buscarlo, puedo decir que me he pasado toda la tarde dormida y que desperté de madrugada..., de esa manera, no tendría por qué sospechar que he estado pensando en él y que bajo en su turno para coincidir... casualmente.

—¡Tengo un plan genial! Pero primero —suspiro con desesperación—... hay que recoger este estropicio.

Engancho el KH7 y rocío mostrador y suelo, y casi vacío el bote. Este producto pone que absorbe la grasa, en el anuncio de la tele solo tienen que coger un par de servilletas de papel del rollo...

—¡Así! Lo paso y... ¡Aaaggghhh!

Las servilletas quedan encharcadas en grasa, y el suelo, como un molde de bizcocho. Podría prender fuego al piso y hornear uno gigante con todo el pringoso aceite que hay esparcido.

—No es lo mismo —me digo a mí misma—, no me gusta cocinar comida convencional porque es ingrato del carajo, te tiras horas aquí metida para ventilarte la comida o cena en menos de diez minutos, en cambio, la repostería es... agradecida y reconfortante. —Mientras me hablo intento ir recogiendo este desaguisado, igual... se me hace más ameno—. Elaboro auténticas bellezas que da pena hasta comérselas, decoro los establecimientos como el de Pepa, durante un día entero los golosos y golosas que van a tomar su café admiran mi trabajo y lo degustan, en cambio esto... —Ya he optado por la bayeta directamente, cada pasada que doy al suelo he de ir al fregadero y aclararla, cada vez está más sucia y desagradable al tacto—. No hay forma humana de verle el lado positivo. ¡A la mierda! —Arrojo la bayeta en el fregadero y me voy a por el caldero y la fregona.

Más de tres cuartos de hora después, rozando las once de la noche, Sabrina consiguió ver su cocina limpia y ordenada. Aunque sea incapaz de ver el lado positivo de aquella malgastada tarde de elaboración culinaria, lo terminará por aceptar, qué remedio le iba a quedar, después de todo, ahora, gracias a dicho esfuerzo, tenía comida y cena para un par de días...

—¡Mierda! ¡Me dormí! —Me incorporo como un resorte y rebusco mi móvil para comprobar la hora que es. Tras la paliza de fregar, me zampé una buena ración de lasaña de carne y detrás un yogur, ¡vale!, aún no he me he metido con el tema postres caseros, espero que eso me resulte más sencillo por la similitud: repostería..., postres...—. ¡Las tres de la mañana! —Ahora no sé si es buena idea hacerme la encontradiza con el farmacéutico, si el destino ha estado interviniendo en nuestra rutina haciéndonos tropezar hasta el momento, está claro que el haberme dormido es una señal—. No puedo hacerme la despistada como pretendía, una cosa era bajar a las doce, como que ya me iba a la cama y me había olvidado..., ¡yo qué sé! Encima..., no he consultado en internet si tendría que tomarme algo estando embarazada, y además, a las tres de la mañana, ¿qué lo justifica? —Golpeo mis labios con el índice pensando una alternativa—. ¿Estaba dando un paseo? ¡Joder, Sabrina! ¿A las tres de la mañana?

Me vuelvo a tirar con cansancio sobre el sofá.

—No voy a bajar. Esto es la brujería del destino, lo tengo claro, no puedo liarme con otro

ahora. La ruptura con Álex ¡aún está caliente! No hace ni unas horas, todavía estábamos repartiéndonos los objetos comunes. —Río con malicia al recordar lo bien que me sentó reventarle la maldita consola contra el asfalto—. En fin..., a descansar.

De domingo... Temprano, a las ocho y veinte.

Mañana lunes tendré que solicitar cita con mi doctora de cabecera. El embarazo está muy reciente, seguro que dice que es una locura comenzar revisiones, pero ya que..., suspiro..., parece que he asumido que tendré a mi *miniyó*, he de comenzar a cuidarme, y sin orientación al respecto, no sé qué debo hacer.

Además, en cuanto entre en ese círculo vicioso de controladores públicos que es la seguridad social y quede certificado mi embarazo, la ficha elaborada y me venga para casa con la cartilla de embarazada, entonces... sé que ya no habrá vuelta atrás.

—No sé qué leches haré contigo —le digo a *miniyó*—. Tendré que habilitar una especie de zona infantil en la fábrica. —Frunzo el ceño ante mi propia reflexión—. Es... cuando menos... absurdo. Podría lastimarse, no va a nacer con cinco o siete años... Será un cacho de carne con ojos, blandita e inútil, que llorará y precisará de atención las veinticuatro horas del día... —Creo que estoy hiperventilando, respiro profundamente, cierro los ojos, trato de calmarme.

¡Maldita sea! Tan solo tengo veinte años, en qué momento se me ocurrió acceder a tener un hijo con ese descerebrado que solo viciaba a la puñetera consola, ¡por qué seré tan, tan, tan... enamoradiza y alocada! Aquí tengo mi castigo.

Observo de nuevo mi vientre y me echo a llorar. No puedo creerme que me esté pasando esto a mí, un *miniyó* debería de haber sido para cuanto tuviera el negocio encauzado y solo fuera necesario gestionarlo.

—¡No sé hacer esto! —Miro al techo con frustración y me dejo arrastrar nuevamente por el cansancio...

Bee, bee, beee...

Bee, bee, beee...

—¿Qué... suena? —Mis párpados pesan una tonelada.

Bee, bee, beee...

Bee, bee, beee...

Tomo mi teléfono en la mano y no veo que sea la alarma, que además sé a ciencia cierta que no he puesto, ¡es domingo! Tampoco es una llamada, pues puse el móvil en modo avión; la televisión está apagada, por descarte..., ¿será el...?

Bee, bee, beee...

Bee, bee, beee...

—¡Ay, sí! —Es el micro.

Sea quien sea temo que me lo queme, no para de llamar incansable.

—¿Quién es?! —respondo enfadada.

—Soy Silvia.

—¿Y qué quieres?

—¡Que abras, coño!

—Paso...

—¿Cómo que pasas?

—No necesito nada. Mañana nos vemos en la fábrica.

—¡Abre, Sabrina! —me ordena con genio y eso me hace sonreír, porque Silvia mosqueada es la monda.

—¿Y si no, qué?

—¡Sa-bri-na! —dice de manera espaciada, he de poner mi mano en torno a la boca para evitar carcajearme.

No pienso abrirle. Cuelgo el micro y lo desenchufo.

¡Uy!

Casi la lío... Con una pierna ligeramente para cada lado, no me he ido de bruces de milagro, me agarro a la manilla de la nevera, que es lo más cercano que tengo como punto de sujeción, y coloco mis pies de nuevo derechos.

—Luego volveré a fregar este suelo, el maldito aceite es una invención vengativa a largo plazo, no sé si mi gres volverá a ser el mismo desde mi incursión en la cocina.

Me tiro en el sofá, que ya tiene la forma de mi trasero. ¡Esa es otra!, tendría que comenzar a acostumbrarme a dormir en la cama y en mi cuarto. Admito que solo he usado esa cama para acostarme con Álex, al adquirir este piso lo primero que amueblé fue el salón y aquí hago mi vida entera; la habitación, la compré cuando comencé a salir con él y observé que íbamos a ir muy muy en serio... ¡Parece mentira la de vueltas que da la vida!

Enciendo la televisión dispuesta a disfrutar de una buena sesión de películas *románticas pastelonas* que me ofrezcan los canales habituales.

Crac, crac, crac...

¡Tomo la manta con ambas manos y me escondo bajo ella! Eso que suenan son unas llaves golpeando la puerta de mi casa, es alguien... queriendo acceder al interior.

Ñiiiiic...

El crujir característico cuando se abre me hace sintetizarme aún más con mi mueble favorito, me enrosco bajo la desgastada y maltrecha manta...

—Tengo tus llaves desde que te mudaste aquí, me las diste tú —advierde alzándolas y mostrándomelas.

—¡Joder, qué susto de muerte me has dado, Silvia! —Me incorporo sin disimular mi malestar.

—No las he usado hasta que ha sido una causa de fuerza mayor. Tal y como me indicaste el día que las pusiste en mis manos. —Su tono es suave y calmado, nada enfadado, y hace bien, porque era lo que me faltaba, que ella sea quien invada mi intimidad pese a pedirle espacio y que encima tenga que aguantarle el mosqueo por ignorarla... ¡Ahora que me lo soporte ella a mí!—. Me las diste para casos de emergencia.

—¿Y este te parece un caso de emergencia?

—Sí, claro que es una emergencia verte hecha un ovillo en un sofá un domingo, y ni te cuento lo extraño que resulta inhalar el ambiente de este piso.

—Mi piso no huele mal —advierde.

—No, ese es el problema, huele demasiado bien, ¿has estado cocinando?

—Sí, bueno..., me aburría —digo aireando mi mano y restando importancia.

La veo encaminarse hacia mi cocina, seguramente la muy cotilla quiere investigar a qué he dedicado mi tiempo...

—¡¡AAAAHHH!!

¡¡PUM!!

—¡La cocina resbala! —chillo al escuchar su grito y posterior golpe.

—¡¡Ay!! ¡¡Ay!! ¡¿Por qué no lo has dicho primero?!

—¡Por Dios, estás bien! —Salgo escopetada a su encuentro.

Me quedo inmóvil ante la imagen de Silvia haciendo el *spagat* en medio de mi cocina, su cabeza... tiene sangre...

—¡Joder, joder, joder...! —Es lo único que acierto a decir con ambas manos cubriendo mi boca.

—¡No te quedes ahí parada, pide ayuda! ¡Todo me da vueltas! —La observo llevarse la mano a la cabeza, tocar su herida y observar con pavor la sangre.

—¡¿Contra qué te has golpeado?! —pregunto reaccionando al fin, me inclino sobre ella y la ayudo a tomar una pose sentada más natural que ese despatarre, la miro de frente, intento analizar la herida, ver si es profunda, busco a mi alrededor un paño y cuando lo alcanzo observo el pomo de uno de los cajones manchado de rojo—. Ya sé contra qué te has golpeado...

—¡Ah, sí? Qué... bien... —Habla con extraña tranquilidad y suavidad, dadas las circunstancias—. De verdad, Sabrina, llama al 112, me siento... mareada...

¡¡PUM!!

—¡Joder! —No me da margen a cogerla, se cae de espaldas contra el suelo y la hostia suena absolutamente estruendosa—. ¡Silvia! —Me inclino sobre ella, abofeteo con suavidad sus mejillas, pero...— ¡Mierda, no reacciona!

Salgo de la cocina con rapidez, olvidando de nuevo lo que resbala la puñetera por culpa del aceite que se desparramó, y pego un resbalón que me desequilibra pero no llega a tirarme, ¡menos mal! Sujetándome a la pared, termino de salir de la trampa mortal que he gestado jugando a las cocinitas y alcanzo mi teléfono, pido ayuda urgente, pulso el botón que abre el portal y abro la

puerta principal de casa de par en par, despreocupándome de dar acceso a los muchachos de urgencias cuando lleguen con la ambulancia, y regreso, con suma precaución de no resbalar..., a la vera de mi amiga.

Con la bayeta sucia taponó su herida, de la que brota sangre, con mis zapatillas hago una almohada para levantar un poco su cabeza, me arrodillo frente a ella y elevo sus dos piernas, y ahí... comienzan los minutos mas largos de mi existencia, hasta que la puñetera ambulancia hace resonar su sirena por la calle e intuyo, acertadamente, que se detienen frente a mi piso y suben al rescate de Silvia.

—Buenos días, ¿es aquí donde han dado aviso al servicio de emergencia?

—Sí, pero no pueden entrar corriendo, precaución con la cocina, ¡suelo resbaladizo!

—De acuerdo —dice una chica desde el umbral de la misma—. ¿Qué ha sucedido? —pregunta acercándose con suma precaución, y no evitando, aun así, resbalar levemente.

—Se ha resbalado, se me cayó aceite esta mañana, fregué el suelo ¡dos veces! —Trato de justificarme, aunque nadie lo pide—. Pero aun así... —suspiro con fuerza—, resbala un huevo el muy jodido y creo... ¡que he matado a mi amiga! —Me echo a llorar ante mi confesión.

—Señorita, cálmese.

Sitúa su mano sobre mi hombro, mira a Silvia por encima y luego, con una sonrisa que no merezco, me invita a levantarme del suelo y salir, con la misma precaución que ruego tengan los demás.

En el umbral me cruzo con su compañero, este lleva una camilla portátil, y me quedo en un recatado segundo plano mientras hablan...

—Tiene un corte en la cabeza, no parece profundo, ¿cuánto tiempo lleva inconsciente?

—¿Es a mí?

¡Qué estúpida soy!, claro que es a mí, a quién leches iban a estar preguntárselo.

La chica se gira y me mira asintiendo con la cabeza.

—Os llamé nada más que perdió el conocimiento, no sé lo que habéis tardado, puedo mirar la hora de la llamada y deciros con exactitud...

—Vale, hágalo —me interrumpe mi aturullado discurso.

¡Estoy de los nervios! ¡¿Por qué no se despierta?!

—Entonces, por lo que explica...

Oigo a la chica desde mi cocina mientras busco el maldito móvil, hice la llamada a emergencias y luego... ¿dónde leches lo habré metido?

—¿No perdió el conocimiento justo al caer y golpearse la cabeza?

—¡¡NO!! —respondo sin disimular el ataque de histeria que padezco.

Lanzo cojines, manta, mando a distancia, ¡todo por los aires!

—¡No lo encuentro! —confieso llorando a moco tendido, limpiando los mismos con las mangas de mi sudadera del chándal, para no variar.

—No importa —dice el compañero—. Nos la llevamos, igual no es un traumatismo, tal vez se desmayó por otra causa ajena al golpe, el que no perdiera la conciencia de antemano es bueno.

—¿Bueno? —Esa palabra me hace cesar en mis lágrimas—. Eso está bien, ¿verdad?

—No vamos a darle cuenta de un informe exhaustivo, debemos llevarla al hospital, allí le harán las pruebas pertinentes. Tiene la tensión estable, respira y la herida no es profunda. No son malas noticias. —Me sonrío la chica y asiente para que me quede tranquila.

—¿Tiene el contacto de algún familiar? ¿Alguien que desee ser informado de algo así y acompañarnos en la ambulancia? —pregunta el compañero.

—Yo.

—¿Es usted familiar?

—Somos amigas desde hace años, y socias en nuestra fábrica de repostería —apunto como opciones que puedan ser viables para acoplarme al viaje de ambulancia.

—Solo familiares directos pueden acompañarla. Lo siento —remata el muchacho.

Miro a la chica suplicando su apoyo con mi mirada, ella frunce los labios como si le costara contener un sí rotundo, y como veo posibilidad de que ella ceda y me deje acompañar a Silvia, recuerdo lo que me dijo el farmacéutico, ese beneficio que podré sacarle a mi estado durante nueve meses...

—Somos pareja, vivimos juntas, somos lesbianas y... estoy embarazada... ¡in vitro! —

aclaro.

Ambos me miran desconcertados tras la información apresurada que lanzo. Yo no soy como Silvia, ser teatral no me pega, así que espero que no me presionen con incómodas preguntas que puedan descubrir la farsa.

—Por supuesto que puede venir con ella —confirma la chica.

—Pero... —intenta decir él, pero ella le corta.

—Pero nada, si supieras lo que nos cuesta encajar en esta sociedad a los homosexuales. — Me mira y me guiña un ojo.

¡Mierda! No suponía que ella fuera..., vaya..., como se despierte Silvia, le pregunten y me descubra la mentira, ¡me muero de vergüenza!

Comienzo a ser un poco consciente de la insensatez que muestro a veces, podría haber dicho simplemente lo de estar embarazada, pero a cuento de qué iban a ceder si ese bebé no iba ligado a ambas... En fin..., a lo hecho pecho.

—¿Estas zapatillas?, imagino que serán tuyas. —La chica toma la cabeza de Silvia entre sus manos y ayuda a su compañero a subirla a la camilla portátil, después me las muestra.

—Sí.

Me las pasa, las calzo y me dirijo a la puerta de salida, pulso el botón del ascensor y...

—Yo bajo por la escalera, vosotros emplead el ascensor...

La chica me mira con ceño fruncido.

—Puede que su chica doble bien en la intimidad, no lo pongo en duda. Pero no creo que seamos capaces de meterla en un hueco tan pequeño, tal y como va tumbada, ¿no cree? —Vuelve a guiñar un ojo.

—Ah —acierto a decir enrojeciendo por el comentario de que tal vez Silvia doble cuando nosotras..., eso... ¡De esta me mata, si es que no la he matado yo a ella ya!

—Nosotros bajamos por la escalera. Apártese. —Él es todo lo borde que uno se puede imaginar y más.

—Debería ponerse otro calzado y coger las llaves, antes de que se le cierre la puerta, ¿no le parece? —objeta ella.

Creerá que mis nervios desquiciados están cometiendo los innumerables errores de los que está siendo testigo, lo que no acertaría en mil vidas a adivinar es que en realidad... soy así todos y cada uno de los días de mi vida.

Asiento y entro a mi piso de nuevo, trato de volver a localizar el móvil, pero no hay forma, no tengo ni pajolera idea de dónde lo azoté cuando llamé a emergencias, me calzo unas deportivas y tomo mis llaves antes de cerrar con un portazo y entrar en el ascensor que ya está en mi planta, alcanzando así a los dos enfermeros. Entro tras la camilla de Silvia y tomo asiento donde me indican, cojo su mano y vuelvo, por tercera vez en menos de cuarenta y ocho horas, a suplicar a ese Dios que no termina por aparecérseme a echar una mano.

Capítulo * 5

El desmayado fue originado por su fobia a la sangre: cuando observó sus dedos pringosos en tono rojo, se le nubló todo a su alrededor y eso le hizo perder el conocimiento. Por suerte, la herida contra el pomo de mi armario de cocina solo se cobró cuatro puntos de sutura, su cadera ha quedado amoratada y la entrepierna un poco dolorida por el *spagat* que se marcó.

Ya me permiten entrar en la habitación. Al no traerme el teléfono no he podido avisar a la arpía de su madre ni a la estúpida de su hermana pequeña, por no decir al garrulo de su novio.

Toc, toc, toc...

—¿Puedo pasar?

Aunque la puerta está entreabierta, llamo con los nudillos y me asomo con cierto reparo, temerosa a su rechazo.

—Sí, claro. Eres una capulla insoportable, pero la mejor amiga que se puede tener, así que pasa, ¡anda!

—¿Estás bien? ¿Cómo te encuentras? —Ignoro su ataque gratuito y me limito a preguntar por su estado. Avanzo hasta arrimarme a su cama.

—Podría haber sido muchísimo peor.

—¡Uf...! Sí. Me siento... muy culpable. Debí advertirte de que el suelo resbalaba, lo fregué dos veces, pero ¡ese maldito aceite! No esperaba visita, yo sabía que había que tener cuidado... Podrías haberte desnucado. —Me llevo las manos al rostro y lloro tras ellas.

—Shhhsss... —Me manda callar, me envuelve en un fuerte abrazo—. No decía por mí lo de que podría haber sido peor, sino por mi sobrino, una caída de esa índole en ti...

—¿Te preocupas más por lo que le podría haber pasado a *miniyó* que a ti misma?

—¿*Miniyó*? —Pone cara de desagrado, tal y como si acabara de chupar un limón tras engullir uno de esos tequilas de viernes noche que tanto nos gustan.

—Bueno, por ahora, la llamo así.

—Lo llamas. Será niño.

—¡Ni de coña! Como nazca niño lo vendo.

—No digas eso ni de broma —me reprende con ojos abiertos como platos.

Asiento, sonriente y feliz. No sé por qué, pero este *miniyó* tan pronto me saca la mala leche y las ganas de deshacerme de ella, como la ilusión de traerla a este mundo y enseñarle a hacer repostería.

—Hola, pareja —escucho a mi espalda—. ¿Cómo te encuentras?

Silvia mira hacia la puerta con esa ceja suya elevada, extrañada por la referencia hacia nosotras como «pareja», y luego de reajo me observa a mí. Tensa, no me giro, estoy rígida como una tabla de planchar, sé que mi enorme mata de rizos rojos tapa la visual que la enfermera de emergencias pueda tener de mi rostro, así que no pestañeo, no trago saliva, no... respiro...

—Bien. Le comentaba a *mi churri* —hasta un ciego vería el sarcasmo en sus palabras, al menos ha captado la indirecta con la evidente tensión que manifiesto— que podría haber sido peor si llega a ser ella en su estado quien se hubiera caído.

—Sí... —Respiro—. De eso... hablábamos. —Trago saliva.

—Sois una pareja preciosa, me alegro de que estéis bien... las tres —comenta situándose a nuestra altura y observando mi vientre.

—Gracias. —Me giro un poco, dando la cara de medio lado, y elevo sutilmente la comisura del labio—. Has sido muy amable acercándote a comprobar el estado de Silvia.

—Oh. —Airea su mano restando importancia—. Un placer, ya salgo de trabajar, mi turno ha terminado, no me costaba nada hacerlo.

Nos mira intermitentemente a una y otra.

—Siento envidia, os miro y... ojalá llegue a encontrar una compañera que se preocupe tanto como observo que lo hacéis vosotras la una por la otra, y que... —vuelve a señalar mi vientre—

esté dispuesta a crear una familia conmigo.

¡Mierda! ¡Qué situación!

Comienzo con mi danza, froto mis manos con nerviosismo, me muevo un pasito hacia delante, otro hacia atrás...

Al segundo meneo, Silvia toma mis dos manos, provocando que deje de bailar, la miro y, sin verlo venir, ¡la muy capulla!, se incorpora ligeramente y atrapa mi boca con la suya. Mis ojos se abren como pancartas, no la separo porque sé que la enfermera nos observa y podría descubrir mi argucia, pero de esta, ¡la mato!

—¡Qué coño... significa esto!

Silvia me aparta como si quemara al identificar la voz que sale de la espalda de la enfermera.

—¡Juan! —grita ella alertada.

Bueno..., si la deja por esto, me alegro de que la muy tarada haya decidido vengarse de mí morreándome ante la enfermera, eso le pasa por ser vengativa.

Él nos mira con auténtico asco.

La enfermera, como si de un partido de pimpón se tratara, sigue nuestros rostros: el mío es de humor total y absoluto, el de Silvia está rojo de vergüenza por lo que su pareja acaba de presenciar, y el de Juan es de asco atroz. Es un estúpido totalmente en contra de las relaciones de parejas del mismo sexo, descubrir a su chica morreándose con su amiga es una de las peores cosas que podría encontrarse, así que, en fin..., lo dicho... A ver si de esta lo dejan, ¡así de claro!, porque es un zoquete al que no soporto.

Miro a la enfermera, ahora mismo Juan avanza con lentitud hacia la camilla de Silvia, posiblemente tratando de comprender lo que acaba de presenciar, y decido hacer algo para que el muy garrulo no me descubra y me deje en evidencia.

Voy hacia ella, tomo su brazo con confianza y la saco de la habitación.

—Su hermano —digo en su oído—. Él... no respeta esto. —Nos señalo.

—Oh. Comprendo.

—Voy a bajar a la cafetería a comer un poco, estoy famélica —comento acariciando a

miniyó—. Dejémoslos a solas, tendrán que hablar del asunto. Siempre somos cautas en su presencia, no me imaginaba que estuviera aquí, yo no lo avisé —admito, a la vez que me pregunto: ¿Por qué Silvia estará tan encaprichada con ese garrulo?, porque tengo clarísimo que ha sido ella, al despertar, quien ha indicado sus datos para que le dieran aviso.

Media hora larga después, Sabrina, con el estómago repleto, vuelve a dirigirse hacia la habitación de Silvia. Antes de llegar... ya escucha las estúpidas risitas de los dos enamorados...

—Ya la ha perdonado. ¡Vaya por Dios! No me libro de él.

—Hola. —Me quedo sin respiración al escuchar la voz que reconozco a mi espalda y me vuelvo con lentitud—. ¿De quién más has decidido librarte?, para estar en urgencias algo malo ha sucedido. ¿Has tenido otro accidente provocado? —Veo la preciosa sonrisa, socarrona e irónica, del farmacéutico frente a mí. «*¡No es posible!*»—. ¿Me estás siguiendo? —inquiérese con humor.

—Iba... iba a preguntarte lo mismo —digo, colocando mi mata de rizados tras la oreja y siendo consciente por primera vez desde que salí de casa, trastornada tras el resbalón de Silvia, de las pintas tan estafalarias que llevo.

—Ya te dije que era el destino, por algo no paran de conectarse nuestros caminos. —Eleva sus manos al aire y gesticula con su rostro una mueca graciosa, con la que evidencia lo simpático de la situación.

—Silvia... —señalo hacia la puerta de la que provienen las risas de la parejita—, mi compañera, la conociste ayer. —Él asiente—. Ha sufrido un terrible accidente en mi piso.

—¿Qué dices? —pregunta con preocupación acercándose hacia mí, recorta la distancia hasta que casi colisiona conmigo—. ¿Qué le ha sucedido, está bien?

—Sí, sí... Ha sido más liviano de lo que parecía. Se... resbaló en la cocina, se golpeó la cabeza y se llevó un buen golpe en la cadera. Pero ya... está mejor. —Estoy embobada mirándolo, es muy atractivo, desde luego es mayor que yo, bastante más..., yo diría que alcanza la treintena..., si no más. Creo que mi subconsciente quiere tirar por lo bajo con su edad, se le ve maduro y serio, posiblemente lo que mi *miniyó* y yo necesitaríamos para centrar nuestras alocadas vidas.

¡Vaya! Me sorprendo a mí misma cada vez que hablo de mi vida en plural, ya teniendo en cuenta en mi ecuación de vida a este microbio que ni tan siquiera está formado como bebé.

—¿Y tú? —pregunto reculando un paso. Él me mira con tanta atención que parece, enteramente, que sienta por mí la misma atracción que yo por él.

—Oh..., yo estoy aquí por una maravillosa noticia. —Se le ilumina el rostro—. Mira. —Extrae su teléfono móvil del bolsillo trasero del vaquero, teclea y me muestra una imagen—. Dentro de nueve meses, espero que tú estés así de feliz sosteniendo a tu bebé.

Es la imagen de una feliz mamá, guapísima, aunque se muestra con ojeras y un tanto demacrada, posiblemente fruto del alumbramiento reciente, el bebé es... una cocada.

Comienzo a llorar de emoción al ver aquello, por la esperanza de él de que llegaré a verme en esa misma pose con mi bebé de aquí a nueve escasos meses, y porque... debí imaginar que estaría comprometido.

—Es... precioso, y... la mamá, también. Enhorabuena —acierto a decir, dándome media vuelta y metiéndome en la habitación de la parejita feliz. Al verlos... mis lágrimas se intensifican y lloro más aún.

Maldito mi corazón y lo mal que elige siempre. Álex es tan garrulo o más que el estúpido novio de mi amiga, ella me advirtió de que no era hombre para mí y no la escuché, por qué iba a hacerlo ella a la inversa.

—Sabrina, ¿por qué lloras? ¿Son esas hormonas revolucionadas? Ven. —Tiende su mano hacia mí y me invita a acudir a su vera—. Oye, siento la broma de antes besándote —dice a mi oído—, pero te las buscas —se carcajea—. ¿Jamás se te ocurrirá nada normal? ¿Qué le dijiste al servicio de urgencia?

—Que éramos pareja de lesbianas, que esperábamos este bebé y que no podían dejarme en casa con la angustia de lo que sucedía —desentierro el rostro de su cuello—, solo quería acompañarte y... como no somos familia directa, me dejaban en tierra, así que... me inventé esa historia.

—Debiste de ser escritora, no repostera, qué imaginación tienes.

—Mira quién habla.

—Eh..., chicas..., ¿qué... qué bebé?

¡Oh, mierda! ¡Por Dios! ¡Qué bocazas!

—No puedes decirle nada a Álex —adviento separándome del todo del cuerpo de Silvia y encarándome a Juan.

—¿Qué tontería estás diciendo, Sabrina? —me recrimina Silvia.

—¿Cómo que qué tontería? —pregunto incrédula.

—Sí. Álex es el padre, ¿en qué momento imaginaste que no debías decirle nada?

—Desde el segundo cero —digo con enfado—. No tiene que saberlo, os lo advierto a ambos.

—A mí no me adviertas, porque Álex es mi colega y esto es una bomba que no pienso ocultarle.

—Sabrina. —Silvia se incorpora ligeramente de su cama y toma mis temblonas manos nuevamente—. Cálmate y piensa. No puedes ocultarle que va a ser padre, no es el típico caso en que no sabes quién es. No te encabezones, porque no tienes razón. Le has dejado y nadie te dice que tengas que volver a darle una oportunidad por el hecho de que vayáis a tener un hijo en común, pero él... tiene que saberlo, primero porque no son solo los derechos que él tenga sobre el bebé, sino que son los que tendrá tu hijo sobre Álex. No puedes permitirle que continúe con su vida ajeno a esta situación y se desentienda, él... debe ayudarte, en la medida en que pueda, sobre todo... económicamente. ¡Y no hay más!

¡Mierda! ¿Por qué siempre tiene que tener razón en lo que dice?

—Tengo... tengo que irme. —Libero sus manos de las mías y reculo un par de pasos, niego con mi rostro, ¡no sé cómo hacer esto!—. No me he traído el teléfono conmigo, pero si te dan el alta me mandas un mensaje, que lo leeré... cuando... lo encuentre. ¿De acuerdo? —Elevo la vista y la miro con ojos enrojecidos en el mismo tono que mi mata de pelo rebelde—. Si no te lo dieran... mañana me acerco a verte cuando termine con el pedido que tenemos que ir a entregar por la tarde.

La veo asentir, por fin da por buenas mis palabras sin replicar.

No me despido de Juan, porque es un garrulo y punto.

Salgo de la habitación, y a mi paso por el cruce de pasillos recuerdo al farmacéutico, cruzándose nuevamente en mi camino, y lo ilusionado que estaba con la imagen de su pareja e

hijo.

Las lágrimas vuelven a mí, voy a tener que hacer ejercicios de concentración, no había llorado tanto en mi santa vida.

Capítulo * 6

Es incomprensible lo cansada que estoy, hago lo mismo desde hace tres meses y no me había sentido tan exhausta nunca. Está claro que *miniyó* tiene la culpa de todo, aunque es pronto para que se certifique medicamente mi estado y que me hagan ecos y esas mil cosas que les hacen a las embarazadas. Sigo pensando que debería ir al médico o al menos... pasar por la farmacia y consultar si hay algún tipo de complemento que pueda tomarme para sobrellevar este atroz cansancio que me tiene atontada, y, ¡hombre!, no es que desee tirar piedras a mi propio tejado, pero donde ya soy una calamidad temeraria y un tanto peligrosa para el mundo que me rodea, no te quiero ni contar lo que seré de aquí a unas semanas más con semejante sensación de agotamiento físico.

Termino de cargar la furgoneta con el pedido al completo, no he levantado cabeza, no he parado ni la media hora habitual en la que Silvia y yo nos tomamos un café acompañado de una de estas cookies recién salidas del horno, por economizar tiempo, son las dos en punto.

Llamo a Silvia, me envió esta mañana un mensaje diciendo que le daban el alta sobre las once y que Juan la llevaría hasta casa, así que...

—¿Paso a verte ahora? —pregunto con premura nada más me descuelga.

—Hola, yo también me alegro de oír tu voz. —Suena sarcástica.

—Lo siento. Hola, ¿cómo te encuentras?

—Dolorida. Me tiran los puntos de la cabeza. Pero estoy bien. ¿Tú? Pareces más acelerada que de costumbre.

—Ya he cargado. Te llamaba porque tengo mucha hambre, y como tengo comida en casa, si estás bien, prefiero ir a comer, repartir y luego ya me paso a verte.

—De acuerdo. Organízate como tú creas mejor, después de todo yo estaré toda la semana de

baja, no podré echarte una mano. ¿Quieres que le diga a Álex que se acerque y haga él las entregas?

—Sé lo que intentas —advierto—. Nada de encerronas, estás avisada. Se lo diré yo, cuando considere oportuno.

No responde, la siento suspirar.

—¡Ese garrulo de novio que tienes ya se lo ha cascado, ¿verdad?! —gruño con enfado.

No necesito una respuesta, ¡le ha faltado tiempo!

—Me paso esta tarde noche a verte, ahora te dejo, que estoy agotada y famélica. Por tanto...

—Cabreada.

—Sí. Y que tu estúpido novio se haya ido de la lengua... no ayuda. Chao.

Cuelgo y me subo a mi furgoneta sin disimular mi rabia.

Acelero con ese sentimiento de ira *in crescendo* en mi interior.

¡¡PUM!!

La marcha atrás estaba metida y hundo el portón del almacén de la fábrica. Dejo mi cabeza caer sobre el volante y lo golpeo generando un estridor con el claxon.

Piiiiii....

—No puede ser verdad.

Piiiiii....

Golpeo de nuevo mi cabeza contra el volante.

Piiiiii.... ¡Y otra vez!

Toc, toc, toc...

Unos nudillos colisionan con la ventanilla de mi furgón, elevo el rostro con ceño fruncido y ahí está... el farmacéutico buenorro, papá de un precioso bebé, y el destino poniéndolo de nuevo en mi camino.

Bajo la ventanilla con la manivela lentamente y trato de poner esa cara de póker que emplea Silvia, elevando solo una de mis cejas, pero... no puedo, eso debe de ser un rollo genético que le

permite hacerlo, porque a mí... no me sale.

—¿Cuéntame? —pregunto—. El destino en esta ocasión te ha traído a la calle donde casualmente tengo mi fábrica, para presenciar un nuevo hostión de esta pelirroja loca con su furgoneta, ¿por quéééé...? —pregunto sarcástica, situando mi brazo sobre la puerta y la mano en el mentón, haciéndome la pensativa.

Sonríe y niega con su rostro.

—No, el destino no ha tenido nada que ver. —Eleva su mano y me muestra unos papeles—. Silvia me había dado la tarjeta de vuestra fábrica. Me he pasado primero por tu casa y, como no estabas, he venido hasta aquí. —Se encoge de hombros, aclarando que el destino... ya ha dejado de jugar a nuestro favor, lo cual me parece justo, si tenemos en cuenta que hay una pareja y un bebé hospitalizados que dependen de él.

—Ya veo.

Paro el motor de la furgoneta y amago con querer bajarme de ella.

—¿No es mejor que tires un poco hacia delante y desincrustes el vehículo del portón? —inquire abriendo los ojos.

—Ah..., sí... —Vuelvo a acomodarme y arranco—. Ya se me había olvidado que me acababa de cargar el portón.

—Eres... —cruzo mi mirada con la incrédula de él— un desastre, ¿sabes?

—Sí, sí..., ya lo sé. —Aireo mi mano restando importancia—. Siempre he sido así, lo cierto es que con el paso de los años voy a peor. —Meto la primera, me aseguro dos veces de haberlo hecho correctamente y fijando mi atención al frente, a ver si evito atropellar a nadie...

Ñiiicc...

¡Uf...! Ha sonado... a muy roto.

Estaciono en una plaza de vado que tenemos habilitada frente a la fábrica y salto a tierra, rezando al mismo Dios, que no para de ponerme obstáculos a cada puto paso que doy, para que el portón tenga un arreglo económico.

Cuando me dirijo al mismo, veo al farmacéutico, de quien ya paso olímpicamente de conocer su nombre, inclinado y estudiando los daños.

—No sé, era automático, ¿verdad?

—¿Eso que quiere decir? ¿Que si funciona con un mando?

Se vuelve hacia mí con rostro atónito y asiente levemente.

—Esos tecnicismos los lleva Silvia —aclaro cruzándome de brazos, dejándole claro que no me parece bien que me esté juzgando por ignorante—. Lo mío es amasar, moldear, crear preciosa repostería...

—Queda claro. No te juzgo —interrumpe mi autodefensa—. Igual no funciona de ahora en adelante de forma automá... —frena sus palabras— con mando. —Termina empleando mi idioma—. Pero seguramente de forma manual podréis usarlo una temporada hasta que podáis repararlo.

—Menos mal, Silvia me va a matar.

—Qué paciencia debe de tener tu socia. —No hay cuestión, lo dice así..., sin más, con toda la confianza del mundo—. En fin... —Mira sus papeles—. Necesito tu firma para que el seguro pague los desperfectos que se ocasionaron en mi coche.

—Claro. Lamento enormemente lo que te he importunado dejándote sin vehículo, imagino que no podrás llevar a tu bebé a casa con el confort que esperabas, y que ahora tendrá que ir en ese viejo Corsa que huele a muerto.

—¿Mí qué? —inquieta estupefacto.

—Be... bebé. —Me atraganto, da la sensación de que tenga un gemelo, uno habla y cuenta según qué cosas, y otro, otras...

—Te tienes que estar refiriendo a mi sobrino, el hijo de mi hermana Eva, ¿la foto que te mostré ayer?

Asiento.

—¿No eran... tu pareja e hijo?

—No, no, no... —Eleva ambas manos al frente, una portando los documentos que he de firmarle—. Para nada. —Ríe estrepitoso.

Ahora siento curiosidad, ¿ese «no» tan rotundo... es al hecho de no querer tener pareja, no tener hijos, no tener ambos?

—Trae. —Alzo mi mano para tomar los papeles, y al hacerlo él roza sin querer mi mano con

la suya. He de contener un suspiro, mi estado me tiene loca con los sentidos a flor de piel.

Trato de no darle excesiva importancia, me vuelvo hacia mi furgoneta y, apoyándome en capó redoblado del hostión de ayer, garabateo mi firma sin leer ni comprobar nada, y nunca mejor dicho, mi firma es eso, un garabato sin sentido, alocado, igual que yo.

—Ni lo has leído —comenta negando con su cabeza de derecha a izquierda, reprochando mi falta de sensatez por firmar sin leer.

No sé por qué, pero creo que puedo confiar en él, después de todo, a la inversa: él en mí, lo ha hecho, me dejó abandonar el lugar del siniestro solo con mi palabra de que firmaría estos papeles para que el seguro se hiciera cargo, así que... uno por otro.

Se los devuelto y observo que, esta vez, intencionadamente roza mi mano con sus dedos. Elevo la mirada hacia la suya intentando averiguar a cuento de qué lo ha hecho, y le observo mirándome con la boca entreabierta, como si él también hubiera sentido algo con mi contacto y no pudiera creerlo.

Traga saliva y toma los papeles, los mira un instante y veo cómo se le eleva la comisura del labio, termina por esbozar una amplia sonrisa y decir:

—¿Sabías que la firma dice mucho de las personas?

—Uf... Como quieras analizar la mía...

—No iba a descubrir nada que ya no sepa o intuya. Ya nos veremos, pelirroja peligrosa. Y... mira por dónde vas, ¿quieres? —Señala mi vientre, refiriéndose a *miniyó*.

Sube a su Corsa prestado y desaparece camino adelante, dejándome atragantada, pues siento una atracción brutal hacia él, pero no sé determinar si es por culpa de mi estado de embarazo, hormonas aceleradas, o él sin más, un hombre maduro en cuya existencia jamás hubiera reparado si no fuera por ese destino que, él está seguro, juega a nuestro favor.

Tras almorzar, realiza su reparto tal y como tenía previsto, y para finalizar el lunes, se acerca a la casa de su socia, cabizbaja porque Silvia deberá estar postrada en una cama, guardando reposo por su culpa, al menos los próximos cinco o siete días, y si ella se viera en la misma tesitura, estaría que se subiría por las paredes. A nadie le gusta verse impedido de ningún modo.

Llamo insistente, nadie abre la puerta.

Miro mi móvil y observo que no tengo mensajes o llamadas de ella, intento ponerme en contacto, pero da apagado o sin cobertura. ¿Por qué no está en casa?, le mandaron guardar reposo, frunzo el ceño y no dejo de oprimir el botón del micro tratando de recibir respuesta, y ¡nada!

Pienso un instante, miro la agenda de contactos, podría llamar al descerebrado de Juan, pero paso... Pienso en Álex y un yunque cae a plomo sobre mí, una gran fatiga me inunda al recordar que debo hablar con él acerca de *miniyó*. Cuando catapulté ayer su consola por la ventana, era un final sin retorno, en ningún momento pensé que tuviera que rendirle cuentas sobre la existencia de un hijo común de ambos.

¡Vale!, recobro la compostura, cada cosa cuando toca, ahora debo localizar a Silvia.

¿Lugares habituales donde podría estar siendo lunes por la tarde? Reflexiono un instante introduciendo de nuevo el móvil en el bolso, no voy a llamar a nadie más ni a pedir ayuda, en mi línea, orgullosa e independiente: puedo encontrarla sin colaboración externa.

Llego la cafetería Two's, en ocasiones solemos tomar aquí un café cuando tenemos un reparto de tardes y hoy había uno. Tal vez estaba nostálgica por tener que asumir un encierro de una semana y se le ha ocurrido salir a tomar el aire, ¡muy mal hecho!, aunque... no voy a ser hipócrita, pues yo... hubiera hecho lo mismo.

Entro y rebusco, pero no está aquí.

Veo en el mostrador un cruasán relleno de jamón york y queso y mi *miniyó* me pide desde el interior... ¡que me lo zampe!

Cojo uno para llevar, pues tengo que seguir con mi búsqueda. Espero... que no le haya pasado nada malo, y el karma me la esté devolviendo. Yo no avisé a nadie ayer cuando sufrió el accidente en mi piso, ¿y si ahora ha empeorado, y es el garrulo de su novio el que no quiere avisarme a mí?

Con el cruasán relleno en una mano, alcanzo a extraer de mi bolso mi móvil con la otra. ¡En buena hora se me ocurrió pillarme el más grande del mercado! Lo hice para no quedarme ciega cuando administro las redes sociales, pero es... imposible manejarlo con una sola mano. Observo mi cruasán, la mahonesa se resbala por él... Saco mi lengua y la chupo de manera nada femenina y, de paso, le meto un buen mordisco. Soy consciente de que con los carrillos hasta arriba me

cuesta hasta cerrar la boca para masticar y... ahora tengo otro problema añadido: mis dos manos están ocupadas y un churrete enorme comienza a descender por mi mentón hacia mi cuello...

—¡Mier-da! —maldigo con la boca llena, levanto la cabeza hacia arriba intentando ralentizar el descenso del churretón de mahonesa por mi cuello.

—¿Necesitas ayuda?

—Nop —digo atragantada cuando de nuevo mis oídos reconocen la voz del farmacéutico acosador.

Me vuelvo en dirección opuesta a la procedencia de dicha voz.

¡Venga ya! Llevo pocos meses viviendo en mi nuevo piso, puede que jamás haya coincidido con él, porque antes vivía en el lado opuesto de la ciudad, pero ahora me lo topo ¿incluso aquí? He alternado en el Two's toda mi vida, desde niña, aquí quedábamos la cuadrilla del insti para maquinar cómo liarla parda, engañábamos a nuestros padres con ese aspecto de niños buenos que quedan en un café a charlar, pero la realidad es que el silencio y tranquilidad del Two's ayudaba a gestar nuestros macabros planes, y jamás... había visto al farmacéutico.

—Yo creo que sí. Estate quieta, ¿quieres?

Me frena sosteniendo mi codo, me rebasa y se pone frente a mí, con un pañuelo de lo más cateto, de esos de tela que ya nadie utiliza, perfectamente redoblado y planchado. Limpia mi churrete invasor, que ya iba a rozarme el escote, y, ¡joder!, no soy de piedra, me hace perder la cabeza con su limpieza.

Me muevo nerviosa, deseo que me quite las manos de encima inmediatamente o arderé en pasión, le arrancaré esa camisa más limpia que el jaspe de un solo tirón, haciendo que cada perfecto botón salga disparado.

—Estate quieta, Sabrina —me riñe.

Lo miro, me quedo fijamente observándolo. No soy capaz de obedecer a su orden de manera explícita, mis pies se tambalean de derecha a izquierda, intento que de cintura hacia arriba mi cuerpo deje de menearse para facilitarle la labor, pero... es imposible.

Cuanto termina me mira, esos ojos tan intensos me piden a voces que le meta la lengua hasta la campanilla, ¿él me está buscando o el destino me lo pone a tiro? Mi conciencia descansa tranquila porque sé que, en esta ocasión, no soy yo la que lo está acosando como hice con Álex y..., bueno..., otros muchos antes que él.

Qué le voy a hacer, soy enamoradiza.

Suspiro y él... eleva su mano libre de pañuelo y acaricia mi pecosa mejilla, yo elevo la mía para posarla en su pecho y que el tacto me dé la prueba definitiva que necesito para enamorarme perdidamente de cada célula de su cuerpo y pedirle... que se convierta en mi segundo esposo...

¡Chof!

—Oh..., mierda... —Retiro el cruasán pringoso de mahonesa de su impecable camisa y cierro los ojos con fastidio—. Se me olvidó que...

—¿Tenías un cruasán relleno en la mano? —pregunta irónico.

Entreabro los ojos con miedo, seguro que me mira con reproche y se larga corriendo en dirección opuesta a la de la chalada pelirroja que tiene enfrente, pero no... Su mirada es cautivadora, su sonrisa se incrementa y, sin pensarlo, arroja el pañuelo al suelo y eleva su otra mano, atrapa con ambas mi cara y me planta un beso de escándalo, sin sentirse cohibido por la presencia de viandantes. Mi pie se levanta hacia atrás y desearía que *miniyó* no me hubiera obligado a coger este puñetero cruasán que, ahora, se interpone entre ambos.

Instantes después de aquel regalo, se separa de mí y me observa mientras poco a poco va retirando sus manos de mis mejillas.

—Que aproveche —dice relamiéndose los labios, muy probablemente con toque a mahonesa.

Me suelta mirando de reojo el cruasán que he oprimido imaginando que era su prieto trasero lo que tenía entre manos, y que tiene el york y el queso, así como la salsa, arrollando por mi mano y alcanzando ya el codo, sensación que siento por dentro de mi chaqueta, ¡menuda guarrada!

Frunzo el ceño cuando lo observo caminar un par de pasos de espaldas y girarse, después de elevar su mano y despedirse.

—¿Y ya... está? —pregunto a su espalda.

Se vuelve con soltura, regalándome una despedida un poco más decente mirándome sonriente...

—Tengo que trabajar. —Alza sus dos manos al aire a modo de disculpa—. Hoy tengo turno de tarde en esa otra farmacia. —Señala al otro lado de la acera—. Había salido a tomar un café en mis veinte minutos de descanso y... nuevamente el destino te pone en mi camino. —Es júbilo

auténtico lo que hay en su mirada—. No puedo seguir ignorándolo... —canturrea elevando ambas manos al aire.

Frunzo el ceño desconfiada.

—Existe. —Me señala con su índice bien estirado, como si quisiera reprenderme por la cara de desconfiada que porto—. Tú tampoco deberías ignorarlo.

—Pero... aún no sé ni cómo te llamas —acierto a decir.

—Tampoco me lo has preguntado. —Ríe escandaloso—. De verdad —eleva su pulgar y señala tras de sí, en dirección a la farmacia que luce la cruz verde—, he de irme ya.

—Lo averiguaré —digo juguetona.

—Eso espero.

Ahora sí, con soltura se vuelve y echa a trotar hacia el paso de peatones aprovechando que se ha puesto el semáforo en verde.

—¡¿Cómo doy contigo si ni tan siquiera trabajas siempre en el mismo lugar?! —chillo.

—¡El destino! —grita sonriente terminando de cruzar.

Lo veo entrar en la farmacia y desaparecer tras el mostrador. Me quedo un rato chupeteando mi cruasán y mirándolo, ya ha oscurecido y la iluminación del comercio me permite verle, podría cruzar, inventarme que necesito comprar algo como excusa para charlar de nuevo con él..., aunque... no... Es mucho más divertido creer que el destino juguetea con nuestros efímeros encuentros, así que... esperaré a que acontezca otro.

¡¡Y yo sigo aquí, esperándote!! ¡¡Y que tu dulce boca rueda por mi piel!!

—¡Joder, qué alto lo tengo puesto! —Me apresuro a dar al botón verde de llamada cuando mi móvil resuena—. ¿Se puede saber por qué no estás en casa? ¡Estoy buscándote por todas partes!

—Perdona, sé que venías después del reparto, has tardado muy poco, olvidé el móvil en casa, me acompañó Juan al súper, iba a cargar bastante para los próximos días de cautiverio que me esperan. —La conozco y el tono es apesadumbrado.

Suspiro con sentimiento de culpabilidad.

—Deja de castigarte, ¿vale? Fue un accidente. ¿Vienes hasta casa y me ayudas con la cena?

—Recrimina mi suspiro con sentimiento de culpabilidad—. Juan se marcha ya, entra de noches y aún tiene que pasar por su apartamento.

—Sí, claro. Estoy en Two's, creí que estarías aquí y me acerqué, así que en quince minutos o así llegaré.

—De acuerdo. Anda con cuidado, loca pelirroja.

—Lo haré. —Me roba una sonrisa.

Comienzo a caminar dirección a su casa, no sin antes echar una última ojeada hacia la farmacia. Él está allí con esa amplia sonrisa, ese carácter suyo tan altruista es admirable, está ayudando a una anciana a tomarse la tensión, ¡no debería seguir engañándome!, es... demasiado perfecto para mi mundo imperfecto.

Capítulo * 7

Le he preparado unos huevos fritos con patatas y gula, los he puesto sobre una base de pan de molde y he hecho una especie de emparedado, lo cierto es que me ha costado menos cocinar que el día anterior con la que lie en la cocina.

—Vaya... Qué pinta más alucinante tiene, Sabrina, parece obvio pensar que, si se te da bien la repostería, la cocina de diario también, ¿no?

Me encojo de hombros. Son unos simples huevos con patatas fritas.

—Supongo, igual solo era cuestión de ponerme paciente con ello. Ayer me aceleré cocinando, lo tengo clarísimo, quise hacer más cosas de las que podía al mismo tiempo, vi tanto ingrediente que me volví loca.

—Eso no es nuevo. —Me mira sonriente.

—He pensado una cosa mientras venía hacia aquí.

—¿El qué?

—¿Qué te parecería si me quedara contigo en tu piso hasta que te recuperes? Así cocinaría para ti y para mí de una sola vez, podríamos hacer algo de nuestra rutina habitual, aunque fuera de puertas para adentro de casa, como tomar nuestro café de la tarde y charlar de los clientes, pedidos, esas cosas... —comento con despreocupación prestando especial atención a la elaboración de mi plato.

—Harías eso... ¿por mí?

Me giro y la observo con muchísima incredulidad.

—¿Por qué lo dudas?

—Bueno..., creí que tal vez estarías un poco molesta porque le he dicho abiertamente a Juan lo de tu bebé y te he sido franca a la hora de decirte, también con él presente, que debías implicar al padre. Por no objetar que Juan ya se lo ha largado todo a Álex...

—No mezcles las cosas —interrumpo—, eres como mi hermana, jamás vuelvas a dudar de mi implicación en tu recuperación. Además..., soy la responsable de que estés en esta mierda de situación. Y lo de decirle a Álex que es el padre... tenías toda la razón, así que... —me encojo de hombros— tarde o temprano tendré que hablar con él, si por el hecho de que Juan se lo haya cascado me allana el camino..., mejor. No hay mal que por bien no venga. —Coloco la gula y... — ¡Tachán! —Elevo mi planto, orgullosa con mi humilde creación—. ¿Qué te parece? ¡Tiene una pinta alucinante!

—¡Mejor sabrá! —Me quita el plato de las manos y se sienta en la silla alta de la cocina.

El pisito de Silvia es muy discreto y minimísimo, algo así es lo que tendría que haberme pillado yo. La cocina se separa del salón con esta barra divisoria que ahora ambas compartimos con nuestro rico manjar, solo hay una habitación en la que entra una cama de matrimonio, armario y cómoda, y da gracias, el servicio es para entrar de lado, en suma, no llega a cuarenta metros cuadrados.

Ante mi repaso, frunzo el ceño, ¿cómo iba a criar aquí a *miniyó*? Ese destino del que el farmacéutico tanto habla ya había decretado que mi piso de dos dormitorios, aseo y baño completo, salón independiente y gran cocina... debía ser para mí.

Me lleno los carrillos y disfruto muchísimo con cada bocado.

—No había cenado tan bien en la vida.

—Mira que eres exagerada.

—Nos alimentamos muy mal, Sabrina.

—Sí, es cierto. Pero eso se ha terminado, al menos en mi caso. —Inclino el rostro y acaricio a *miniyó* con delicadeza.

Mi cabeza viaja a esta misma tarde y el imprevisible beso que me ha dado el farmacéutico. Una sonrisa aparece en mi rostro recordando lo pringosa que le dejé la camisa y lo poco que le importó.

Soy un desastre.

—¿En qué piensas? Hoy pareces distinta, más... mentalizada con tu nueva situación.

—Sí, así es. No sé si será una decisión acertada, pero *miniyó* ya está hecho y no tengo coraje para deshacerlo, ¿quién soy yo para decidir si debe vivir o morir?

—Ya, bueno, tampoco es eso, cuando tomamos métodos anticonceptivos estamos contribuyendo a que *miniyós* no vengan al mundo...

—¡Vaya chorrada! ¡Entonces solo haríamos el amor para engendrar! Eso es muy católico, no comulgo con ello. Yo llevo sin acostarme con un hombre casi cinco días, desde que decidí que Álex era una mala decisión, y ya estoy desesperada.

Un rubor recorre mi cuerpo al recordar nuevamente el beso del farmacéutico.

—¿Qué más?

La miro y me encojo de hombros, finjo... que no sé a qué se puede estar refiriendo.

—Hay algo más que no me cuentas, tienes una mirada y una actitud muy diferentes, tu sonrisa te delata, es la misma que sueles manifestar cuanto te enamoras una media de diez veces al año.

—¡Hala! ¡Qué exagerada!

—De exagerada nada. ¿Es el farmacéutico?

Uf... Qué irritable puede llegar a ser, me conoce tan bien... que me repatea, siempre, carajo..., siempre... tiene razón cuando abre esa maldita boca que tiene.

—Venga. —Golpea mi brazo con su codo levemente—. Cuenta.

Suspiro con cansancio, tampoco es que haya nada que contar del otro mundo, ¿no?

—Me besó antes.

—¿Qué...? —Me mira atónita.

Bueno, igual sí que había algo potente que contar, ahora que lo pienso, me... ¿besó?, eso no es cualquier cosa...

—Lo encontré por casualidad el día de tu ingreso, y esta tarde de nuevo, y él cree que el destino me pone en su camino —encojo mis hombros—, así que, así sin más, tomó mi rostro entre sus manos y me metió un morreo en medio de la calle, me dejó... a cuadros. —Sonrío como una

boba.

—Vaaayaaa... Eso no te había pasado jamás, bueno..., y en realidad, a mí tampoco. Es más, si lo pienso bien, eso no le pasa a nadie en el mundo. Un desconocido cae por casualidad en tu vida cada dos por tres, en lugares diferentes, a horas al azar, y en un momento dado decide besarte por no dejar escapar la oportunidad, sustentando su alarde en el hecho de que es el destino el que decide que debáis estar juntos...

—Lo acabas de relatar con la teatralidad que te caracteriza. ¡Bravo!

Aplaudo y río con ganas.

Nos tronchamos de la risa un buen rato con este relato suyo y acabamos el día como es debido, bebiendo una pequeña copa de vino mientras vemos un poco la televisión, que espero no le sienta mal a mi *miniyó*, y riendo como buenas amigas que somos, pese a que en ocasiones nuestra relación es desastrosa y atropellada, principalmente... por mi propia influencia.

Al amanecer, Silvia observa a su amiga durmiendo en el sofá cama de su salón y piensa en recompensarla por el ofrecimiento de cuidar de ella, pese a que su estado de embarazada debería ser su prioridad, no ella, así que... se encamina a la pequeña cocina y moviéndose con cautela saca una sartén, y tratando de hacer el mínimo ruido posible, ese es el hándicap de tener un apartamento loft, bate unos huevos, a los que añade leche y un poco de avena. Pretende prepararle un rico y nutritivo desayuno...

Al cabo de quince minutos...

—¡Dios mío! ¡Fuego!

—¡¡¿Qué?!! ¡¡¿Dónde?!! —Me incorporo con brusquedad, tropiezo con la mesita baja del salón de Silvia, olvido que estoy durmiendo en su piso, me aturullo ante mi confusión, sumada al olor a quemado que no pasa desapercibido.

—¡Corre! ¡Corre! ¡Huye! ¡Salva al bebé, Sabrina!

—¡¿Qué dices, chiflada?! —Vuelvo el rostro hacia su pequeña cocina, termino por ser consciente del lugar en el que estoy y veo una llamarada enorme salir de una negra sartén—. ¡Tápala! ¡Tú solo tápala! —Le grito a la vez que doy grandes zancadas recortando el pequeño

espacio.

Pero no llego a tiempo, y la muy inconsciente luego habla de mí, toma la sartén por el mango y la mete bajo el grifo, abre a toda presión el agua y la llamarada se multiplica.

—¡¡NO!! ¡Nunca, esto nunca! —La aparto de un empujón—. ¡Abre la puerta de la calle y la ventana para que ventile! — indico con autoridad, pues de algo sé, no todo lo que hago es al tuntún y sin sentido, cojo la sartén por su mango y la pongo sobre una rejilla de acero que hay en el mostrador, coloco una tapa y listo.

Las llamas desaparecen, pero el humo negro escapa a toda presión por los laterales de la tapa, los muebles blancos ahora son negros... Nos llevará todo el día poner esta cocina del color correcto.

—Ya está. Todo bajo control.

—¡Una mierda bajo control! —Escucho a Juan desde la puerta con tono rudo—. ¡¿Qué hace aquí?! ¡No has tenido bastante todavía, ¿verdad?! —Habla de mí, pero mira hacia Silvia, quien después de abrir la puerta de la calle ha ido hacia la ventana y se halla al fondo del salón mirando hacia Juan, un tanto... asustada—. ¿No quedó claro mi ultimátum, Silvia?

—¿Qué... ultimátum? —pregunto mosqueada.

—¡Tú cállate! ¡Métete en tus asuntos! Tienes bastante con lo tuyo —dice con desprecio apuntando con su osada mirada hacia mi *miniyó*, y por ahí... no paso.

—Perdona... —Me encaro con él.

Aunque lo que debería hacer ahora mismo es salir de este apartamento, en realidad, todos deberíamos hacerlo, porque estamos respirando un oxígeno totalmente tóxico por el miniincendio que ha originado Silvia.

—No contenta con que casi te mate en su propia casa, la metes en la nuestra y la dejas que nos la incendie.

—¿Nuestra? —pregunta Silvia incrédula, pero la conozco, su tono delata temor.

No me gusta nada lo que estoy presenciando, ¿qué puñetero ultimátum le habrá puesto este garrulo?, ¿quién se ha creído que es para ir por la vida amenazando a nadie, y menos a mi amiga?

—Sí, cariño. —Va hacia ella—. Dejaré el mío y nos quedaremos en este, lo decidí esta noche, por eso he venido directo del trabajo, hoy ya me quedo aquí. Este es más pequeño y

confortable, además tú tienes hipoteca, y yo, alquiler. ¡Me ahorraré una pasta!

Será cretino, podría haber llegado proponiendo un pago a medias de la hipoteca de Silvia, pero no, encima alardea de lo que se ahorrará el garrulo de él.

—Uf... A ver, Juan, que se te va de las manos, no voy a vivir contigo, ¿vale?

—¿Cómo que no? —Mira hacia el sofá cama montado—. ¿Dejas que esta se quede en tu casa a dormir y a mí no?

—Soy muy codiciosa de mi espacio e intimidad, y lo sabes, no es nuevo, punto número uno. ¡Segundo! —dice con autoridad—. Deja de despreciar a Sabrina, se ha quedado para cuidar de mí hasta que me recupere y me den el alta médica.

—¿Cuidar de ti? Ha sido ella la que te ha puesto en esta situación. —Vuelve a mirarme con auténtico asco—. Encima casi incendia el apartamento.

—He sido yo, Juan —corrige.

—No, cariño. Ya lo hemos hablado, estás confusa, es ella la que te hace mal, es mala influencia.

—Disculpa. —Toso, ellos se han ido al lado de la ventana, pero yo estoy dentro de la pequeña cocina, tengo que salir de aquí, pero lo que escucho es tan sumamente indignante que me dan ganas de...—. Deja de meter mierda en mi relación con Silvia, te lo advierto... —Vuelve a darme la tos.

—¿O qué? ¡Ves, es una sinvergüenza! No me traga y obstaculiza nuestra relación porque te quiere solo para ella, seguro que disfrutó de ese beso que dices que le diste tú a ella como broma, y que yo estoy seguro de que había sido ella, pero la defiendes, siempre lo haces, como ahora.

—Tengo que salir a la calle. —Sitúo mi brazo sobre la boca y toso, estoy en pijama, pero no puedo respirar.

—¡Ahí lo tienes, qué más pruebas precisas! ¡Se larga porque es incapaz de defenderse!

—Ya está bien, Juan, ayer... te dejé bien claro que lo nuestro flaqueaba. —Esa afirmación me descuadra, al escucharlos ayer en la habitación reír como una pareja de enamorados, lo que menos imaginé es que Silvia considerara que su relación estaba en la cuerda floja—. Y que hoy vuelvas como si no me hubiera explicado con claridad insinuando que vendrás a vivir conmigo, y que encima sigas creyendo que puedes convencerme de que lo que veo y oigo no es lo que creo

yo, sino lo que crees tú...

Alcanzo a escuchar eso, no más... Silvia vive en un primero, ya estoy en el bajo, en cinco escalones más alcanzo el portal y respiro profundamente al salir al exterior.

Ese cretino, siempre dije que le terminaría por traer problemas, es un garrulo y un capullo integral, así que Silvia está amagando con querer dejarle y él... no termina por entender lo que es un no.

Minutos después me rebasa a toda prisa, pasa por mi lado y ni se entera, estoy casi camuflada con la pared del portal, me he metido en el macetero y sentado en el canto que está contra la pared, esperando que este arbusto me quitara un poco del fresco de la mañana, mi pijama no es precisamente grueso.

Le veo moverse furibundo, ir hacia un matorral y no cortarse en darle patadas y destrozarlo, lo cierto es que asusta un poco con tanta ira reprimida brotando, saca el móvil y realiza una llamada...

—¿Quién se ha creído que es para dejarme...? ¿Con todos los planes que tenía para nosotros...? Ya, tío... Todas son iguales, sí... Son lo peor... Pues entonces habrá que aclararles quiénes mandan... A mí esta no me deja así sin más, tío...

¿Con quién carajos estará hablando el garrulo este?

Frunzo el ceño, no me gustan sus términos y amenazas. En cuanto suba pondré a Silvia en antecedentes, no sé lo que habrá hablado con él, pero tonterías las justas, es cierto que nos atraen los malotes, mi farmacéutico está lejos de aproximarse a mi perfil de hombre favorito, el que me hubiera entrado por el ojo..., pero que nos guste el aspecto externo de malote en un hombre no implica que nos agrade el maltrato o la sumisión que, por lo que escucho a este cretino, se cree que podrá imponer a mi amiga.

Capítulo * 8

Acaba la jornada del martes, Silvia accedió a cambiar las tornas e ir ella a mi piso por si acaso Juan, aunque había devuelto su juego de llaves, hubiera hecho una copia, al menos hasta que ella se recupere y un cerrajero cambie las cerraduras.

Al aproximarme al garaje, observo la cruz verde parpadear, que me recuerda a mi farmacéutico...

—¿Y dónde se ha metido hoy ese destino? —Me cuestiono arrugando la naricilla.

He pasado un día muy ajetreado, apenas he tenido tiempo de pararme a pensar en él, aparco y accedo a mi piso desde el garaje.

—¡Ya estoy en casa!

Vaya... Qué sensación, llegar y poder gritar algo así, porque sé que una persona está esperando a mi regreso.

—Ya era hora —oigo desde el salón con apesadumbrado tono—. Esto es un coñazo —bufa.

La miro desde la puerta, me sitúo de lado contra el marco, está frenética pulsando los botones del mando a distancia.

—¿No echan nada que te agrade?

—Sí —dice con enfado—. Muchas cosas, pero después de veinte horas aquí sentada...

—¡Exagerada! —digo encaminándome hacia el sofá. Me dejo caer sobre mi pierna, la cruzo bajo el panderero y me sitúo de lado, coloco el brazo sobre el respaldo e introduzco mi mano entre los locos rizos, observo su perfil—. No sé... —hago que me mire—, el médico dijo que no hicieras esfuerzos, que reposaras, ¿pero crees que es necesario que estés aquí sentada frente al televisor sin moverte?

—¡Yo qué sé! —Retira sus enfadados ojos de los míos y termina por apagar la televisión—. ¿Café? —pregunta.

—Sí —respondo sin más, no quisiera ser la responsable de un incremento de su ira—. Lo traigo yo.

—Iba a prepararlo yo. —Se cruza de brazos enfurruñada—. Quería hacer algo útil en el día de hoy, para variar.

—Puedes hacer algo útil.

Vuelve a observarme, entre pucheros y enfado, no termina de aclararse, si desea darme lástima o mostrarme ira. Eleva esa inquisitoria ceja suya y... me hace reír.

—Date una ducha. Por el bien de nuestra convivencia. —Me inclino hacia ella antes de levantarme y beso la punta de su nariz.

No consigo que cambie el semblante, pero sí que a los pocos minutos de acceder a mi cocina y comenzar a ojear armarios y nevera, con ánimo de organizar la cena y coordinar que tenga todos los ingredientes, haciendo tiempo hasta que ella termine y nos podamos tomar ese café tranquilamente, pase por delante de la puerta como un alma en pena y se encierre en el cuarto de baño.

¡¡Y yo sigo aquí, esperándote!! ¡¡Y que tu dulce boca rueda por mi piel!!

—¡Mierda, el móvil! —Me resulta irritante cuando hace llamada, no sé por qué, estoy acostumbrada a utilizar el WhatsApp para todo, y siempre me olvido de la canción que tengo puesta y el elevadísimo tono.

¡¡Pensaré si queda alguna manera!! ¡¡Pa que te fijas en mí y entonces me quieras!!

—¡Toma cancionaca! —chilla Silvia abriendo la puerta del cuarto de baño, asomando medio cuerpo—. ¡No puedo creer que tengas esa canción de tono de llamada!

—¡Lo increíble es que nunca sepa dónde coño pongo el maldito teléfono! —comento con mal humor encaminándome a la entrada, tomando el bolso del suelo y rebuscando en su interior.

¡¡Si a ti te gusta morder el mango bien madurito!! ¡¡Ven mírame a mí, tengo colorcito!!

—¡No respondas! ¡Deja que suene!

—¡Sí, diga! —grito, como si sea quien sea al otro lado supiera que me estaba quedando sorda con la puñetera canción y, así con mi voz, le trasmito mi irritación.

—Aquí el destino, llamándote. Ya que hoy no se ha dignado en aparecer, he pensado echarle una mano... —Se queda un breve instante callado—. ¿Qué...? ¿Quién canta... al fondo? —inquire con humor.

—Uf... —bufo. Me vuelvo hacia Silvia, que está en bragas y sujetador, con el bote de champú en la mano danzando por el pasillo de adelante hacia atrás. Intento ponerle mala cara..., pero es... imposible.

Me desternillo de la risa...

—¡Y yo sigo aquí, esperándote! —Da una vuelta sobre sí misma, me muestra su pandero y lo menea aproximándose en mi dirección, no puedo parar de reír—. ¡Espero a mi FARMACÉUTICO a que trepe con su boca por mi piel! —chilla la muy...

—¡Cállate! —gruño entrando en la cocina y cerrando la puerta, aislándome de la indiscreción de mi amiga—. ¿Dime que no has oído eso?

—No he oído que quieres que trepe con mi boca por tu piel. —Hasta un tonto intuiría la sonrisa pervertida que esboza al otro lado del terminal.

Cubro mi rostro con la mano libre.

—¡Mierda! ¿Era él? —pregunta Silvia abriendo la puerta de la cocina y asomando la cocorota con rostro de sorpresa. Asiento y se acerca hasta pegar su oreja al teléfono—. Buenas tardes —dice desternillándose de la risa.

—Te metes en la ducha de una vez, ¡cantas!, y no en sentido literal como hace unos segundos. Si en diez minutos no has terminado, me tomo sola el café.

—A sus órdenes —responde ella poniéndose firme y saludándome como si fuera el ejército. La observo abandonar mi cocina bailando, al menos..., su humor ha cambiado, vuelve a ser la misma, menos mal, no sé lidiar con una Silvia amargada entre pucheros.

—¿Sigues ahí? —pregunto al farmacéutico centrándome de nuevo en la conversación telefónica.

—Sí, así es.

Suspiro con alivio, pensé que habría colgado y me ha llamado con un número oculto, así que no podría devolverle la llamada de ningún modo.

—Quiero verte —comenta sin rodeos.

Me quedo un momento pensativa.

—La verdad es que yo a ti... también.

Sé que emite una especie de suspiro de alivio, igual pensó que iba a rechazarle, lo cierto es que... debería. ¿Cómo voy yo ahora, en mi estado, a iniciar una nueva relación con nadie?

—¿Cómo lo hacemos? —pregunta—. Intuyo que Silvia se ha trasladado a tu casa y tú estarás cuidando de ella, podemos dejarlo para cuando se recupere.

—No lo sé. Las intenciones y pretensiones son una cosa, y lo que las horas del día me permiten, otra —enuncio con pesar.

—Normal. —Hace una pausa—. Ayer te vi estresada por la mañana, bueno..., y por la tarde. —Ríe con ganas.

—A ver, farmacéutico, yo siempre estoy estresada —indico—. A eso vas a tener que acostumbrarte, intento... —suspiro con frustración— cambiar y mejorar.

—¡Ah, no! —recrimina—. Cambiar no, Sabrina. Ni se te ocurra.

Me quedo momentáneamente pensativa, ¿no quiere que cambie? ¿Que sea un poco más... calmada y esté más centrada? Vamos..., ¿que madure?

—Cumpliré veintiún años. ¿Cuántos tienes tú?

—Unos cuantos más.

—No te importaría que te vieran por ahí con una cría, preñada, de locos rizos rojos, boceras, acelerada...

—No. Lo cierto es que mi vida era muy aburrida hasta que tú apareciste hecha un manojo de nervios por la farmacia, contando a los cuatro vientos que estabas embarazada y no sabías qué hacer, no estoy acostumbrado a esa naturalidad; al día siguiente te estrellas contra mi coche, tu nivel de locura no es algo habitual que suela encontrarme...

Rasco mi nuca, sí, es cierto que se me va un poco, él no querrá que cambie, pero yo, sinceramente, sí, me parece que va siendo hora de pensar en madurar, ahora puede que le haga

gracia, pero eso... terminará por pasar, y lo que hoy le atrae de mí podría retraerle en un futuro, cuando en un evento importante, como una boda, bautizo, comunión..., la lée parda y lo deje en ridículo...

—Ayer te cargaste mi camisa, que lo sepas —continúa resumiendo los encuentros fugaces que hemos ido teniendo—, cuando llegué a casa las manchas de mahonesa fueron misión imposible.

—Es que la mahonesa es aceite, grasa, eso no se quita con nada, y menos si dejas que la mancha se reseque. Tendrías que haberte quitado la camisa nada más que sucedió.

Lo escucho reír escandaloso.

—¿Te lo imaginas? En la farmacia atendiendo a mi clienta habitual, que suele tener una media de cincuenta para arriba, solo con la bata abrochada a la altura del ombligo, no sé yo...

Un rubor recorre mi cuerpo de pies a cabeza, me lo imagino con esa descripción que aporta de sí mismo, muerdo mi labio imaginando su pectoral bajo mis manos..., cierro los ojos fantaseando...

—¿Te vas a correr? —pregunta Silvia.

—Pero qué... —Abro los ojos y la fulmino con la mirada, sitúo mi índice en la boca mandándola callar.

Y al otro lado la preciosa risa del hombre que se ha pillado por mí, una loca esmirriada de cabellos rojos alborotados, me hace enrojecer, porque está claro que ha escuchado a la estúpida de mi amiga.

—Farmacéutico, ya hablaremos de... lo nuestro. Ahora tengo un comprometido café —digo gruñendo.

—De acuerdo. ¿Sabrina?

—Sí.

—¿Vas a estar toda la vida llamándome farmacéutico?

—Uuuuummm... —Finjo estar pensativa—. Toda la vida no, en algún momento descubriré cómo te llamas, y si no lo descubro pronto, prometo preguntártelo. Pero... por ahora me resulta más divertido que sea así. Algo que debes saber de mí es que me gusta mucho la incertidumbre, vivir día a día nuevas experiencias y... que me sorprendan, y a la vez, sorprender yo a los demás.

—Perfecto.

Miro a Silvia, está pegada a mí, poniendo la oreja a todo lo que sale del terminal, o sea, cotilleando. No me molesta, claro, a fin de cuentas, iba a contárselo todo igualmente mientras tomábamos nuestro café de la tarde.

—Ya hablaremos, Sabrina. Feliz tarde noche.

—Chao, farmacéutico —digo entre risas y cuelgo.

—Ese tío se ha pillado por ti —evidencia doña médium.

Niego con mi rostro restando importancia, me vuelvo y pongo a funcionar la cafetera.

Charlamos durante una larga media hora. Cuando terminamos el café, Silvia abre su portátil y comprueba correos electrónicos, reparando en que no tenemos nuevas solicitudes de información de confiterías, cafeterías..., es decir, nuevos clientes, pero sí tenemos a Pepa, quien se muestra encantada en el escrito que nos ha enviado y nos vaticina un futuro prometedor. Nos pide que acudamos las dos a la entrega del próximo sábado, que tiene que hablar con ambas, y detesta las nuevas tecnologías y la frialdad de las mismas, que no hay nada como un café y una cookie, sentadas en la misma mesa, mirándose a los ojos para hablar de... negocios.

—¿Qué habrá querido insinuar? —pregunto con inocencia. Está bastante claro, pero deseo que alguien con la intuición tan desarrollada que posee Silvia, con ese poder de hablar y acertar al cien por cien, corrobore en voz alta lo que creo estar leyendo entre líneas.

—Ya está, Sabrina. —Oprime los labios y sigue mirando la pantalla del ordenador—. Ya está. —Levanta la cabeza del mismo, me mira fijamente, casi se le cae una lágrima. Se levanta, va hacia mí—. Mucho estaría equivocándome, amiga mía. —Me abraza—. Si Pepa nos hace pedidos para todas sus confiterías, no solo para abastecer los fines de semana, sino... ¡para toda la semana!, ya tenemos cubierto el mes, el negocio comenzará al fin a dar sus frutos. —Tras esas palabras se separa de mí y me mira fijamente cargada de auténtica emoción y sentimiento.

Tras tres meses de funcionamiento y gestiones, nuestra humilde fábrica de repostería podría comenzar a dar frutos.

Sabrina está adquiriendo gran maestría con la comida de diario, se atreve con un risotto para la cena, con setas variadas, que la sorprende a ella en primera instancia. De aquí a que nazca miniyó conseguirá tener los fogones controlados.

—Delicioso. De verdad, Sabrina. Te sales en la cocina. Esto... es lo tuyo. —Eleva su pulgar y me guiña un ojo—. Lo malo es que después de esta semana de relax, te voy a echar de menos. Bueno... —ríe con ganas—, echaré de menos tu cocina. —Me mira burlona.

—Ya lo sé, que de mí solo te interesa mi talento —repongo con un puchero.

Reímos y bromeamos hasta que las horas se consumen y nos llevan de nuevo al mismo sitio que anoche, y anteanoche..., al sofá, copa de vino en la mano y un nuevo capítulo de la serie que nos tiene enganchadas en el canal de pago.

Dirodin... dirodin... dirodin...

Con ojos desorbitados me pregunto qué leches sonará ahora, es un sonido que no reconozco...

Dirodin... dirodin... dirodin...

Dirodin... dirodin... dirodin...

—¿Qué suena? —pregunto.

—Es mi móvil.

—¿Esa mierda tienes puesta en el tono de llamada?

Dirodin... dirodin... dirodin...

Dirodin... dirodin... dirodin...

—Pues sí.

—¿Y tienes previsto responder o...?

Observo su perfil alucinada, ni se inmuta por que suene.

—Somos empresarias, te recuerdo.

Ella es quien asume las llamadas relacionas con el negocio, es decir, ahora mismo... podría ser un futuro cliente, y no entiendo a qué viene la dejadez que muestra.

—Tranquila, ese tono de mierda lo tengo para identificar solo la llamada entrante de Juan, ¿de verdad crees que voy a usar un tono tan insulso? Aunque admito que el mío no mola tanto

como el tuyo, esa canción es de cuando teníamos unos doce o trece años, ¿recuerdas? —Me sonrío.

Dirodin... dirodin... dirodin...

Dirodin... dirodin... dirodin...

—¡Qué pesado de mierda! ¡Todavía me va a hacer levantarme para apagar el puto teléfono! ¡Ahora tendré que cambiar de número y menudo rollazo para comunicárselo a todo el mundo!

—Bueno, sí, es un rollo, pero hay que hacerlo, no puedes permitir que te acose.

Dirodin... dirodin... dirodin...

Dirodin... dirodin... dirodin...

—¡Vale, me levanto, joder!

Dirodin... dirodin... dirodin...

Dirodin... dirodin... dirodin...

La observo salir con movimientos furibundos, intuyo que hacia el dormitorio, ella lo usará estos días, yo con el sofá estoy aviada, la otra habitación aún la tengo en cueros.

—¡Que no me llames más, joder! —la escucho chillar.

Tarda un poco en regresar, y cuando lo hace es en compañía de su teléfono.

—Lo he bloqueado, no tardará en adquirir otra tarjeta y llamar, así que... mañana hay que cambiar este número, dar aviso a nuestros pocos clientes, cambiarlo como teléfono de contacto en las redes sociales...

—Lo sé. No obstante, si deseas desaparecer de ese modo para él, deberías empezar a dar el mío de ahora en adelante, porque en cuanto lo actualices en la web, volverá tenerlo. —Me encojo de hombros.

—¡Mierda, es verdad! Qué desastre, siempre nos pillamos por los chungos, este me va a sacar canas hasta que me libre de él.

Asiento dándole la razón, aunque lo mío es peor: tendré un hijo de Álex, en la vida... podré librarme de él. En cambio, Juan algún día rehará su vida y se olvidará de ella.

Suspiro con resignación y termino mi copa de vino, maldiciendo para dentro por no poder

tomarme otra y otra y otra... que me ayuden a ahogar las penas.

Capítulo * 9

He terminado por ir al centro de salud y contar mi sospecha de estar embarazada. Allí me lo han confirmado con un nuevo test, ya estoy dentro del circuito, ya no hay vuelta atrás, me traje mi cartilla de embarazo a casa, a través de la que me irán controlando el mismo, la primera cita con la matrona, quien me pautará revisiones, ecografías y un gran etcétera de rollos médicos para los que no tengo tiempo ni ganas, peeeeroooo... hay que hacerlo por *miniyó*.

El miércoles transcurre con pasmosa rapidez, los días sin Silvia echándome una mano son duros pero fugaces, y casi... lo prefiero, no tengo tiempo ni de pensar y eso, ahora mismo, es algo muy bueno.

Mandé un mensaje a Álex, quedaré con él a finales de semana, seguro que al no profundizar en mis explicaciones del porqué o para qué, se estará imaginando una reconciliación, que ni de lejos va a ser posible.

Mi farmacéutico no ha dado señales de vida, también es cierto que sabe de mi horario laboral, así que quiero imaginar que, lejos de haberse cansado del juegucito que se trae conmigo, lo que hace es respetar mi dura y larga jornada.

Ni sé su nombre ni su número de teléfono. Intuyo, y a ver cuánto me equivoco, que todo esto es tan solo un juego para él.

Admito que no me molesta, soy una salvaje y apasionada joven que valora este tipo de juegucitos, lo que él está haciendo conmigo lo he hecho yo con los hombres desde que me salieron tetas, en esta ocasión su veteranía y madurez le hacen ir por delante de mí.

Al entrar en el garaje, siento una gran pesadez por todo el cuerpo. Me llevé el almuerzo esta mañana ya preparado, y dejé una ración de lo mismo a Silvia para que no tuviera que hacer nada. Hoy no era viable salir a comer, el pedido era grande y encima tengo que hacer los repartos, que

eran el cometido de Silvia de lunes a viernes, en definitiva..., ¡estoy exhausta! Tengo unas ganas bárbaras de cruzar el umbral de mi puerta y tirarme en el sofá a no hacer nada.

Pulso la botonera del ascensor y echo mi cabeza hacia atrás, miro al techo...

Din...

Una parada imprevista detiene el elevador, desciendo con la mirada y observo que estamos en el primero, las puertas se abren y...

—¿Qué haces aquí? —inquiero sin disimular mi enfado, me encantan las sorpresas, desde siempre, pero las no gratas... las detesto.

—He hecho algo de lo que vas a estar muy orgullosa.

—Ah, ¿sí? —Intento elevar mi ceja y poner la misma expresión que Silvia cuando quiere ser sarcástica, pero no me sale.

—Tía, me he pillado el primero en este mismo portal.

—¿No? —inquiero estupefacta.

—Sí —responde el muy tonto con una sonrisa sin pisparse de lo mal que me parece la iniciativa.

Las puertas se abren en mi planta y salgo sin mirar atrás, sin despedirme, y Álex me sigue, me vuelvo con mala leche...

—¿Adónde te crees que vas?

—Me mandaste un mensaje, fuiste tú la que me invitó a conversar de nuestro futuro hijo.

Abro la boca sin disimular mi sorpresa, ¿quería mantener una conversación con él? Sí. ¿Hoy? No. ¿Sobre nuestro futuro hijo...? En fin..., que mi intuición era acertada y su amiguito ya se fue de la lengua.

—Ya te fue ese cretino con el cuento, ¿verdad?

—Sí, me lo dijo Juan.

Por supuesto que ese garrulo le ha cascado toda mi vida, no me soporta, y si tenía dudas, después de lo acontecido ayer por la mañana en el piso de Silvia... me queda patente.

—Me da igual que lo sepas, he quedado contigo para charlar el viernes, no hoy miércoles,

día de entre semana. Estoy agotada, no quiero saber nada de nadie, tengo a Silvia de baja, cargo con lo mío y lo suyo...

—No te preocupes, el viernes podemos quedar igual.

Me rebasa el muy... y se encamina hacia mi puerta...

El único buen consejo que recuerdo de mi madre es que en esta vida es mejor ponerse una vez colorada que no veinte amarillas.

—¿Tú no entiendes nada? ¿No escuchas? Me importa una mierda que no tengas nada que hacer con tu vida en estos momentos, no quiero visitas, no pienso hablar nada contigo hasta el viernes, cuando mi semana haya finalizado y logre descansar antes de salir por la noche. ¿Te queda claro?

—Qué borde eres. —Me mira sonriente, camina hacia mí moviéndose, contoneándose, juguetón... Toma mi cintura y acerca sus morros a los míos...

¡Levanto mi mano y le doy una hostia!

—Lárgate.

A ver si con un mensaje corto y conciso lo entiende mejor.

—Soy autónoma, trabajo una barbaridad de horas, estoy embarazada, cansada y hasta arriba de responsabilidades hasta que Silvia se recupere. Sé... —le miro con genio— que no lo comprendes porque tu mísera vida está vacía, solo dedicas tiempo a la maldita consola, porque eres un niño pijo cuyos padres le pagan todos los caprichos, pero yo prácticamente soy huérfana desde los dieciséis... Me tengo que ganar la vida.

—Corta el rollo, tía —me dice con desinterés—. Siempre estás con la misma mierda, deja de justificarte.

—¿Perdona...? —Alucino un huevo.

—Estaré en esta misma letra en el primero, cuando estés gorda y fea, nadie te quiera por tu aspecto y estado, y la soledad se te eche encima... ya sabes dónde estaré para que me pidas disculpas y cargue contigo y el chaval. —Señala mi vientre, tras las palabras más feas y detestables que me hubiera podido imaginar del padre de mi hijo hacia mí.

—No me parece bien este acoso, no es normal que te hayas alquilado el primero.

—¿Alquilado? No, no... Mi viejo no es de esos, me lo ha comprado.

Así es la familia de Álex, unos empresarios que no han sabido educar a su hijo para que aprenda a manejar las manos, sino que lo han criado para que sepa gastar y administrar el dinero familiar, es hijo único, no creo que le haya supuesto mucho ir a comprar otra consola tras volatilarle la otra.

—No es un chaval —advierdo—. Que te quede claro: serás su padre —avanzo hacia él—, pero yo jamás volveré a ser nada tuyo, seré su madre. Y ahí comenzará y acabará nuestra relación. ¿Te queda claro?

Sonríe burlesco, me mira de arriba abajo.

Parece muy convencido con esa teoría de que nadie va a quererme con esta carga que porto ahora, y puede que tenga razón, pero si tengo que verme sola con mi *miniyó*, será porque en realidad nadie nos merezca, empezando por él.

—Cristalino —responde, eleva sus dos manos al frente y me muestra los pulgares con un OK, camina de espaldas un par de pasos...— Juan se va a venir a vivir conmigo, comunícaselo a Silvia.

—Sois un par de acosadores.

—Puede. —Sonríe entrando en el ascensor—. Vosotras nos buscasteis. Ahora... tendréis que ateneros a las consecuencias.

—¿Nos estás amenazando?

Se encoge de hombros el muy sinvergüenza pulsando el uno en la botonera del ascensor y arrojándome un beso antes de que la puerta se cierre, alzo mi mano y le saco el dedo corazón, mi cara de asco acompaña la maniobra.

Entro en mi piso y llamo a Silvia a voces.

Tras ponerla en antecedentes, ambas enmudecemos. ¿Qué hacer ahora?

A la misma hora que ayer, Sabrina recibe la reconfortante llamada de su farmacéutico. Al reparar en que el viernes ya no tendrá que verse las caras con Álex, pues ya ha quedado todo hablado, se envalentona y le propone una cita, a la que él acepta encantado.

—¿Así que el farmacéutico ha accedido a tener una cita normal contigo?

—Conmigo ninguna cita es normal.

—Eso es cierto.

—¿Qué vamos a hacer con estos dos del primero? —Me estoy refiriendo a nuestros ex, los acosadores.

—Yo creo que debemos esperar acontecimientos, ser listas, llevar siempre el teléfono a mano y grabar las conversaciones que intercambiamos con ellos, o que escuchemos sin más, como la que tú presenciaste ayer por mañana cuando Juan hablaba por teléfono y dijo todo aquello —se encoge de hombros—, o como ahora mismo, con todo lo que Álex te ha dicho faltándote al respeto.

Asiento, podría ser un buen plan...

—Al menos... tener algo que presentar si debemos ir a una comisaría a denunciarlos. Ahora mismo no se me ocurre qué podríamos decir o hacer si acudimos a poner una denuncia, ¿nuestros ex se han mudado al primero de nuestro mismo edificio?, ¿dicen que no aceptan la ruptura?, son solo palabras que se lleva el aire, dirían que es la palabra de ellos contra la nuestra...

—Luego pasa lo que pasa, enciendes la televisión, pones el telediario y solo hay víctimas de violencia de género, estos dos son unos cretinos que no aceptan un no por respuesta, no sé que más pruebas deberíamos presentar.

—Ya. Tener tienes razón.

Suspiro con resignación...

—Lo haremos como tú dices.

Silvia me mira y asiente.

Capítulo * 10

Llega el viernes y soy un manojo de nervios, como si no hubiera tenido una cita en la vida. Solo es un hombre más, no comprendo ni yo misma el estado que me genera el farmacéutico.

Acabo mi jornada, cargo la furgoneta con el pedido de Pepa que mañana a primera hora, y esta vez sin margen de error, debo entregar en su preciosa confitería del extrarradio, alcanzo el garaje de mi edificio y la estaciono, con una sonrisa de lo más tonta, accedo al ascensor y alcanzo mi piso. Silvia me espera espídica, está peor que yo, sabe que para mí es importante esta cita.

—Te he escogido tres vestidos —me coge del brazo nada más cruzo la puerta—, el rojo a juego con tu pelo, el verde que pega con rojo, el amarillo que no pega con nada...

—¡Hey! Para el carro, rubita. No me gustan los vestidos, ni que me elijan la ropa.

—Tienes que llevar un vestido.

—No, no tengo por qué.

—Sí.

—¡Que no!

—Es un hombre mayor que tú, esperará que vistas como una señorita, siempre vas en pantalones —reprocha.

—Esperará... —digo socarrona— que sea yo misma, de lo contrario... lo lleva claro el madurito.

Esquivo su cuerpo, que taponaba mi acceso al cuarto de baño, me desprendo de mi ropa, me meto en la ducha y dejo que el chorro caliente golpee todo mi cuerpo y mi larga melena, me enjabono con paciencia, me relajo...

—Estoy aquí esperándote.

—¡Sal del baño! ¡Respetar mi intimidad! —chillo entreabriendo la mampara y observando que está sentada sobre la taza del váter con una revista.

¡Lo que faltaba! ¡Terminaré por echarla de casa antes de tiempo!

—¿Cuándo dices que te dan el alta?

—¿Ya te has cansado de mí?

—Sí y no —respondo cerrando de nuevo la mampara y reparando en que ya no será la ducha relajante que me esperaba.

—Vaya respuesta —escucho de forma amortiguada por la presión de la ducha sobre mi cabeza mientras me aclaro la mascarilla.

Termino, tomo una toalla y me enrosco en ella, coloco el turbante alrededor de mi húmeda melena.

—No me pondré un vestido, así que... deja de hacer guardia, ni mi madre logró convencerme de pequeña, son incómodos y me impiden sentarme donde me plazca cuando me plazca.

—Creo que cenaréis en un restaurante, así que no veo problema con el tema de sentarte en un sitio u otro. —Percibo su tono irónico.

—No sé vestir con vestido o falda, ¡no se hable más!, no comenzaré hoy precisamente a practicar, quiero ir cómoda, sentirme segura ante él. Ya observo que me da mil vueltas, como para encima allanarle el camino sintiéndome más vulnerable.

—Te pones entonces los vaqueros blancos y la blusa roja.

Suspiro con cansancio.

—¿Por qué te preocupas tanto por mi aspecto? Ese hombre me conoció en chándal y zapatillas, Silvia. No es que hayamos llegado a este punto porque me conociera en una fiesta de clase alta con un vestido de cola y escote palabra de honor —comento indignada.

—Presiento que este hombre puede ser importante para ti y... —señala mi vientre— *miniyó*. No quiero que lo fastidies, ¡siempre la pifias con todos!

—No tengo la culpa de que no se ganen mi corazón, soy enamoradiza, pongo el doscientos

por cien de mí en toda relación que inicio, pero luego son ellos los que tienen que mantener la llama y todavía ninguno lo ha logrado, no es mi culpa —insisto encogiendo mis hombros.

—Ya. Pues... fuiste tú la que se quiso casar con Álex.

Ya estamos otra vez con lo mismo, es que una no se puede equivocar y rectificar sin que se lo estén recordando toda la mísera vida.

Ve mi gesto, así que alza sus dos manos al aire y pide disculpas.

—Perdón. No saco más el tema de Álex.

—A ver si es verdad —amenazo.

Voy hacia mi armario y me quedo pensativa. Estoy tan delgaducha que todo me queda igual, y aunque quiera ir luciendo escote para ponerlo a tono no lo lograría si no es poniéndome un sujetador con muchísimo relleno, y eso está bien cuando ya tienes pareja y él sabe que debajo del mismo se topará con la decepción, pero, ¡hombre! Ponerle a un tío un par de tetorras en los morros que van a ser un bulo... no es plan.

Pongo el índice en mis labios y los golpeo sutilmente...

—Pantalón blaaaancoooo y camisa roooojaaaa... —canturrea Pepito Grillo a mi espalda.

—Vale. —Alzo mis manos al frente como muestra de rendición y tomo lo que Silvia recomienda—. Qué mas dará una cosa que otra.

Tengo una cara muy pecosa, el maquillaje de base no me queda bien, lo tengo más que demostrado, cojo el rímel y unto mis pestañas, aplico un poco de gloss en mis pequeños labios, no haré que parezcan más carnosos y apetecibles..., es más, debería pararme a pensar qué de mí atrae a los hombres, y más concretamente a uno como el farmacéutico.

Soy acelerada, torpe, inmadura, ingenua y ahora... embarazada.

Me llega un mensaje de texto, atrapo el móvil con nerviosismo y al observar que es de un número privado concluyo que es él... Lo leo y... sí..., ya ha llegado. Sigue con el jueguito de no dejarme constancia de su número ni en llamadas ni en mensajes.

Salgo del cuarto de baño donde terminaba de arreglarme y voy a la cocina. Es temprano, son solo las ocho, Silvia se ha acomodado y está en el salón viendo la televisión, al menos me ha dejado maquillarme como me diera la real gana, sin acosarme; levanto la tapa de la sartén y remuevo su contenido, es la misma cena que anoche, ya lo dejé a propósito para que Silvia no

tuviera que hacer nada y antes de maquillarme había puesto el guiso a calentar al mínimo, inhalo el aroma que desprende, chupo la cuchara después de soplar.

—¡Listo! ¡Te dejo la cena! ¡No tienes ni que calentarla, de aquí a que te sientes a cenar no da margen a que enfríe! ¡Tiene muy buena pinta!

—¿Ya te vas? —pregunta desde la puerta asustándome.

—¡Joder! Qué susto, creí que estabas en el salón.

—Estaba... Voy a bajar contigo, así tiro la basura y me fumo un pito.

—No quiero que fumes en mi piso, pero tampoco está bien que tengas que bajar a la calle cada vez que te entran ganas de viciar. —Oprimo mis labios, entro en conflicto conmigo misma, bien que lo siento, pero no voy a ceder en este aspecto. Me joroba que tenga que salir a la calle para fumar, podría haber optado por aprovechar a quitarse ese mal hábito que cercenará su vida a largo plazo, en lugar de ser tan astuta e irse al portal para seguir haciéndolo—. Odio el tabaco, ahora con *miniyó* de camino más aún —concluyo dejando claro que sí, tendrá que bajar a la calle si quiere seguir intoxicándose.

—Lo sé. Por eso... —me muestra su anorak— bajo contigo. ¡Vamos!

Se va hacia la puerta, la abre y escucho el ascensor obedeciendo a la orden que su índice envía al pulsador.

Salgo tras ella, después de girarme y colocar de nuevo la tapa sobre la sartén y catapultar sin cuidado alguno la cuchara que utilicé al interior del fregadero, me pongo mi cazadora vaquera. Estará fresco, pero para presumir hay que sufrir y entro en el ascensor.

A pie de calle, ha oscurecido, él está ahí..., apuesto, elegante, demasiado para mi gusto, vestido de ese modo aparenta aún más edad de la que me figuro que tiene. Me mira sonriente, eleva su mano y saluda levemente a la cotilla de mi amiga cuando esta se dirige al contenedor con la bolsa de basura, cruzo mis brazos al pecho mostrando... ¿frío o nerviosismo? Puede que ambos. Camino hacia él y comienza a repasarne de arriba abajo con la comisura del labio ligeramente elevada, escudriñando y criticando silencioso, muy probablemente mi aspecto... Al llegar a la altura de mi cintura se queda inmóvil, fijándose descaradamente en mis partes bajas...

—¿Te ayudo? —pregunto con fingido enfado. Después de todo, lo que mi cuerpo le pide a gritos a este madurito es un buen revolcón, no voy a fingir estar abrumada por su descaro, prefiero jugar con él tal y como él juega conmigo.

—¿Qué es eso, Sabrina?

¿Está... señalando mi... eso...?

Logra que me ruborice el muy canalla.

Inclino la cabeza y compruebo que el destino que su índice me indica, bien estirado, es efectivamente mi sexo.

—¡¡Dios mío!! ¡¡No!! ¡¡*Miniyó*, noooo!! —chillo como una neurótica, me llevo las manos a la cabeza, ¡no puede ser!

—Sabrina, ¿estás bien? —Silvia, que ya echaba su cigarro apoyada contra la puerta del portal entreabierta, se preocupa por mi reacción.

—¡¡He perdido a *miniyó*, Silvia!! ¡¡Sangro!!

—¡¡¿Qué?!! —Silvia mira hacia mi sexo y observa al igual que yo el pantalón blanco encharcado de rojo—. Oh..., no... —dice con más suavidad.

La miro levemente, ha palidecido, su aprensión a la sangre..., ¡mierda!

Comienza a tambalearse.

—¡¡No te desmayes, Silvia!! ¡¡Ahora no, te necesito!!

—Vale... —Eleva su mano indicándome que ya se calma—. Llévanos a un hospital farmacéutico —dice llevándose la mano a la boca, girando y vomitándole en los pies—. Lo... siento...

—No pasa nada, eso se limpia, ahora... tranquilizaos las dos, todo se arreglará, entrad en el coche.

Me pongo de copiloto, lloro a mares, ¿por qué me importa tanto perder a *miniyó*, si hace unos días ni tan siquiera la quería?

—Tranquilízate, Sabrina —dice el farmacéutico de zapatos potados por mi amiga, amiga que está en la parte de atrás con las piernas en alto y mareada, a punto de desmayarse. ¿No debería ser yo quien fuera en esa posición? Pone su mano derecha en mi muslo.

Se la aparto de un golpe...

—Perdona... —digo entre llantos—, no quería ser borde, es que... te vas a manchar de

sangre.

Se mira la mano, frunce el ceño, observa que sí, se la ha manchado, fricciona sus dedos y se lleva los mismos hacia la nariz, me da... asco lo que hace a continuación... Chupa uno de ellos.

—Aaaagghhh... Creo que voy a vomitarte de nuevo encima, como ya ha hecho Silvia — confieso.

Comienza a reír escandaloso, me vuelvo y miro a Silvia, quien me devuelve la mirada con ese rostro demacrado y con una mano gesticula que está loco dando círculos a su sien con el índice.

Para el vehículo en el arcén.

—¿Qué... haces? Tengo que ir a un hospital...

—Sabrina, no estás teniendo un aborto. —Se vuelve hacia mí, toma mi humedecido rostro entre sus manos, hace que lo mire fijamente a los ojos y...

El olor de su mano pringosa de mi sangre inunda mis fosas nasales.

—¡¡No!! —grito abriendo los ojos como platos. Él asiente sonriente, no sé... dónde meterme.

—Es tomate —dice.

—¡¡No!! —Ese otro «no» viene del asiento trasero.

—No es tomate exactamente —me atrevo a corregirle elevando la comisura de mis labios —, es más bien... un pisto con verduras licuado. —Río con ganas, dejando atrás el llanto, una de esas risas de consuelo que deja lejos el pesar de creer que *miniyó* pasaba al olvido.

El farmacéutico ríe conmigo, acaricia con ternura mis sonrojados, húmedos y pecosos pómulos.

—¿Qué es tan gracioso...? —dice con voz de borracha mi amiga desde atrás—. ¿Que te haya potado encima, que esta tarada casi hace que me vuelva a desmayar... —detiene su cuestión, la miro de reajo y tiene muy mal aspecto— o que la muy acelerada se haya manchado de pisto un pantalón blanco antes de una cita? ¡Uf...! Da igual la respuesta, os la podéis meter donde os coja, yo sí que necesito un médico.

Gira sobre sí misma, apunta hacia el suelo del coche y lo vomita.

—¡Joder, Silvia!

—Me encuentro muy mal, Sabrina. La sangre me da un asco que me muero.

—Vale, vale..., tranquila. Piensa que no era sangre, ¡jelines! Deja de vomitarlo todo.

Me desabrocho el cinturón de seguridad, salto por el medio hacia la parte de atrás del coche, mi largura me impide hacerlo con soltura, este coche es de esos modernos que tienen la palanca del cambio sintetizada con un apoyabrazos en medio de los dos asientos: piloto y copiloto, con lo que tengo que pasar una pierna primero y me quedo despatarrada ante la sonriente mirada del farmacéutico, cuya vida debía de ser muy aburrida antes de conocernos.

—¿Y ahora qué? —pregunta él cruzándose de brazos sin inmutarse.

Tengo una posición de lo más graciosa, como si estuviera sentada en un caballo, pero no me río, me siento ridícula ante él, en realidad... todo lo que llevo hecho hasta la fecha delante de él... me hace sentir insegura y sumamente inmadura.

—Solo tengo que... —Intento hacer balancín hacia atrás—. Un poco más —lo intento con más ímpetu—, ¡ahora! —Logro pasar a la parte de atrás del coche, pero caigo al suelo de plancha, mi camisa y mi cuello contactan con la vomitada de Silvia—. ¡¡Puuuaaaggg!!

—JA, JA, JA, JA... —Él... se descojona, sin más—. ¡En la vida creí que me lo fuera a pasar tan bien con una mujer!

—¿Te resulta gracioso?! —gruño enfadada—. ¡Menudo asco! —digo con un gesto de repelús total.

Porque estoy de potada hasta arriba, con pisto por toda la entrepierna, y mi amiga, retiro su melena rubia y veo que aún sigue aquí, consciente, pero con un aspecto similar al de borracha, con el que la he visto en tantas y tantas ocasiones.

—Sí... —Retira una lágrima que le sale del ojo—. Muy muy gracioso. No piensas, pelirroja. —Se gira, apoya su brazo en el reposacabezas y me mira arrodillada en la parte trasera de su coche, hecha una guarrada, no sé para que me he molestado en arreglarme—. Se puede saber, ¿por qué no has abierto la puerta, bajado y subido usando la puerta trasera? —Casi no logra terminar la frase, entre risas, comienza a desternillarse de nuevo y arranca el coche—. Os llevo de nuevo a casa —añade incorporándose de nuevo a la vía y no parando de reír.

Me quedo, o más bien, nos quedamos mudas hasta que vuelve a dejarnos exactamente donde nos encontró.

—Estoy mejor, de verdad, sube a cambiarte y tened vuestra cita —dice Silvia descendiendo del vehículo que ya había rescatado del mecánico y lucía impecable, muy probablemente fruto de haber pasado por una buena limpieza, independientemente de que aparenta ser nuevo de paquete.

Da un traspie nada más incorporarse.

—Has tenido una bajada de tensión, siempre te pasa igual cuando ves sangre, o... —reclino el rostro avergonzada— pisto que lo parece.

Él vuelve a reír, bajándose también y acudiendo a nuestra altura.

—Aparcaré y os acompañaré.

—No es necesario, de verdad... —comienzo a decir, aunque en realidad me encantaría que subiera. No creo que pueda dejar a Silvia, pero podríamos cenar en casa.

—Sí, lo es. Esto es un aviso en serio, Sabrina. —Alza su índice advirtiéndome con él, intenta aparentar serio y firme en sus palabras, pero es que se muere de la risa, le cuesta disimular esa sonrisa—. No os mováis de aquí, sentaos en ese escalón hasta que regrese. —Apunta hacia lo alto de mi portal.

—Me gusta este chico para ti, mucho, mucho...

—Anda, cállate, que parece que estés borracha.

—Se preocupa por ti y tu integridad física, igual que yo. Por eso me gusta.

Es una bocazas, porque seguro que él lo está escuchando todo, nosotras caminamos lentas hacia el escalón en el que ha ordenado que le esperemos.

—Es el hombre ideal para cuidar de ti y *miniyó*, estás muy loca, pelirroja acelerada —me dice mirándome con esos ojitos de enferma perdida.

—Tú sí que estás loca, a ver si dejas de desmayarte en todas partes y, ¡joder!, mira dónde potas, le has vomitado los pies, y no contenta con ello, también el coche.

—Ambas cosas se limpian —repone él a nuestra espalda, confirmando mi intuición de que se había quedado escuchando de fondo.

Oigo cómo cierra la puerta del coche, y eso me indica, junto con el acelerón del vehículo, que ya ha ido a estacionar.

Tomamos asiento, Silvia deja caer su cara sobre mi hombro, está destrozada y no me

extraña, es muy aprensiva a la sangre, se le baja la tensión al suelo y vomita, con lo que se queda vacía.

—En cuanto subamos te voy a dar un baño y vas a tener que hacer el esfuerzo de comer algo.

—Puuuuaaggg...

—Lo sé.

Acaricio su brazo con ternura...

—Vaya dos, ¿qué ejemplo piensas darle a tu hijo, Sabrina?

Es Juan. Lo ignoro y continúo con mis caricias hacia Silvia, aunque sé que a ella la ha alterado escucharle, se ha puesto tensa.

—Oléis a vomitada —censura Álex—. ¿Has estado bebiendo con mi hijo dentro de ti?

Continúo con mi mirada perdida al frente, ignoro la presencia de ambos. Es viernes noche y no me parece que sean los más indicados para criticarnos, cuando ambos parecen, por el aspecto que les observo de reojo, que salen a quemar la noche, así que...

—¡Oye! Te estoy hablando. —Se acuclilla frente a mí y tira de mi barbilla.

Le doy un manotazo y aparto su mano de mi rostro.

—No... me... toques... —digo lenta y espaciadamente.

—¿De dónde venís con esas pintas? —insiste el puñetero de Álex.

—No es asunto vuestro de dónde vengan o dejen de venir. —El farmacéutico aparece en nuestro rescate—. Venga, arriba.

Me sorprende inclinándose y cogiendo a Silvia, echa el brazo de ella alrededor de su cuello y con su otra mano sostiene su cintura y casi la lleva auestas. Me incorporo con suavidad, los sigo de cerca.

—¿Quién es ese? —pregunta Juan, enervado al ver que tiene a Silvia pegada al cuerpo.

Entonces... recuerdo... Meto la mano en mi bolso, lo ojeo sin extraerlo, entro en lo primero que se me ocurre, que es el WhatsApp, en el contacto de Silvia, y oprimo el botón de grabar audio...

—Me parece que vamos a tener movida sin movernos de casa, Álex, ¿qué te parece?

—Largaos y dejadnos en paz, nuestras vidas nos pertenecen, no tenemos que daros cuenta de ellas.

—En tu caso estás bastante equivocada, lo que llevas en el vientre es mío.

—En cualquier caso, será nuestro, Álex.

—No. —Ríe jocoso—. Ya tengo a los abogados de mis padres trabajando en el asunto.

—¿En el asunto? —pregunto incrédula.

—No estás capacitada para cuidar de un bebé, tampoco lo querías tan siquiera, así que... te liberaré de la carga nada más des a luz, tendrá una vida plena cubierta de caprichos, ni siquiera tienes una posición económica o social como la mía que te permita luchar por él, así que... —Se encoge de hombros, y a mí... se me encoge el corazón solo de pensar que, lo que comenta, algún juez pudiera planteárselo—. La custodia y patria potestad serán mías, y tú... podrás regresar a tu alocada vida.

—No me quitarás a *mi hija* —digo con rabia, porque no será varón.

—¿Mujer...?

¡Puag! Escupe al suelo, dejando claro lo que la mujer representa para él, ¡maldito corazón, lo mal que elijas!, no vuelvo a meter un malote en mi vida ni borracha.

—No tenías que haberme rechazado, Sabrina, conmigo hubieras tenido todo tipo de lujos. —Abre sus brazos señalándose a sí mismo con orgullo.

—Sí, y un mocoso malcriado que solo sabe tirarse pedos y eructos, roncar por las noches a causa de la tremenda ingesta de alcohol y jugar a la maldita consola.

—Eso es un mal menor, a una mala, hubieras podido ver crecer a tu *hijo*.

—La veré crecer... —Avanzo hacia él, creo que se me va a dormir el dedo de oprimir el botón de audio—. No permitiré que me la quites.

—Deja de soñar despierta. —Enciende un cigarrillo con chulería, la misma pose que me ponía del revés cuando lo conocí, ese porte de malo malísimo, esos andares de problemático, ahora... me hacen sentir náuseas.

Me doy la vuelta, ya estoy más que harta de cruzármelo y escucharle amenazarme, ¿ahora

también he de soportar que el muy niño, que no sabe ni cuidar de sí mismo, me advierta de que me quitará a mi hija? De acuerdo que yo tampoco soy un ejemplo a seguir, pero al menos... estoy intentando forjarme un futuro, cosa que él jamás tendrá necesidad de hacer.

No puedo decir que no me asuste la idea de que realmente su amenaza sea cierta y esté gestionando quitarme el bebé, así que, tragando aquello, me voy aproximando hacia el farmacéutico, que me mira fijamente, sin transmitir nada, ni tan siquiera preocupación, pero sí que transmite rabia cuando de manera intermitente observa a los hombres que últimamente nos extorsionan.

Silvia me abraza cuando llego a la altura de ambos, parece más recuperada, y ahora se apoya en mí, cruzando el umbral del portal.

—Id subiendo —dice el farmacéutico—. Olvidé algo en el coche.

Sé que miente, pero no comprendo el porqué... Tal vez, para él es demasiado verse inmiscuido en aquella trifulca de amenazas infantiles, sigo pensando que el estar embarazada juega en mi contra para conquistarle.

Tendré que consultar el lunes las probabilidades que existen de que Álex cumpla con su amenaza.

Sabrina y Silvia entran en el ascensor, y escuchan a Juan encararse al farmacéutico. Sienten lástima de la tediosa situación en la que le han inmiscuido, pero ambas saben que no tienen poder para solventarlo, al menos a corto plazo.

—He grabado en un audio lo que me ha dicho Álex.

—¿De veras? —me pregunta.

Asiento.

—El lunes iré a ver a un abogado, tengo que informarme de si eso que me ha dicho...

—¡Olvidalo! Visita a un abogado para estar preparada, pero ni por un momento creas que algo de lo que ese capullo ha soltado por la boca es posible. Hasta los delincuentes tienen hijos y no se los quitan así porque sí.

La miro con los ojos vidriosos, no podría soportar llevar a término este embarazo, sentir a mi pequeña y que me la arrebataran.

—Lo vi en un documental de la Sexta.

—Vaya... —me hace reír la muy tonta—, ahora me quedo más tranquila.

—Esos programas de investigación están muy bien elaborados, te aseguro que tenía mucha lógica lo que argumentaban al respecto, no se trata solo de los derechos del padre sobre los hijos, sino de los que los hijos tienen sobre los padres.

Recuerdo que una frase similar me soltó cuando me convenció para involucrar a Álex.

—Jamás dejarían que el bebé se separara de su madre, Sabrina.

—Bueno, vamos a un abogado y preguntamos, ¿vale?

No es que no confíe en ella, ya que es una persona muy culta con gran sabiduría a la hora de hablar, pero en este asunto tan peliagudo, me temo que prefiero la opinión de un profesional.

Pasada media hora, en la que ambas nos hemos dado una ducha y cambiado de ropa, me autoconvenzo de que el farmacéutico no va a regresar.

—Volverá —me dice Silvia mientras cenamos el pisto con huevos cocidos del día anterior, responsable del caos que hemos organizado en el coche de ese pobre hombre, que habrá huido de nosotras al extremo opuesto del país.

—Permíteme dudarle.

Capítulo * 11

Me alegra que Silvia se sintiera con ánimo para acompañarme esta mañana de sábado a nuestra entrega en la confitería de Pepa, así ambas hemos disfrutado de sus comentarios, los cuales nos sacaron los colores para bien. Nos ha dado trabajo para abastecer todos sus comercios, en Gijón, Oviedo y Avilés, y eso... nos garantizará cubrir los gastos fijos del mes. Ahora cualquier otro cliente representará ganancia y podríamos, incluso, pensar en meter a más personal en la fábrica.

Nos la hemos jugado viniendo las dos, dado que Silvia aún no tiene el alta y si la pillan en la furgoneta, nos hubieran crujido vivas. Ese es uno de los grandes inconvenientes de pillar una baja laboral siendo autónomo, pero... ha merecido la pena arriesgarse.

—¡Estoy como loca de contenta!

—¡Y yo! —chillo eufórica, y toco el gracioso claxon que pedí que me instalaran cuando adquirí esta furgoneta...

Piripiii piripiii piripiii...

Silvia ríe con ganas.

—Parece que esté diciéndote lo piripi que eres. —Con su índice me indica que estoy loca, situándolo en su sien.

Carcajeo con ganas, porque estoy feliz, porque para cuando tenga a mi bebé, el negocio será rentable; mi piso, aunque tenga hipoteca, solo me convierte en una más con deudas que pago rigurosamente al banco, así que... el insensato de Álex no podrá presentar nada en mi contra como para que un juez me quite a mi *miniyó*...

—¡Cuidado, Sabrina! ¡Adónde miras! ¡Badén!

¡¡PUM... PUM... PUM...!!

—¡Joder!

—¡Tres seguidos! ¡Tía, me he dado con la cabeza en el techo!

Se desternilla la muy tarada.

Detrás de nosotras, en el maletero, suena a estropicio total, las bandejas caen en cascada generando un sonido ensordecedor.

—Ostras... —digo con cautela—, menos mal que ha sido a la vuelta, si es para ir...

Desvío la mirada de la carretera, estoy tensa, pensando en que toda la repostería se podría haber ido al traste, y miro a Silvia, quien sonrío de oreja a oreja.

—¿Sabrina? —Me hace mirarla—. Vete a mirártelo. Estás aventada, vas por la vida como un pollo sin cabeza.

—Vaya..., gracias..., mira quién habla.

—Lo tuyo es peor. —Airea su mano, la revolotea indicándome que mejor miro para lo mío—. Esta furgoneta bien aguanta.

—Eso es cierto.

¡¡Y yo sigo aquí, esperándote!! ¡¡Y que tu dulce boca rueda por mi piel!!

—Sí, ¿quién es?

La llamada entra en el dispositivo de manos libres que también solicité que me instalaran junto al gracioso claxon.

—Farmacéutico al habla.

Ambas... enmudecemos, creo que las dos habíamos llegado a la conclusión de que no volveríamos a saber nada de él.

—¿Hola?

—Responde —dice Silvia por lo bajo golpeando mi brazo.

—Sí..., hola...

—¿Cómo estás, Silvia? —pregunta él, seguro que la ha escuchado murmurándome por lo

bajo.

—Que majo, preguntas por mí —dice sorprendida—. Estoy mejor.

—Lo celebro.

—Gracias.

Me mira y comienza a gesticular para que continúe hablando, ella ya ha respondido y ahora... es mi turno, no desea entrometerse más.

—¿Ya... has limpiado el coche...?

Silvia me mira desesperada, abre los ojos como platos y finge que su dedo es una navaja y se corta el cuello...

Él ríe al otro lado.

—Sí. Ya está limpio.

—Bien. Me... alegre...

—No te pillo en buen momento, ¿verdad? —concluye al ver que no le estoy dando conversación.

No es mi estilo ser tan cortada con los chicos, pero es que él... es un hombre hecho y derecho, jolines, es que me intimida un poco, lo veo muy por encima de mis posibilidades y después del bochornoso espectáculo de ayer, entre sangre ficticia, vomitadas, ex acosadores que lo amenazan...

—Es buen momento, farmacéutico.

—¿Sigues sin querer preguntar mi nombre?

—Sí. —No lo pienso mucho—. La verdad es que no saber mucho de ti hará esto más sencillo. Preferiría que no volvieras a irrumpir en mi vida.

—¡¿Perdona..., qué es lo que acabas de decir?! ¡Farmacéutico, tú ni caso! —Silvia interviene jodiéndome los planes, porque era el momento idóneo para terminar con aquello antes de que comenzara.

—Tranquila, Silvia, si por perdonarla que no quede —comenta con humor—. Entiendo tu postura, Sabrina, y la respeto, más aún con la situación que observo que vivís ambas con esos dos

lebreles de ex que tenéis.

—Vaya..., no quería compararte, yo... —intento solucionarlo.

—No pasa nada. Entiendo que tienes tu vida por organizar y que me he inmiscuido en ella sin pedir permiso.

—Bueno, tampoco es eso...

—No volveré a llamarte ni a tropezarme contigo a propósito. Volveremos al inicio y esperaremos a que el destino vuelva a hacer su magia. Un abrazo a las dos, cuidaos.

Cuelga.

Me quedo con la boca abierta, mirando la línea de la carretera.

—¡Joder, Sabrina! Tú eres del género tonto.

—Sí, creo que... sí.

Las siguientes semanas Sabrina se las pasó buscando a su farmacéutico, sin éxito, de farmacia en farmacia. Las dos en las que le había visto trabajando fueron sus principales objetivos, pero daba igual que fuera a una hora que a otra, nunca lo encontraba. No se atrevía a entrar en ellas y preguntar por él, por riesgo a parecer ridícula, puesto que... ¿por quién iba a preguntar, si ni tan siquiera sabía su nombre?

Primera ecografía, estoy de los nervios. Silvia me acompaña, ¿quién si no? Cuando se está en una situación así, como la mía actual, se te pasan muchas cosas por la cabeza, entre otras, ¿dónde estarán tus padres cuando más los necesitas?

—¿Ha venido acompañada?

—Sí.

—Si lo desea pueden entrar con usted.

—Vale.

La doctora me da aquel dato nada más cruzar la puerta de la consulta, así que me giro, asomo la cabeza y, sin darme tiempo a terminar la frase, Silvia accede a la misma mostrando gran

entusiasmo.

—No me lo perdería por nada —dice al pasar por mi lado.

—Gracias.

No estoy muy habladora, es extraño en mí, pero comprensible a su vez. Si analizamos la situación, no voy a tener una pareja con quien compartir estos pequeños momentos; ciertamente, la tengo a ella, sé que jamás me fallaría..., pero no es lo mismo. Al fin y al cabo, Silvia tiene una mentalidad muy similar a la mía y le gusta tener su espacio. Además..., tampoco comprenderé jamás por qué mis padres desaparecieron de mi vida.

Él era un ludópata que siempre estaba de mal humor por las deudas del juego, y ella, su perrita faldera, llegado el momento de escoger hacer una nueva vida a mi lado o continuar con ese maltratador, decidió la segundo. Ahora... podría estar viviendo conmigo, el universo le hubiera ofrecido otra nueva oportunidad, una en la que existía un final feliz, y en este instante ambas disfrutaríamos de *miniyó* como madre e hija que se suponía que debíamos ser.

Siempre culpé de la indiferencia que me mostraba al hecho de ser madre joven, tenía mucha vida por delante y yo... era un estorbo.

Que naciera pelirroja no la ayudó a fortalecer nuestra familia, fue un verdadero hándicap, ¡explicarle al elemento de mi padre que era una perrería del destino!, ¿un gen recesivo de generaciones anteriores?, eso sonaba a auténtico cuento chino, ¡era como... convencer a un negro de que su hijo naciera blanco!

Me ponía del hígado, él siempre me repudió, nunca recibí un beso o un abrazo por su parte. Recuerdo alguno, efímero, de ella, aunque solo en ocasiones puntuales por el que dirán, ya que surgían en la calle y con gente merodeando y cuestionando.

Amaré a mi *miniyó*, he cometido los mismos errores que mi madre, enamorarme del hombre equivocado, correr en una relación que, en el fondo, siempre supe que no tendría futuro, confiarme del hecho de que tardaría en quedarme en estado. Le quise dar la satisfacción de que me viera ceder a su petición de hacerlo a pelo y... mi estúpido cuerpo accedió a quedarse embarazado con apenas media docena de revolcones sin protección, de todo el mundo que rodea a *miniyó*, ella es quien menos culpa tiene de estar en una familia desarticulada antes siquiera de que esta ecografía corrobore que se convertirá en un precioso bebé, ¡espero que lleno de pecas!

Yo la elijo a ella, no cometeré los errores de mi madre, quien lo eligió a él, aunque eso la hiciera inmensamente infeliz.

—Esta eco es transvaginal, ¿se lo ha explicado su matrona?

Asiento.

Silvia toma mi mano y la oprime, sabe que estoy desquiciada con este momento.

Con sutileza, la doctora introduce el ecógrafo por mi vagina...

—Con este tipo de ecografía se comprueba que el embrión está bien anidado —dice despacio.

—Es bastante incómodo.

—Sí, porque no está relajada. —Pone su mano sobre mi vientre y lo hunde a la vez que aprieta con el aparato más dentro de mí.

Me tenso y aprieto la mano de Silvia. Es muy desagradable que otra mujer te ausculte de este modo, cuando me hago revisiones ginecológicas no es así, lo más invasivo que me han realizado es un papanicoláu.

—Tendrá que aprender a relajarse, Sabrina, no le queda nada. —Sonríe irónica—. No hay ninguna anomalía, está todo correcto. —Retira su mano de mi vientre y la lleva hacia la máquina de la que pende el ecógrafo que tengo metido ahí abajo, pulsa un par de botones—. Aquí lo tiene, su embrión perfectamente formado. —Gira el monitor y me muestra un manchón grisáceo.

La miro con incredulidad, ¿qué quiere que vea?

Se sonríe, extrae eso de dentro de mí, me pasa papel...

—Límpiese, ya puede vestirse. Le voy a dar unos folletos muy interesantes que le recomiendo que lea, de esa manera vendrá más preparada para la próxima. No obstante, recuerde que tiene a su matrona para resolver todas las dudas que tenga.

Queda evidente lo ignorante que me ve.

Me devuelve mi cartilla de embarazo, donde ha dejado constancia de las semanas exactas de gestación y la fecha aproximada de parto: catorce de agosto.

—Estás muy callada —evidencia Silvia tomando mi brazo mientras nos conducimos hacia el ascensor.

—Es todo tan...

—Frío. —Asiente al decir esa simple palabra que lo resume todo—. Sí, la verdad que en la seguridad social no se andan por las ramas, quiso ser amable, pero en realidad, hace su trabajo, le mete ese aparato por el chocho a una cada quince o veinte minutos, luego se va a su casa y hace su vida.

—No importo mucho más que otra cualquiera de las que estaban fuera, ¿verdad?

—Para esa doctora no, pero para mí sí.

Acurruca su cabeza contra mi hombro, esperamos ante las puertas del ascensor.

Aguardamos en silencio por el mismo, cada una con sus propias reflexiones. En mi caso, no dejo de preguntarme por todo lo que me queda por pasar con este embarazo, miro los folletos que me ha entregado y... dudo en leerlos, en ocasiones... la ignorancia es nuestro mejor aliado. Lo mejor sería dejarme llevar día a día, semana a semana, hasta el catorce de agosto y una vez allí... ¡que sea lo que ese Dios, al que rezo y me ignora, quiera!

—¿Bajamos por la escalera? —pregunta mi aprensiva amiga.

Asiento y giro mi cuerpo haciéndole ver que estoy de acuerdo, mejor abandonar el hospital cuanto antes. Lo cierto es que se ha comportado allí adentro, creí que la liaría de nuevo con un espectáculo de esos suyos, con desmayos, vomitadas y demás.

¿Qué será de mí cuando dé a luz? Creo que... sentiré una gran soledad, porque Silvia, evidentemente, no podrá estar presente, en cuanto viera una gota de sangre caería patas arriba.

—¿Me acompañas a probar una cosa?

La miro intentando imitar su ceja levantada, mostrando un aspecto de incógnita, que como de costumbre no me sale muy allá.

—¿El qué? —pregunto en voz alta cuando observo en mí misma la imposibilidad de preguntar lo mismo con mis gestos.

—Quiero ir a un gimnasio.

—Ah.

—Hay uno cerca la fábrica.

—Ni me había fijado —confieso.

—No me gusta que estés tan callada —comenta liberando mi brazo y dirigiéndose a la

puerta del copiloto.

He madrugado mucho para tener el pedido terminado, a las cuatro de la mañana ya estaba amasando, tenía esta consulta a las once, el furgón está hasta los topes de mercancía que Silvia se ocupará de repartir en cuanto me deje en mi portal.

—Estoy preocupada por... —señalo mi vientre—, no sé si sabré hacer esto, Silvia, creo que me viene grande.

—¿Y a quién no?

Nos abrochamos el cinturón. Me dirijo hacia la fábrica, no me indica una dirección exacta adonde acudir, pero las pistas que me aportó señalaban a las proximidades de la misma.

—Habrá quien esté preparada, yo siento que no lo estoy.

—Ninguna mujer del mundo estamos preparadas. Eso es mentira, dudo muchísimo que ninguna sepamos lo que se experimenta durante un embarazo, y menos durante un parto. ¡Olvídate! —Airea su mano—. Tengo claro que viviré tu embarazo a tu lado, y que el día de mañana, cuando quiera un hijo, no lo viviré como lo recuerde vivido en ti. ¿Comprendes?

—Comprender esa explicación embarullada... —Río con ganas—. Vamos a dejarlo, por favor. Háblame de esta iniciativa tuya de ir a un gimnasio.

—Bueno, es por hacer algo diferente. —No disimulo, abro mis ojos cuestionando su postura, ¿desea hacer algo diferente?, ¿la mujer que hubiera jurado que llegaría a ver con cincuenta años meneando las caderas en la disco?—. No me mires así. Era cuestión de semanas que reparara en lo diferente que será todo de ahora en adelante.

—No sé a qué te refieres, Silvia, diferente será para mí, pero para ti...

—También, Sabrina. —Me mira con complicidad—. También.

Supongo que ya no sentiré la misma satisfacción saliendo de viernes a domingo con el resto de miembros de la cuadrilla. Somos muchas, ciertamente nosotras somos como uña y carne, desde que nos conocimos en el instituto cuajamos de maravilla, teníamos demasiado malo en común.

—¿Aparco en el vado de la fábrica? —pregunto.

—Sí. Y vamos caminando, está a menos de quinientos metros, son cinco minutos.

—¡Muy bien!

Giro el volante y de frente me meto en nuestra plaza VIP...

—¡No entres de frente, Sabrina!

—Yo controlo...

—¡No controlas una mierda! ¡Ay, el bordillo! ¡Ay, las ruedas! —Se lleva las manos a la cara la muy exagerada.

—No me pongas nerviosa, tengo coches detrás, entro de frente para que pasen y luego ya... salgo, maniobro, aparco bien...

¡BOOM!!

Me quedo helada...

—¿Qué coño ha sido esa explosión?!

—¡La puta rueda delantera, so tarada! —Salta de la furgoneta y se pone a la altura de la rueda, comienza a realizar aspavientos y a echar pestes—. ¡La madre que te parió, Sabrina! ¿¿No te he dicho que frenaras?!

—¡Lo tenía controlado!

—¡Saldrá de tu cuenta bancaria la reposición de la rueda!

—¡Qué exagerada eres! ¡Es un pinchazo, los pinchazos se reparan!

Elevo mi mano y gesticulo con ella restándole importancia.

Giro la dirección, ¡que está dura del carajo!

¡Joder! Qué floja estoy, no puedo con ella. Meto la marcha atrás para terminar la maniobra de estacionamiento, así podré cambiar la rueda con facilidad sin entorpecer.

Miro a mi derecha y observo a Silvia mirándome con esa ceja hacia arriba, brazos cruzados, expresión corporal de malos huevos...

Ñiii, ñiii, ñiii...

¿Por qué suena así, tan deshinchada está la maldita rueda?

—¡Sigue, sigue, tú dale más caña, que todavía te cargas la llanta!

—¿Tan desinflada está?!

—¡Tú no tienes a escuchar! —Eleva sus dos brazos al aire—. ¡Que la has reventado!
¡Explotó! ¡BOOOOMMMM! —Hincha las mejillas y finge que es su cabeza lo que explota.

Hasta que no me baje y lo vea por mí misma no me lo podré creer, ¿cómo voy a haberla reventado, con el grosor tan tremendo que tiene el caucho de las ruedas?

Capítulo * 12

Después de una hora esperando a la grúa, porque fueron incapaces de cambiar la rueda, tal y como se pensaba Sabrina, que creía que aquello... sería algo sencillo, se dirigen hacia el gimnasio por el que Silvia manifiesta interés.

Me cuenta que se siente incompleta cuando sale los fines de semana sin mí, que tiene un dilema batiéndose en duelo dentro de sí misma...

—No sé muy bien expresar cómo me siento, es como si por culpa de tu estado actual me sintiera inmadura por primera vez en mi vida. Si me comparo contigo —me señala—, soy incapaz de continuar con mi rutina tal y como la tengo preestablecida, creo que toca cambiar de hábitos.

—Bueno, no sé por qué te fustigas, quieres ir a un gimnasio, vete y punto. —Me encojo de hombros—. Si ves que no estás a gusto o no era lo que esperabas... déjalo.

—Sí, esa es la intención. Probar... cosas nuevas que me hagan evolucionar.

Río con ganas.

—No veo claro en qué te va a hacer evolucionar como persona ir a un gimnasio, pero bueno —alzo mis dos manos al aire y las revoloteo confusa—, cuando lo compruebes me lo cuentas.

—Muy graciosa. No es el gimnasio en sí, simpática. Es el cambio que generará en mi vida: en lugar de salir un viernes de borrachera, acostarme temprano y madrugar para ir a hacer un poco de ejercicio, el gimnasio es la excusa, ¿comprendes?

—Sí, creo que sí.

—¿Te apuntas conmigo? —Sitúa ambas manos pegadas al rostro suplicándome con ellas.

—Ni hablar, a mí eso de sudar por sudar no me va. Además, en unas cuantas semanas, más me valdrá más ir rodando que andando, así que no. Lo siento. Pero sí, te prometo acompañarte — me comprometo a mi manera—, y esperar en esa cafetería de la esquina —señalo a la misma cuando ya estamos a menos de diez metros de nuestro destino—, poniéndome morada de bollería hasta que termines.

—Bueno..., algo es algo. —Sujeta mi brazo y acurruca su cabeza con cariño, para luego soltarlo, erguirse y entrar por la puerta sacando pecho y asumiendo su cambio de rutina.

La amable joven de recepción se lo explica todo con suma tranquilidad: cuotas, horarios, clases dirigidas..., le entrega unos impresos que deberá cubrir y entregar el día que decida apuntarse.

—Ya, ya... Me apunto ya.

Así..., en caliente. Bueno..., a eso vino.

—Bien, qué decidida —comenta alegre la joven, que yo calculo muy por debajo de nuestra edad—. ¿Y tú no te animas? —Me mira a mí.

—No, qué va. Lo mío son los donuts. Lo siento. Paso de subirme a una cinta y caminar sin parar para no ir a ninguna parte. Yo soy de las que van en coche hasta para comprar el pan.

La hago reír jocosa.

—Bueno, no a todo el mundo le gusta el deporte. Eso es cierto —certifica.

Asiento sin más, este momento es de Silvia, no quiero protagonismo extra, después de todo ya tuve el mío hace algo más de hora y media, haciendo mi primera eco.

—¿Por qué se sigue preguntando en los formularios el estado civil? —se cuestiona Silvia en voz alta—. Es ridículo, hoy por hoy tendría que ser irrelevante.

—Oh —se asombra la joven ante la réplica de mi amiga—. No es por indiscreción, es por los abonos familiares.

Silvia eleva la vista de su formulario, esa ceja suya se alza...

—Pues para mí es igual de indiscreto, si tengo familia lo comento y pregunto si hay algún abono especial, pero ponerlo aquí implica estar dando una información personal que, en mi opinión, no le importa a nadie. Pero seguro que en la base de datos de la que pase a formar parte, lo que aquí señale —indica con su bolígrafo— pitará de alguna forma que generará que alguien

me llame y me dé la vara para que acepte algún tipo de bono.

Pues eso... Silvia y sus certeras palabras.

Deja a la pobre joven sin argumentos, la observamos inclinar el rostro ligeramente. A esta chica... le faltan tablas para mandar a la mierda a mi amiga, ¿qué culpa tendrá ella de que en el formulario pregunten el estado civil?

—No quería importunarte. —Silvia se da cuenta igual que yo de que se ha pasado tres pueblos desahogando con ella esa frustración interna suya que siente hacia el funcionamiento global del mundo—. Disculpa. —Le brinda una sonrisa que la joven devuelve con recelo.

Es que lo dicho, dicho queda.

Tras unos minutos más, bastante incómodos, porque la joven ya no nos habla, imagino que querrá mantener distancias, tomar el formulario cubierto entre sus manos, entregarle la tarjeta y salir corriendo, Silvia pregunta:

—¿Puedo ver el gimnasio?

—Sí, claro. —La joven abre sus ojos como platos.

Intuyo que ese punto está dentro de sus funciones cuando alguien nuevo se apunta y que lo estaba obviando por quitarnos de delante.

—Seguidme. —Caminamos hacia la puerta corrediza, la joven pasa por el lector su propia tarjeta, entra y se vuelve hacia nosotras con una gran sonrisa, que podríamos considerar *una pipa de la paz, borrón y cuenta nueva, a otra cosa mariposa*—. Debéis entrar descalzas, aquí dentro se prohíbe el calzado de la calle, es importante que no lo olvidéis porque sancionamos por ello. —Oprime los labios—. Nada más pasar por la puerta giratoria, ahí —señala la puerta de nuestra derecha—, tienes el vestuario, hasta él puedes acceder con tu calzado, pero luego debes ponerte unas zapatillas de deporte. Esta norma es importante porque así evitamos que las máquinas y los suelos se manchen más que lo justo y normal.

Espera paciente a que nos desprendamos de nuestras botas.

—Bonitos calcetines —dice Silvia guiñándome un ojo.

—No son nuevos —aclaro, pues sé que ha hecho ese comentario para que la joven que nos enseña las instalaciones se fije, porque ella... ya conoce mi predilección por los calcetines y ropa interior de múltiples colores. Estos en concreto van cargados de corazones en siete tonos

diferentes, llaman la atención un montón.

Miro a la joven y la veo observar mis pies y sonreír discretamente, no parece dispuesta a darnos confianza en exceso, se mantiene al margen de opinar.

Caminamos tras ella, nos explica el funcionamiento de todas las máquinas, tanto las de musculación, donde sinceramente... no me puedo ni imaginar a Silvia, las de cardio, bueno..., tendrían un pase, y las polivalentes, donde nos deleita con las múltiples clases en las que podría participar.

—Puedes preguntarme lo que quieras —dice tras el *tour*, vuelta al inicio.

—Quiero aprender bien a manejar esa —señala hacia una máquina en la zona de cardio—, es la que más me interesa para comenzar.

—Ven —alza su mano y nos invita a seguirla—, sube —dice al llegar hasta ella—, es una elíptica, pon un pie en cada base y sujeta los mangos poniendo una mano en cada uno.

—Parece sencillo.

Pone pie derecho en la base, mano izquierda en palanca.

¡Mal!

Tira con fuerza de la palanca y las bases realizan una elipse, que es incapaz de controlar, ¡luego me dice a mí que no escucho!

—¡Silvia!

A la pata coja sobre aquella base no encuentra momento en que se detenga la máquina y le permita poner el otro pie sobre la otra base, aquello comienza a girar y girar y ella a chillar.

—¡Paradlo! ¡Paradlo!

—Tranquila. —Entre risas, la joven pone su mano sobre el mango derecho, y de algún modo milagroso la elipse... se detiene.

—¡Te dije pie y mano, pero a la vez el otro pie, y seguida la otra mano! ¡Después la que no escucha soy yo!

—Por norma general, sí, eres tú quien no escucha.

—Al escuchar el grito de parar, volverme y ver una melena pelirroja en el ajo, me dije...

tiene que ser Sabrina.

Me vuelvo rígida de pies a cabeza, ¿no puede ser mi farmacéutico!

—Ho... hola...

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bi... Bien...

¡Mierda! Llevo semanas buscándolo y ahora que lo tengo aquí, me atraganto con mi propia saliva.

—Venga, inténtalo de nuevo —oigo a mi espalda decir a la joven—, pero esta vez pon primero un pie, luego la mano del mismo pie, seguido el otro pie y la otra mano, ¿comprendido?

Sonrí con malicia, eso es justamente lo que le he dicho yo, para una vez que yo he escuchado y ella no...

—Vale. Vamos allá —escucho a Silvia.

Siento perderme el segundo acto, amiga mía, pero estoy cautivada por su mirada...

—¡Mierda! ¡Va muy rápido! —chilla.

—Tranquila, relájate —ríe la joven.

Trago saliva, tengo que intentar decir algo cuerdo y que me haga parecer madura y convencida de mis palabras, creo que no debo dejar que esta oportunidad se me escurra entre los dedos... otra vez, bastante ridícula debo de parecerle de por sí con estos calcetines multicolor.

Carraspeo.

Me yergo.

No le quito ojo.

—¿Es... complicado?

—¿Qué? —pregunto con ojos abiertos y oprimiendo los labios.

—Lo que quieres decirme, te veo tensa. —Me señala—. Hasta la fecha me has parecido alocada, divertida, desinhibida, pero tensa... creo que es la primera vez. Por eso concluyo que es complicado...

¡A la mierda!

Me lanzo sobre él, tomo su rostro con mis manos y le planto un señor beso.

¡Está pingando de sudor! Me da... asco...

Me separo, retiro mis manos y me las observo pringosas, mi boca ha recibido su aliento... nada fresco, dejémoslo ahí.

—Desagradable, ¿verdad? —Ríe con ganas.

—Chica, tú no aciertas ni aunque fueras la única apostante —comenta Silvia a mi altura, dejando claro que ya había terminado su clase magistral y que ha sido testigo de mi metedura de pata.

—¿No estabas pegándote con la elipse?

—Elíptica —me corrige la joven.

—Acabo de salir de una clase de ciclo, he sudado lo que no está en los escritos, y aunque no has elegido muy bien el momento, agradezco tu beso, creo que... no te llevas un buen sabor de boca. —Golpea la punta de mi nariz con su sudado dedo.

Me esquivo y desaparece tras la puerta de su vestuario.

—No me lo puedo creer...

—¿El qué? —me pregunta Silvia posicionándose a mi lado—. Que te haya dado calabazas.

Pongo cara de póker.

—No me ha dado calabazas.

—¿Ah, no? —inquiérese incrédula.

—¡Claro que no! —Pienso un instante—. Bueno..., espero que no. Al menos... le ha gustado que le haya besado.

—Entonces, ¿qué es lo que no puedes creerte? —Se encoge de hombros.

—Pues que lleve más de ocho semanas intentando dar con él y el destino haya vuelto a jugar sus cartas a nuestro favor.

—¿Le has estado buscando?

¡Mierda! ¡Me descubro sola, con esta boca que tengo!

—Eh..., sí, no..., bueno... Es solo que eché una ojeada dentro de las dos farmacias donde llegué a verle cuando pasaba por allí... por casualidad.

—Ya. —Se cruza de brazos—. Lo mandas a paseo y luego te vuelves loca buscándolo. Eres insufrible. La tía más indecisa que conozco. Lo vas a volver loco y terminará por desaparecer para siempre, así que... —eleva su índice y me advierte con él—, ahora que le has vuelto a encontrar... no la cagues.

—Bueno, yo —interrumpe con timidez la joven—, si no tenéis ninguna otra duda, tengo que volver al trabajo.

—No, nada, muchas gracias, mañana sin falta arranco —comenta sonriente la nueva deportista.

—Estupendo. Ahora tenéis... —señala hacia la puerta— que salir fuera, por favor.

—Ah. De acuerdo.

Ya pasando de la puerta giratoria hacia afuera, la joven toma asiento tras el mostrador de recepción y yo en la zona de espera.

—¿Vas a esperar por él? —me pregunta Silvia.

—Sí. Esta vez no dejaré que se me escape. A menos que haya otra puerta por detrás —comento con simpatía.

—Muy bien, así se habla. —Se inclina y besa mi frente—. Voy a hacer esa entrega, ¿estarás bien? —Asiento—. ¿Llevas llaves? —Asiento de nuevo—. ¿Dinero, documentación...?

—¡¡Que sí, mamá!! Vete ya, que cuanto primero lo hagas primero acabas.

—Vale. Mañana nos vemos en la fábrica, no madrugues mucho.

—No, descuida, mañana el pedido es más pequeño y no tenemos recados que hacer, creo que iré sobre las seis, más o menos.

—Muy bien, a las diez, bajo, tomamos un café y te voy cargando lo que tengas hecho.

Meneo mi cabeza de arriba abajo. Ambas queremos tener nuestro espacio personal, después de aquella semana convaleciente, nos costó despegarnos, pero era lo mejor, no nos preocupaba que los vecinos del primero continuaran con su acoso, no sé si algún día sabremos el porqué, pero

tanto Juan como Álex desaparecieron del edificio, dejaron el piso, que fue puesto a la venta al día siguiente.

Álex, cada viernes, me manda un mensaje queriendo saber, de buenas formas, de mi estado de salud. Supongo que he de asumir que en el fondo... es el padre de *miniyó*, no siempre le contesto nada más recibirlo, le torturo por la respuesta, haciéndole ver... quién manda.

Dudo que en la vida me vaya a relajar del todo después de escuchar sus amenazas, solo han pasado ocho semanas desde aquellas, pero aún resuenan en mi cabeza. La abogada a la que le consulté confirmó las teorías de Silvia, hay muchas lagunas en esa amenaza, nadie porque sí... le quita un hijo a una madre, pero me cuesta... No termino de creer que haya podido ser tan sencillo hacer entrar en razón a esos dos lebreles.

Aquel día me amenazó sin escrúpulos, ¡bueno, ambos lo hicieron! Juan no volvió a llamar o mandar mensaje alguno a Silvia, ¿así sin más?, ¡quién se lo cree!, la desconfianza agudiza el ingenio, yo por si acaso me he cubierto las espaldas, he contratado a una buena abogada por si tengo que encararme con él en términos legales, con mi *miniyó* no se juega.

Es posible que Juan pasara página de un día para otro porque el carácter de ese joven, al igual que el de Álex, es bastante veleta. Siempre dije que solo con que el primero diera con otra a la que amargar, se olvidaría de Silvia, aunque sería más complicado que el segundo me ignorara a mí para siempre esperando un hijo suyo, de hecho..., lo dicho..., cada viernes recibo un recordatorio de que sigue vivo.

No hemos recibido pruebas de que ni uno ni otro estén con otras a las que amargar, Silvia ha seguido saliendo de alterne y se los ha topado en algún que otro lado y ellos, sin más, se vuelven, le dan la espalda y la ignoran... Demasiado bueno todo para ser cierto, sobre todo si tenemos en cuenta lo mal que se estaban portando con nosotras.

Como quince minutos más tarde, lo ve aparecer...

Me ve sentada, nada más sale del vestuario, por encima del mostrador que ocupa la amable joven que nos ha atendido antes. Se le eleva la comisura del labio, atraviesa la puerta corrediza...

—No las tenía todas conmigo.

—¿A qué te refieres? —pregunto levantándome de mi sitio.

—No sabía a qué atenerme, si estarías aquí esperando o si te habrías vuelto a esfumar.

—¿Yo esfumarme? —Elevo mis dos manos al aire indignada—. Mira quién habla, que no he sido capaz de localizarte en ningún sitio de los que te tenía fichados.

—¿Has estado buscándome, pelirroja? —pregunta avanzando hacia mí con una petulante sonrisa, que me desquicia porque tengo que admitir que...

—Sí.

—Bien. Eso está bien. Aunque no me hubieras encontrado en mil vidas —dice jugueteando con sus cejas arriba y abajo.

Ya a mi altura, me produce una gran curiosidad saber por qué jamás lo hubiera encontrado, ¿es que dejó de ser farmacéutico de un día para otro?

—Esos días que coincidimos me tocó trabajar en sustitución de uno de mis empleados que estaba de baja. —Sonríe, me muestra su bonita sonrisa, tiene los cabellos húmedos y repeinados hacia atrás, posee alguna cana, ¿cuántos años tendrá?—. Las farmacias son mías, ambas. Solo las gestiono, pero si he de dar vacaciones o cubrir bajas, no contrato a nadie, sino que yo mismo cubro la vacante para ahorrarme costes de personal.

—Oh..., vaya...

Me estremezco, porque no es solo farmacéutico, sino jefe de su propio negocio, bueno..., ¡como yo!

No debo desmerecer lo mío porque sea una humilde fábrica en la que solo trabajo yo amasando y Silvia de ayudante y reparto.

—Ya ves que tenemos mucho más en común de lo que piensas. Ya sé que no llevo chupa de cuero y los pelos tapándome los ojos. —Describe por encima a Álex, a quien, mínimo que yo sepa, ya se ha topado en un par de ocasiones: cuando catapulté su consola por mi ventana y el día en el que Silvia le vomitó los pies y su precioso coche—. Pero si buscas, en el fondo, debajo de la apariencia, encontrarás cosas comunes.

—¿Cómo te llamas?

Me sonrío, se aproxima aún más, eleva su mano y acaricia mi pecoso pómulos con su dedo, suave y limpio, no como antes, se acerca hasta que casi roza mis labios, su olor es embriagador, no apesta a sudor, cierro los ojos y posa su boca en la mía.

Me besa suavemente, sin prisa, sujeta mi barbilla, relajo mi cuerpo, no hago nada, mis brazos muertos a ambos lados del cuerpo, repite con pasmosa tranquilidad sus movimientos, pero a la inversa, se separa de mí, retira su mano con delicadeza, deslizándola por mi cuello.

Se gira en dirección a la puerta de salida.

Estoy como anestesiada, relamo mis labios, sabía mentolado, o ha masticado un chicle o se trae hasta el cepillo de dientes para su aseo tras entrenar.

—Matías.

Eleva su mano hacia mí, me invita a que se la coja, lo hago, sin prisa... Me transmite... paz..., justo lo que necesito en mi loca vida.

Capítulo * 13

Las semanas pasaron con rapidez, la mezcla del estrés de sacar la producción de nuestra fábrica, las novedades al iniciar una relación sentimental con Matías, adaptar el piso para Sofia, a la que ya no llamo *miniyó* desde que en la semana veintidós me confirmaron lo que intuí desde un principio, que era niña, no había horas bastantes en mi día a día para todo cuanto estaba aconteciendo. Me sentía madurar a pasos agigantados. La vida nos pone a prueba constantemente, a mí había decido ponerme las pilas a marchas forzadas: negocio, novio formal, hija...

Los mensajes de Álex interesándose por mí y nuestra hija decayeron, coincidiendo con el inicio de mi relación con Matías, aunque el detonante definitivo y el cese absoluto de los mismos fue saber que el bebé ya no sería un compañero de videojuegos de consola, sino una princesa de vestidos y diademas, así la definió él, con tono de repulsa hacia su sexo femenino.

¿Quién era él para juzgarla? ¿Por ser niña no iban a gustarle las consolas e iba a vestir de faldas? Yo soy mujer y detesto ambas.

Metí a una aprendiz en la fábrica, pues había que formar a alguien que nos ayudara. Obvio que de antemano no pretendía disfrutar de ninguna baja materna, pero la ley me obligaba a estar unas semanas recuperándome, así que... no quedó más remedio que poner mis preciosas creaciones en manos de Roberta.

Era una chica de constitución fuerte, trabajadora pese a su corta edad. Tanto Silvia como yo opinábamos igual: todo el que entrara a formar parte de Doble S sería joven y con unas ganas locas de emprender su propio rumbo en la vida, ganarse su dinero y buscar su independencia, aquella... habría sido la definición de nuestro perfil con dieciséis años, y por tanto un principio básico en nuestra compañía, a la cual pretendíamos cambiar de nombre y que pasara a denominarse Triple S, pues ahora ya no seríamos Silvia y Sabrina, sino Silvia, Sabrina y Sofia.

—Promete que no harás ninguna tontería, burrada, inconsciencia... —me pide Matías,

tomando mi rostro entre sus manos— hasta mi regreso.

Besa mis labios, pómulos, frente, reparte innumerables y pequeños besos por todo mi rostro. Cierro los ojos y me dejo, es un hombre cariñoso, a veces un tanto... aburrido, pero su tranquilidad genera paz interior en mí, nos compenetrarnos bien, yo pongo la pasión y la locura, él la cordura y la calma.

—Uuuuummm... —Disfruto cada segundo, se irá después de esto y no regresará hasta el lunes, tiene una conferencia en Boston.

Quién lo iba a decir, el señorito es todo un erudito que no solo tiene su propio negocio farmacéutico, sino que domina diversos idiomas y cuyos estudios superiores fueron Medicina, nada más y nada menos, pero no llegó a realizar el MIR, determinó que para ser médico se necesitaban unas cualidades que él dice no poseer, pero yo, tras casi siete meses de relación... lo dudo. Creo que hubiera sido un médico excelente, sabe tratar con la gente, él creía que tenía más talento para llevar negocios que para curar personas, es de esos cuyos padres obligaron a estudiar lo que no quería, así que... después de terminar Medicina, hizo el grado de Farmacia, unos cuantos cursos en paralelo sobre negocios y economía, y casi rozando los cuarenta, estableció su primera farmacia.

Mezcló lo que se había visto obligado a estudiar con lo que realmente le apasionaba, y obtuvo un próspero negocio.

—No vayas... —Le ruego, abro los ojos y envuelvo su cuello con ambas manos.

—Debo ir, soy yo quien da la conferencia. —Sonríe.

—Que vaya otro empollón en economía.

—No sirve, tengo que ser yo, es una conferencia sobre mi propia experiencia: cómo conseguí darle la vuelta a mi propio destino, la imposición de estudiar algo que no me agradaba, fusionado con lo que sí me llenaba, y esa capacidad de darle la vuelta enfocándolo hacia algo que ha dado un próspero y fructífero futuro.

—¿Estás practicando? —Frunzo el ceño por la explicación.

—Sí. —Ríe y besa mis labios—. No te he oído prometerme lo que te he pedido.

—Yaaaa... —Me separo ligeramente de él.

—Sabrina. —Dice mi nombre cuando me observa ir hacia el mostrador de la cocina. Tomo

un cuchillo y sigo con mi tarea irrumpida por sus arrumacos y besos, guiso un puré de verduras, comienzo a practicar para cuando Sofia tenga seis meses, ya sé que me estoy precipitando, queda mucho para entonces, pero no tengo otra cosa que hacer y me aburro, tantas y tantas horas desocupadas, puesto que ya no estoy acudiendo a la fábrica, se ocupa Roberta y yo me paso a supervisar a última hora, antes de que Silvia cargue el furgón—. ¿Qué tienes en mente para este fin de semana? Quiero saberlo —exige, al ser consciente de que no le prometo ser buena, dado que... no lo seré.

—Quiero pintar la habitación de Sofia.

—No —dice con dureza—, has tenido ocho meses y medio, dijiste que no querías tener nada de ella hasta que no dieras a luz, por si ocurría alguna de las cosas terribles que te relató la matrona en las clases de preparación al parto que podrían acontecer, casos extremos —eleva sus dos manos al frente dejando claro que a mí no va a pasarme nada de eso—, pero tú fuiste quien se retrajo de meter nada en esa habitación. —Señala hacia el cuarto de Sofia—. No vas a ponerte a pintar tú sola sin que yo esté en casa.

—Quiero hacerlo yo.

—De acuerdo. —Eleva sus dos manos al aire—. Lo harás tú, no te considero una minusválida, lo sabes, has trabajado día y noche si ha sido necesario, y jamás me he interpuesto o metido con ello, es más —aclara—: ha sido el médico el que te ha dado la baja la semana pasada porque te observaba un poco dilatada.

Asiento, es cierto, es un compañero sin igual, respeta mi trabajo y mi carácter, no ha hecho nunca ni el más mínimo ademán de querer modificar ninguna de mis conductas por alocadas o temerarias que fueran.

—Pero a partir del lunes, cuando regrese. Hoy es viernes, Sabrina —indica como si necesitara saber en qué día vivo—. Ve y mira la carta de color, decide lo que deseas hacer, y el lunes vamos juntos a por la pintura y nos ponemos a ello. Dejaré que lo hagas tú, yo solo haré de ayudante.

Rodea mi cintura desde mi espalda, sigo picando verduras, besa mi cuello desnudo, me he recogido el cabello rojo en un gracioso moño en lo alto de mi cabeza, suspiro con fuerza... porque no voy a hacer caso de su consejo. Pintar es sencillo, el médico ya me ha dado la maldita baja, justificándose en el hecho de que me paso el día entero de pie, ¡chorradas!, ahora estoy de pie cocinando, ¿por qué no podría seguir haciendo mis preciosas creaciones?

—No vas a prometerlo, ¿verdad?

Me vuelvo, enredo mis brazos en su cuello y lo beso con pasión, toma mis caderas e intenta apretarse contra mí...

Ríe con ganas.

Yo también.

Ya hace un par de meses que su erección no acaricia mi sexo en esta posición, o me vuelvo y le pongo otra vez el trasero o me monta sobre el sucio mostrador que... muestra verduras esparcidas por todo él.

—Tengo que irme ya o perderé el avión.

—Ten mucho cuidado y llámame esta noche.

—Lo haré.

Después de dejar la comida preparada, Sabrina se quitó el delantal y, tal cual, con ese vestido de tirantes verde pistacho que la hace parecer una mesa camilla, ancho y que le cubre casi hasta la rodilla, se calzó unas sencillas chanclas de goma y salió en busca de una ferretería donde comprar la pintura que deseaba.

—Blanco para el techo, tiene unos diez metros cuadrados, y luego, para las paredes, las de dos metros de largo por dos y medio de alto verde y naranja, las más grandes de cinco metros de largo por dos y medio de alto rojo y amarillo —indico al muchacho que me atiende.

—Vaya parchís —dice con humor tomando nota en su libreta.

—Dicen que el colorido alegra la vida, cuanto más tenga mejor, ¿no?

Él se encoge de hombros, indicándome que no le importa nada en absoluto lo que quiero pintar o para quién, después de todo me dará la pintura, pagaré, me iré y atenderá a otra u otro tras de mí, ¿por qué iba a recordarme?

—Le voy a poner un par de kilos de cada, en las paredes más grandes y techo, y un kilo para las paredes pequeñas —dice como si yo entendiera de lo que me habla. Que me dé lo que considere oportuno para las medidas que le he indicado y a correr—. Serán setenta y siete con

cuarenta y cinco.

Pago, me lo mete en dos bolsas, para equilibrar.

—Una pesa un poco más que otra, lleva cinco kilos en una y tres en otra. Son tres botes de dos kilos y dos de uno. —Me las entrega tras dicha explicación, dejando claro que me observa embarazada y en total son unos cuantos kilos, que posiblemente no me vea capacitada para acarrear.

Intento elevar mi ceja imitando a Silvia, por no decirle lo equivocado que está en palabras. ¡A mí no hay quien me pare!

Tanteo el peso..., perfecto, ¡andando!

Lo admito..., me cuesta un poco llegar hasta el portal, tengo que parar en un par de ocasiones, parece que la cabeza de Sofía quiera salir disparada, tengo una sensación al caminar... como si fuera a caerse de repente y darse de bruces contra el suelo.

Paro, poso las bolsas, sitúo mis dos manos rodeando mi vientre. Continúo...

Así hasta doce veces.

Me pongo a la tarea nada más llegar, pese a que tengo una sudada del quince. Ya es agosto y, me ponga lo que me ponga, estoy cocida de calor, como un garbanzo a fuego lento.

—¡Mierda! ¡Tengo pintura, pero ni brochas, rodillos, cinta de papel, plásticos! —bufo.

Esto es más complicado de lo que me esperaba, en la santa vida he tenido que pintar una pared, pero no me gusta ser una ignorante, así que... alguna vez tendrá que ser la primera.

Vuelvo a calzar mis chancletas de goma y bajo de nuevo a la calle, dispuesta a apresurar el paso, porque la ferretería cerraba a mediodía y quiero comenzar a pintar después de comer.

—Estás horrible —me suelta Álex, frente a mí, nada más abro la puerta del portal.

De primeras lo reconozco solo por la voz, porque su aspecto... ha cambiado desde la última vez que lo vi, y eso fue... aquel atropellado viernes en el que Silvia le vomitó los zapatos a Matías. Posteriormente mantuvimos algo de contacto vía WhatsApp, pero ya llevaba más de medio embarazo sin saber de él, concretamente desde que se enteró de que *miniyó* era niña.

—Cuánto tiempo, te has rapado la cabeza.

—Sí. Tenía que pasar desapercibido.

—Ah. —La verdad que me importa poco o nada su aspecto o por qué tiene que pasar desapercibido, se hace extraño verle vestido de semejante guisa: pantalón chino y camisa bien remetida por el mismo, en fin...—. Pues muy bien. —Avanzo escaleras abajo de mi portal, y él, que estaba sentado al borde del macetero, junto al último escalón, se incorpora como un resorte a mi paso y toma mi brazo—. ¡¿Qué haces?! —Zarandeo y lo libero.

—He venido a verte, aprovechando que ese tipo con el que sales ahora se ha pirado a Boston y no me iba a increpar por hacerlo.

—¿De qué hablas? y ¿por qué sabes que está en Boston? ¿Nos espías? —pregunto con enfado.

—Así es —confiesa acercando su rostro al mío, amenazante—. No se separa de ti el muy cretino. —Ríe insultante—. ¿Sabes que nos amenazó a Juan y a mí aquel día? ¿Que nos zurró?

Me hace pensar un poco, y no tardo en reparar que el único día al que se puede estar refiriendo es el mismo en que recordaba que le había visto por última vez.

Me encojo de hombros, lo cierto es que siempre supe que algo extraño había detrás del hecho de que hubieran desaparecido ambos de la noche a la mañana, y sinceramente me importa un bledo que Matías le pateara el culo, es más, ahora que lo sé, tendré que agradecerle otra atención más hacia mí y mi bebé.

—Seguí mandándote mensajes hasta que me enteré de que comenzabas a follártelo con mi hija dentro de ti —escupe con desprecio.

—Te agradecería que controlaras un poco los términos, dentro de poco Sofia estará presente y no quiero que escuche esos improperios. Y no... Dejaste de enviarme mensajes cuando supiste que era niña, o eso, o tu espionaje es una mierda, porque llevo saliendo con Matías más de medio año.

Se desternilla de la risa.

—Mi espionaje ha sido impecable. —Cesa su risa y me mira con furia—. Y... no te preocupes por la mala lengua que pueda gastar con esa delante —señala mi abultado vientre—, le vendrá bien tener mis recursos lingüísticos. La preparé para la profesión a la que debió dedicarse su madre: puta.

—Mira..., no sé qué quieres —endurezco mis palabras, entrecierro los ojos con rabia, alzo mis dos manos al frente, extendiendo mis palmas, marcando distancias, todo... a modo de repulsa—,

pero tengo prisa y me sobra esta conversación.

—Te dije —se encara a mí, se pone muy cerca, no respeta mi espacio personal pese a que todos mis gestos le indican que debe hacerlo— que te la quitaría.

Trago saliva, siempre supe que volvería y que debía de estar preparada para ello, doy gracias a que jamás me relajé al respecto, me molesta su presencia, pero era bastante lógico pensar que regresaría a nuestras vidas cuando el embarazo finalizara y ella estuviera entre nosotros. Solo lamento la mierda de padre que le ha tocado, está claro que nadie escoge a su familia, pero también sé que crecerá consciente del elemento que es su padre, que a la larga... se distanciará de él, y que aquello que no la mate, la hará más fuerte, como me sucedió a mí, aunque con la salvedad de que yo siempre estaré aquí para protegerla.

Instintivamente sitúo mi mano sobre mi barriga.

—Apártate, ahora mismo. —Le doy un leve empujón intentando sobrepasarle, pues me bloquea el paso—. No me das miedo, te aseguro que nunca podrás arrebatármela.

Lo esquivo y continúo mi camino.

—Legalmente no —dice a mi espalda—. Pero hay otros medios.

¡Un furgón se detiene frente a mí!

¡Doy un salto cuando el portón se abre y dos hombres encapuchados descienden de él, sujetando mis brazos!

—¡Soltadme! ¡Socorro!

Estamos a plena luz de día, los viandantes me escuchan, alguno viene hacia nosotros...

—¡No! ¿Quiénes sois? ¡Soltadla! —Escucho a Álex gritar aquello—. ¡Mi mujer, se llevan a mi mujer embarazada! ¡Que alguien pida ayuda!

Me meten en el interior, pero no lo pongo fácil, reciben patadas, mordisco e insultos por mi parte. Veo a Álex venir hacia el furgón y sonreírme con maldad, asiente con la cabeza mirando a uno de los encapuchados y este le da un puñetazo, no es gran cosa, suficiente para desequilibrarlo, pero no para tumbarlo. Aun así... él finge que es peor de lo que presencio y se deja caer como si estuviera malherido.

—¡Auxilio! ¡Se la llevan! ¡No he podido hacer nada! —Le escucho chillar mientras rueda como un guijarro sobre la acera.

—¡Desgraciado! —le grito.

¡Me revuelvo con furia!

Cierran el portón y arrancan el furgón.

Doy patadas y puñetazos al aire, alguno les cae, pero no soy lo suficientemente fuerte y ágil, dadas mis circunstancias actuales, como para vencer a aquellos dos corpulentos hombres, así que... finalmente logran reducirme y administrarme un calmante que me relaja...

Luz y oscuridad aparecen de manera intermitente, sea lo que sea aquello que me han dado no es potente, pero me deja inmóvil y a su merced.

Capítulo * 14

—Hola.

—No quiero ser borde, Silvia, pero si me llamas sabiendo dónde estoy es que algo no va bien.

Silvia suspira al otro lado del terminal, tras cargar la furgoneta con el pedido de Pepa, se acercó hasta el piso de Sabrina, sabía que estaría sola sin Matías todo el fin de semana y deseaba asegurarse de que todo iba bien. Al fin y al cabo, desde que está de baja, siempre se pasa antes de que ella cargue a dar su visto bueno a la mercancía, algo que ya le ha dicho que no es necesario que haga, pero resulta imposible convencerla de lo contrario, y hoy... no ha ido a supervisar, así que temiendo que la loca pelirroja de su amiga estuviera haciendo algo que pudiera anticipar su parto, porque la conoce y, en fin..., es bastante inconsciente, ha ido mejorando en esta larga temporada de relación con él, pero... sigue siendo Sabrina y su idiosincrasia.

—Te llamaba para preguntarte si Sabrina te había hablado de sus planes para este fin de semana.

—¿Cómo sus planes? No te comprendo.

—A ver, sabes que tengo la llave de su piso, no invadiría vuestra intimidad si no estimara que es oportuno —aclara.

—Lo sé, Silvia, por favor, me estás poniendo muy nervioso, ve al grano.

—Estoy aquí, me he pasado a verla, quería saber que estaba bien y no liando alguna de las tuyas, no respondía, llamé y llamé, casi quemo el timbre —sigue justificando por qué ha usado las llaves.

—¡Al grano! —pide por tercera vez Matías, dejando claro que le importa menos que nada

que tenga un juego de llaves y las haya empleado, para eso las tiene.

—Solo cerró con una vuelta la puerta de entrada, cuando Sabrina hace eso es que va a regresar pronto, llevo aquí más de una hora, Matías, y aún no ha regresado, se ha dejado el teléfono. Observé que había ido a por pintura, hay varios botes, en bolsas, de la ferretería. —Él maldice para sí, debió figurarse que no iba a estarse quieta—. He buscado en Google la dirección de esta ferretería y me he acercado, el chico ya cerraba, dice que sí fue una pelirroja quien hoy por la mañana sobre las doce compró pintura para una habitación, que la recordaba porque le dijo no se qué de que el color daba vida o..., bueno... —airea su mano restando importancia—, da igual lo que hablaran. He regresado sobre mis pasos por si la veía, pero no... —entona con deje triste—. Me he quedado aquí una hora entera esperando por ella, pero ya no quería estirarlo más para llamarte, ¿igual te dijo algo?, ¿iba a ir a algún sitio?

Mientras Matías escuchaba aquello que le encogió el corazón, iba metiendo sus pertenencias en la maleta. La conferencia tenía cuatro pases: sábado y domingo, mañana y tarde, por ello llegaba allí aquel viernes noche y regresaba el lunes, no había hecho más que registrarse en el hotel y subir a la habitación, había comenzado a extraer camisetas de la maleta cuando recibió la llamada de Silvia, así que ahora..., de cualquier manera, volvía a introducirlo todo para regresar a Asturias y ayudar en la búsqueda de Sabrina. Estaba seguro de que por mucho que Silvia esperara por ella... no iba a regresar.

Lo sabía bien, presentía que el ex de Sabrina estaba detrás de aquello. Fue tajante aquella tarde de viernes, cuando Silvia y Sabrina subieron al piso y él, supuestamente, iba a recoger de su vehículo algo que había dejado olvidado, y por ello no las acompañó, pero prometió regresar a cenar..., promesa que no llegó a cumplir. Posterior a aquello Sabrina le dio calabazas por teléfono y Matías supo jugar con los tiempos, así durante las próximas semanas sus heridas se curarían y ella nunca habría sabido de lo sucedido realmente ante su portal.

Juan lo entendió, cogió miedo de verdad, pero Álex, era otro asunto, la ofensiva cantidad de dinero que manejaba la familia de aquel infeliz le daba el coraje que le faltaba como hombre para haber mantenido a su familia unida.

Juró venganza, juró volver, juró arrebatarse de manera dolorosa su bebé a Sabrina.

Pero Matías, pese a la dureza de esas amenazas, ya se había relajado y no había vuelto a pensar en aquellas palabras cargadas de ira, fruto probablemente de la paliza que les dio a los dos, muy merecida por machistas, insolentes y maltratadores psicológicos, con toda aquella mierda que escuchó salir de sus bocas sin cortarse un pelo, amedrentándolas y amenazándolas.

Álex cedió en el acuerdo de divorcio, presentado en el tercer mes de embarazo, a las condiciones que Sabrina impuso, firmó sin vacilar y no volvió ni siquiera a intentar contactar con ella por mensaje, cuando la relación de Matías y ella fue contada a los cuatro vientos, y el sexo del bebé confirmado. Era como si Álex al fin hubiera asumido que finalmente Sabrina no formaría una familia con él.

Matías imaginó, erróneamente, que ya no tendrían problemas con él.

Y ahora... ¿ella desaparecía a dos semanas de salir de cuentas?

—No. Me dijo lo de la habitación de Sofia y le pedí que no hiciera nada hasta mi regreso, pero intuí que haría oídos sordos.

—Ya.

—Llama a la policía y pon una denuncia por desaparición.

—No me escucharán. —Silvia recordaba que cuando fueron con la grabación que hicieron de las amenazas de Álex y Juan hacia ellas, cuando menos, se rieron en sus caras.

—¿Cómo no te van a escuchar?

—Es una mujer adulta, no hace ni doce horas que ha desaparecido.

—Llama... a la... policía.

—De acuerdo. Lo haré. ¿Regresarás?

—Por supuesto, ya estoy saliendo de la habitación, pido un taxi y me voy al aeropuerto, en cuanto esté en Ranón te aviso.

—Vale.

** ** * * * * *

Para sorpresa de Silvia, cuando indicó vía telefónica que Sabrina estaba desaparecida la reacción fue muy diferente a como hubiera imaginado, ya que no era la primera que llamaba comunicando algo así, pues había infinidad de testigos de cómo la joven era secuestrada a plena luz de día. Incluso obraba en poder de la policía una denuncia, interpuesta por Alejandro Betegón

Gutiérrez.

Se quedó catatónica al escuchar el nombre y apellido de Álex, ¿qué pintaba él en las inmediaciones del portal de Sabrina cuando casualmente era secuestrada?

No lo dudó, le daba igual lo que le dijeran o le dejaran de decir...

—¿Tienen a ese hombre, el que puso la denuncia, controlado? ¿Le han interrogado?

—¿Cómo vamos a interrogarle? —preguntó con humor la agente que atendía la llamada de Silvia.

—Por el sencillo hecho de que mi amiga desaparecida y yo misma pusimos hace... como ocho meses una denuncia en su comisaría contra él y Juan Peláez Bautista.

Silencio al otro lado.

—Imagino que la competencia de la seguridad y cuerpos del Estado, entre ellos esa comisaría en la que usted trabaja y que nos dio con la denuncia en la boca, restando importancia a nuestro relato, pese a que iba documentado con una grabación en la que nos amenazaba precisamente el señor Alejandro Betegón Gutiérrez, habrá hecho labor de investigación desde las doce de la mañana, hora en la que me indica usted que ocurrió el secuestro de mi amiga, y al cotejar datos, habrán descubierto que Sabrina había denunciado por malos tratos al mismo hombre que casualmente hoy ha presenciado y denunciado su secuestro.

Espeso silencio al otro lado.

La conversación ha sido escuchada por el jefe superior de la policía, a petición de la agente que tomaba parte de la llamada.

—Un momento, por favor.

—¿Cómo no! ¡Los que necesitéis! —chilla mal humorada y totalmente sarcástica Silvia.

El inspector jefe había oído el final del discurso una vez que la agente se lo rogó, y así pues, como las conversaciones de denuncias telefónica suelen ser grabadas, había puesto de nuevo las palabras de Silvia para que él pudiera escucharlas.

Con el modo silenciado en el teléfono, Silvia no podía escuchar lo que agente e inspector comentaban.

—¿Dónde está Alejandro Betegón Gutiérrez en este momento? —exige saber—. ¿Dónde

vive? ¿Registro de sus llamadas? ¿Hay un móvil que vincula a ese hombre con el supuesto secuestro! Así que... ¡A trabajar! —ordena el inspector a su comisaría.

La agente, con mano temblorosa, retira el silencio del teléfono.

—Señorita, ¿sigue ahí?

—¡No! ¡Me he ido de copas! ¡No te jode!

—Disculpe que la haya mantenido a la espera, el inspector ha sido puesto al corriente de la información que nos ha proporcionado, estamos investigando.

—¡Tu puta madre! ¡Pásame con él! —El mal humor de Silvia iba en aumento. El tiempo jugaba en contra de Sabrina, le quedaba muy poco para dar a luz, este estrés... podría anticipárselo y nadie sabía en qué circunstancias estaría ahora mismo.

—Me temo que eso no es posible, él ahora está haciendo todo lo posible por encontrar a Sabrina Cifuentes...

—¡Ahora! ¡Ahí le has dado! ¡Ahora nos hacéis caso! ¡¡ANDA Y QUE TE DEN A TI Y A TODO EL CUERPO DE POLICÍA!! ¡Ya la busco yo!

Cuelga y sale del piso de Sabrina, oprime el pulsador del ascensor y, al observar que no llega, trota escaleras abajo. Si Álex está detrás de aquello, ella... sabe perfectamente quién puede tener información útil.

** ** * * * **

Aporrea la puerta del cobertizo en el que Juan se suele meter a fumar de viernes a domingo. Lleva meses sin saber de él, pero tendría que haber cambiado una barbaridad para que sus hábitos no siguieran siendo los mismos.

Pum-pum-pum-pum...

Golpea con rabia la puerta, se acerca a la ventana e intenta ver el interior, pero la suciedad de aquel cobertizo lo dificulta, ahora... que haber, hay gente.

Pum-pum-pum-pum...

Pum-pum-pum-pum...

Pum-pum-pum-pum...

Pum-pum-pum-pum...

No para de intentarlo hasta que se abre la maldita puerta. Él, semidesnudo, se sitúa de costado contra el marco, con un pito de maría ladeado sobre el labio, y no disimula la sonrisa triunfante por ver a Silvia por allí.

—Si llego a saber que venías hubiera ordenado un poco todo esto.

—Vete a tomar por el culo. ¿Dónde está Álex?

Él abre los ojos como platos, se le borra la sonrisa...

—¿Que dónde cojones está Álex? —insiste.

—Te he oído, pedazo de borde, ¿para qué quieres saber dónde está?

—Para meterle de hostias hasta que me diga dónde está Sabrina.

El gesto de Juan no pasa desapercibido para Silvia. Salió con él durante unos cuatro meses, no es que se pueda conocer a una persona en tan poco tiempo, pero sí a esa persona tan básica que tiene al frente.

—¿Qué ha hecho? —pregunta Silvia al no obtener respuesta verbal, solo corporal por su parte.

—No sé, tía.

—¡Que no me llames tía, ni pava, ni...! —Eleva sus dos manos al aire, se las lleva a la cabeza y frota su rostro con frustración—. No me nombres siquiera, detesto mi nombre saliendo por tu boca.

—No siempre fue así.

—Sois incapaces de entender un no, me queda claro, pero esto es demasiado, ¿dónde está Alex? ¿Qué ha hecho con Sabrina?

—La culpa no es de él, es de ese noviete nuevo de tu amiga.

—¿Matías? —pregunta incrédula—. ¿Qué tiene que ver él en todo este asunto?

—Nos dio una paliza, tía... —alza su mano al aire—, perdona.

Rectificar es de sabios, pero si vuelve a llamarla tía, no sabe si la que le dará la paliza será ella.

—No tendría que haberse metido, no era asunto suyo, aquel día que llegaste pedo y él estaba con vosotras... —no piensa corregirle y darle explicaciones, no se justificó entonces por su estado, que no era de borracha sino de bajada de tensión, y no lo hará ahora—, pues nos retó y le seguimos con el coche a un descampado. ¡Joder, qué hostias pega el tío!, ¿no sabíais nada? —Niega, pero no dice nada, desea que termine con su relato y largarse, se odia a sí misma por haber estado liada con aquel elemento, por haber hecho cosas innombrables de puertas adentro de aquel cobertizo—. Pues él recibió también su merecido, no sé cómo no os percatasteis, porque amoratado quedó, eso seguro —sorbe la nariz, a saber qué se habrá metido—, pero ganó, nos dio de hostias hasta el punto de que tuvimos que ingresar. Aun así... Álex seguía tocando los huevos, le mandaba mensajes a Sabrina, decía que su marido era él, no ese, que ni siquiera al espiaros días después observó que él formara parte de su vida, pero luego..., después de un par de meses, empezaron a salir, cuando firmaron el divorcio él la acompañó y Álex no lo encaja, tía...

Silvia da un paso al frente y le cruza la cara.

—Vale —dice él elevando su mano y reculando, engancha la puerta del cobertizo para cerrarla—. Lo merezco, ya me habías avisado dos veces. Oye..., no quiero problemas, ¿vale? Yo sí lo entendí, ese ¿Matías, dices que se llama? —Asiente—. Sabe golpear y no necesito más costillas rotas, si Álex no lo entiende es asunto suyo. No quiere a Sabrina ni a la niña, solo es por tocar los cojones.

—Entonces —dice con dureza—, ¿sabes o no dónde está él o adónde ha podido llevarse a Sabrina?

—Noooo... —Miente, y Silvia lo sabe.

—Sé que Álex anda detrás de todo este asunto, ya he informado a la policía y darán con él tarde o temprano, con o sin tu ayuda, pero ten presente... que esta mierda te salpicará, no porque ahora digas que pasas —se burla— vale. Álex no gestó un plan muy inteligente que digamos, ¿la secuestran delante de sus narices?, qué casualidad. No cuele... ¿y sabes por qué?

Él la mira con vista perdida, pupilas dilatadas, está muy colocado.

—Porque Sabrina y yo os habíamos denunciado por acosadores. No nos hicieron ni caso, pero ahora... tiene un móvil tras su supuesto secuestro, el cual os señala a ambos. —Le apunta

con su dedo acusatorio—. Así que esto va a salpicarte, sí o sí, llamaré y vendrán a por ti, lo que no me digas a mí... se lo dirás a ellos.

Se da la vuelta, con movimientos furibundos.

—¡Espera, tía!

Oprime los puños de pura rabia al escucharle de nuevo llamarla así.

—Perdona, vale..., es la costumbre.

Se vuelve hacia él.

—¿Qué tienes que decirme?

—Álex se ha vuelto loco y paso de él —aclara para comenzar—, llevo sin tener contacto con él más de cuatro meses. Cuando firmaron el divorcio enloqueció y yo qué sé... —titubea para soltar lo que sea que sabe—, lo último que dijo, pero que no sé si lo hará o no, porque como digo, llevo meses sin saber nada de él...

—¡Vale, joder! ¡Me queda claro, capullo de mierda! ¡¿Qué sabes?! —Camina hacia él de nuevo furiosa.

—Dijo que quería secuestrar al bebé y llevárselo a un país que no tuviera tratado con España, para que Sabrina nunca pudiera recuperarla. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —pregunta horrorizada por lo que acaba de escuchar—. Vosotros... vosotros... sois unos psicópatas —dice reculando.

Sale corriendo del lugar, sube a su mini y arranca, pulsa el marcador de su navegador y telefonea a la comisaría, informa de lo que ha averiguado y da la dirección donde encontrarán a Juan Peláez Bautista.

** ** * * * * *

Matías aterriza, ya es de día, sábado, y nada más bajarse llama a Silvia para que lo ponga al corriente de la situación. Tras el horripilante relato que sonsacó a Juan, sabe que la policía lo detuvo y ha pasado la noche interrogándole, tratando de averiguar adónde la ha podido llevar.

Horas después, él realiza diversas gestiones que lo llevan a obtener un detallado inventario de todas las propiedades de Álex, información que fue capaz de recopilar gracias a la abogada de Sabrina, la desconfiada de ella la había hecho dejar esos deberes hechos. Con dicha información, acudió a la comisaría, se presentó y pasó a exponer su investigación en paralelo.

Matías admitía que se había distraído, que pensó que todo había terminado y que ese proyecto de delincuente la dejaría tranquila, pero se equivocó.

La policía solicitó ayuda a otros cuerpos de seguridad, pues había muchas propiedades que registrar. Todo indicaba que habría sido su expareja la responsable del secuestro, tenía un móvil potente y el testimonio de Juan Peláez.

El domingo, casi cuarenta y ocho horas después, dieron con Álex, quien no se tomó excesivas molestias en ocultarse. Creía tener un plan genial sin fisuras, y ser de todo... menos sospechoso. Desde luego..., estaba muy equivocado, la denuncia que las dos mujeres habían interpuesto contra él y Juan le convertía en principal sospechoso, y estaba claro que no había realizado un trabajo lo suficientemente meticuloso, pues no contaba con ese pequeño detalle.

Capítulo * 15

—Tengo derecho a una llamada y a la asistencia de un abogado. —exigió Álex, con la soberbia que le venía caracterizando, una vez fue acomodado en una de las salas de interrogatorios habilitada en la central de policía.

—Va a mantener silencio, Alejandro Betegón Gutiérrez, hasta que se le ordene hablar.

—JA, JA, JA, JA... —rio él estrepitoso, generando un malestar inmenso en el inspector Jiménez—. Le va a caer un buen marrón por esto, ¿no sabe quién soy?, ¿hijo de quién? —Se inclinó ligeramente hacia delante, frunció el ceño y quiso... poner cara de ser alguien importante.

El inspector debía de tener ante sí al secuestrador más chapucero de la historia, y encima, lejos de sentirse avergonzado y mostrar cierta humildad, se creía que estaba en una serie del CSI y que podía abrir la boca solicitando un abogado o una llamada, o tal vez, aquel joven descerebrado se pensaba que su solo apellido iba a librarle de aquello.

—¿Dónde está Sabrina del Valle?

—A mí qué me cuenta. —Se tiró hacia atrás en su silla, cruzó sus brazos e instauró una estúpida sonrisa en el rostro.

El inspector elevó su severo rostro, lo miró con aquellos severos ojos y mantuvo la mirada con el joven proyecto de delincuente escasos segundos, que fue lo que tardó Álex en tragar saliva y menear la vista de un lado a otro, titubeante.

—Se lo voy a poner fácil. —El inspector cerró la carpeta que tenía antes sí, la retiró hacia su izquierda, situó ambas manos sobre la mesa al frente y, con aquella mirada de perro viejo acostumbrado a tratar con basura humana, delincuentes de órdago y maltratadores potenciales, decidió dejar de lado lo que hubiera sido un interrogatorio... normal, para pasar directamente al desenlace de aquel encuentro—: Sabrina del Valle ha sido secuestrada ante sus ojos y los de diversos viandantes, a plena luz del día...

—Esto... —Álex decidió que era buena idea interrumpir a aquel hombre de semblante serio y amenazante, señaló su pómulo— es de la hostia que me comí, precisamente por intentar evitar su secuestro. El cual, ¡yo, personalmente!, denuncié. ¿Por qué pierde el tiempo interrogándome? ¿He de entender que lo está haciendo con todos los que presenciaron, sin excepción, dicho secuestro? Porque una cosa es prestar declaración, como hice de forma voluntaria —aclara—, y otra bien distinta es que me traigan aquí a la fuerza, avergonzando a mi familia, quienes ya le vaticino que no van a dejar correr esta falta de respeto...

—¡Cállese de una puta vez!

El inspector se incorporó, golpeó con extrema fuerza la mesa e hizo a Álex enmudecer. Esperaba... que no fuera temporal, que, de verdad, con su reacción, el joven proyecto de delincuente se mantuviera en silencio, porque de llegar la tercera advertencia por su parte, no sabía si sus tablas de perro viejo le podrían mantener quietos los puños.

Aquel individuo de poca monta había secuestrado a una pobre mujer embarazada, a punto de dar a luz, y según la confesión de Juan Peláez Bautista, esperaba arrebatarse su bebé nada más nacer y ocultarla en un país extranjero carente de tratado con España, para como mínimo prostituirla. El joven que tenía frente a él era un aficionado, pero desde luego no tenía escrúpulos, y si a su corta edad ya había sido capaz de gestar semejante delito... con flecos e importantes lagunas, eso sí, pero un delito al fin y al cabo que pedía años de cárcel, necesitaba un escarmiento legal en firme, colaborara o no en estos momentos, porque a saber de qué iba a ser capaz más adelante con madurez y tiempo para pensar y dejar los flecos cortados.

—Sabemos que usted es el artífice de su secuestro, que lo orquestó todo con motivo del viaje de negocios de Matías Burgos, asegurándose así de que Sabrina del Valle estaría sola, todo próximo a su futuro alumbramiento, para arrebatarse a su bebé y llevársela a un país extranjero.

La cara de Álex palideció como la blanca nieve del invierno, amagó con abrir la boca, pero no sabía por dónde comenzar su torpe defensa. ¿Por qué aquel inspector tenía dicha información?

—Tenemos pruebas de todo esto, el testimonio de su cómplice Juan Peláez. —La tensión en la mandíbula de Álex fue evidente—. ¿Ya no se ríe, señor Betegón?

El inspector volvió a tomar asiento y posicionó nuevamente sus manos entrelazadas sobre la mesa que lo separaba de aquel cretino.

—Juan es un yonqui, no creo que su testimonio valga una mierda, además, hace meses que no sé nada de él, ¿por qué iba a ser más valiosa su palabra que la mía? Siempre ha sido un

envidioso.

—Puede —dijo el inspector elevando la comisura del labio—. Pero la denuncia que Sabrina del Valle y Silvia Jiménez interpusieron en esta misma central de policía hace unos meses contra ustedes y Juan Peláez generan un móvil muy potente, que los incrimina a ambos.

—Una... una denuncia... —Se revolvió nervioso en su silla—. ¿Qué denuncia? —preguntó rascándose la nuca.

—No tenía todos los cabos bien amarrados, señor Betegón. En cambio, Sabrina del Valle sí se cubrió sus propias espaldas, le denunció precisamente por amenazarla de que algo como lo que está sucediendo iba a ocurrir, incluso hay una grabación en la que se identifica su voz, realizando dicha amenaza que hoy... está gestando.

Álex enmudeció definitivamente, aquello... no se lo esperaba por nada del mundo, maldijo a Sabrina para sí mismo, lo perspicaz que había sido siempre, lo previsor y... lo que siempre le sorprendía.

—Es más, le hemos localizado porque ella misma, a través de una abogada particular y un detective privado, había recopilado información detallada sobre sus propiedades y lugares habituales que usted frecuentaba.

El inspector obvió admitir en voz alta que el propio cuerpo de policía había ignorado a la joven y su denuncia, aquello solía suceder cuando la denuncia carecía de rigor para entrar a trámite judicial.

Se prometió a sí mismo que, después de este horrible desenlace con Sabrina del Valle, ninguna otra denuncia por maltratos que tuviera lugar en su central sería obviada; al menos, realizarían un seguimiento para comprobar que los denunciados no fueran reincidentes.

—Tenemos un móvil que le incrimina, el testimonio de un testigo: Juan Peláez, el listado de sus propiedades y una orden judicial para proceder al registro de todas ellas, sin excepción. — Hizo una breve pausa que generó la incertidumbre en Álex, quien se preguntaba: ¿Por qué, si ya lo tenían tan claro, estaban interrogándole? Elevó el rostro y se enfrentó a la fría mirada de aquel hombre—. Responderé a la cuestión que ronda su cabeza, no hace falta que la formule en voz alta...

Generó otra severa pausa, se reclinó ligeramente hacia delante, trataba de oprimir la mandíbula conteniéndose las ganas de darle una tunda de hostias a aquel joven proyecto de delincuente, las que sus padres deberían haberle dado en su momento, para que un malcriado niño

rico como él no se creyera que el mundo es su paraíso particular donde poder jugar, herir a quien le parezca, hacer y deshacer, como él decía..., por ser hijo de quien era.

—Está aquí para aceptar un acuerdo, va a decirme dónde puedo encontrar a Sabrina del Valle con total exactitud. Porque tenga presente... que la vamos a encontrar en las próximas horas retenida contra su voluntad en una de sus propiedades, y que si no lo hacemos, haré que le caiga la máxima pena.

Álex no terminaba de comprender cómo aquello estaba siendo posible, creía tener un plan perfecto, sin fisuras...

—Eres un verdadero chapucero, el delincuente más cutre que he tenido la desgracia de conocer. Espero que esta sea la última vez que se te ocurre la brillante idea de delinquir, y que el escarmiento que recibas, tanto tú como tu familia, de manera colateral, sirva para darte cuenta de que vas por el camino incorrecto, y que la policía está para hacer su trabajo y detener a gentuza como tú.

El joven vacilaba con su mirada de derecha a izquierda. Admitir en voz alta ser el artífice de aquel brillante plan de secuestro de Sabrina era confesar y autoinculparse. ¿Eso es lo que debía hacer? ¿Eran ciertas las afirmaciones de aquel hombre de semblante rudo? Este afirmaba tener pruebas de sobra para incriminarle, sobre todo una vez hallaran a Sabrina en una de sus propiedades, concretamente, en la casa de veraneo que la familia de Álex tenía en Cudillero, un caserón que hacía una semana que habían despejado y cerrado hasta el verano próximo, por ello, le pareció un buen escondite hasta que Sabrina diera a luz, allí, de la manera más inhumana que se podría imaginar. Lagunas en el plan de Álex, había muchas y diversas, era el secuestro más cutre de la historia, porque una vez trajera a Sofía al mundo, ¿qué iba a hacer con ella?

La orden judicial que aquel inspector decía poseer activaría un dispositivo de registro propiedad a propiedad de su familia, sería todo un escándalo mediático, y el final del cuento, el mismo..., pues tarde o temprano Sabrina iba a aparecer en una de sus propiedades.

—¿Es cierto que tiene esa orden de registro? Quiero verla —exigió sin mucho aplomo.

—JA, JA, JA, JA, JA... —Para mayor incredulidad de Álex, el inspector reaccionó devolviendo las mismas carcajadas que él hacía rebotar por aquel pequeño cuarto al inicio de aquel «interrogatorio», que en realidad no era más que un mero trámite de acuerdo entre el culpable y su colaboración en el rescate de la joven.

Una vez el inspector recobró la compostura, se puso en pie, tomó el dossier que tenía a la

izquierda de la mesa y se dirigió hacia la puerta.

—Tiene de margen hasta que abra esta puerta para decirme con exactitud dónde está Sabrina del Valle. Una vez me vea cruzar el umbral de la misma, no existirá ningún tipo de inmunidad para usted, se apellide como se apellide —escupió con sumo desprecio.

No había puesto la mano sobre el pomo de la puerta...

—En la casa de veraneo que mi familia tiene en Cudillero.

El inspector no se inmutó o detuvo su marcha; tomó el pomo, lo giró y salió de aquel cuarto a pasos agigantados, dando órdenes explícitas de búsqueda y solicitando la colaboración de la Guardia Civil de Cudillero para que intervinieran al momento, ya que a ellos les llevaría al menos una hora llegar hasta el lugar.

** ** * * *

Tras la confesión del delincuente más cutre de la historia, dieron con Sabrina. No estaba mal cuidada, aún tenía a Sofia dentro de su vientre, y aquello fue un soplo de aire fresco para Silvia y Matías, pues sabían por boca de Juan lo que sucedería con la pequeña nada más que naciera.

Todo el mundo colaboró en recuperar a Sabrina y Sofia sanas y salvas, pero quien realmente salvó a ambas... fue la propia Sabrina, quien, desconfiada y no dejando que su enamoramiento con Matías nublara su juicio, pese a su juventud, fue lo suficientemente perspicaz para gestar con su abogada según qué trámites, como el listado exacto que un detective que trabajaba para ella gestó, de todas las propiedades de la familia de Álex, y que fue determinante para presionarle y que confesara la localización exacta de Sabrina, al verse acorralado con la información que obraba en manos del inspector.

Lo cierto es que ella siempre desconfió de él, y más cuando le otorgó un divorcio limpio de discusiones. Un hombre que la amenaza y la acosa hasta el punto de comprarse un piso en el mismo edificio que ella ¿desaparece sin más? Siempre sospechó que Matías, aquel viernes, hubiera tenido algo que ver con dichas desapariciones tan misteriosas de ambos en sus vidas. Cuando confesó lo que les hizo a ambos, no quedándole más remedio, dado que Sabrina había sido puesta en antecedentes de una manera muy sutil por Álex el día de su secuestro y Silvia ya tenía en su poder la información con pelos y señales que Juan le había narrado, y Matías contó su versión con todo lujo de detalles, a Sabrina le costó imaginárselo dándole semejante paliza de

muerte. Su imaginación había pincelado la intervención de Matías bastante más diplomática, ahora... tenía la confirmación del amor que ese hombre sentía por ella: si en aquel momento, en el que no eran nada más que dos desconocidos jugando con el destino, ya hizo aquello, nadie imaginaría lo que hubiera sido capaz de hacerle a Álex de haberlo encontrado antes que la policía.

* Epílogo *

Una semana después...

—¡¡Aaaahhh!!

—Respira, cariño, respira.

—¡¡Matíaaaas!! ¡¡Que respire tu putísima madre!!

—De acuerdo.

—Venga, Sabrina, abre las piernas y no las cierres, relájate —pide la matrona.

¡¡Tiene que estar de coña!!

—¡¡NO!! —gruño como una perra rabiosa.

—Déjeme a mí hablar con ella —ofrece Matías a la matrona—. Cielo, vamos a respirar juntos...

—¡¡MATÍAS!!

—Sí.

—¡¡CÁLLATE!!

—De acuerdo, de acuerdo... —Inclina el rostro y oprime los labios, seguramente le cuesta contenerse las ganas de descojonarse, más le vale no sonreír ni una vez antes de que salga Sofia de aquí dentro.

—¡¡EPIDURAL!! ¡¡POR FAVOR!!

Suplico, cierro los ojos, no soy capaz de tener las piernas abiertas, esta es la sensación más desagradable del mundo.

—No es posible, Sabrina, has llegado muy dilatada, ya está casi —dice con optimismo la mujer a la que patearía la cara con uno de mis pies, si no fuera porque es la única en la sala con conocimientos para sacarme a Sofía—. Tienes que concentrarte en respirar y, cuando venga el dolor fuerte, empujar.

—Así de fácil —añade Matías, ganándose un pellizco—. ¡Ay! Sabrina.

—Si vuelves a abrir la boca —respiro, respiro, respiro—... te juro por Sofía que —respiro, respiro, respiro—... ¡¡AAAAHHHHH!!

—¡Eso es, muy bien, campeona! —me anima la matrona como si esto fuera una maldita competición—. Descansa. Respira. En veinte segundos viene otra...

—¡Esto es inhumano! ¡Sois unos asesinos! ¡Os mataré a todos!

Chillo con los ojos cerrados, me retuerzo y arqueo mi espalda, es imposible concentrarse en respirar, de hecho, solo me apetece contener la respiración...

—¡¡AAAAHHHHH!!

—Venga, venga, venga... Ya está aquí su cabecita, mira, papá.

Entreabro los ojos y lo observo estupefacto mirando mis partes bajas fijamente.

Bufo en lugar de respirar los putos veinte segundos que se supone que son de recuperación... ¡¡Ja!! Me río de las teorías de mierda, los flyers de los cojones, los folletos con los que tendría que haberme limpiado el culo y hubieran resultado más prácticos...

—Madre mía, la... veo... —oigo decir a Matías, antes de...

—¡¡AAAAHHHHH!!

—Ahora sí, ahora sí... Ya estás aquí, pequeña.

—¡¡AAAAHHHHH!! ¡¡AAAAHHHHH!! ¡¡AAAAHHHHH!!

—¿Por qué sigue gritando? —pregunta Matías incrédulo.

—Y empujando —añade la matrona—. ¡Tienes que parar Sabrina!, ¡nos estás poniendo perdidos a todos!, ¡deja de empujar!

—¡¡OS JODÉÉÉIIS!!

Espero, incluso, haberme cagado encima de la enfermera, y si he salpicado a Matías de paso, mejor que mejor.

Me dejo caer exhausta sobre la camilla, me mareo, estoy pingando de sudor, cierro los ojos, solo quiero... dormir...

Buaaa... buaaa... buaaa...

—Es... ella... —digo abriendo los ojos con lentitud. Alzo mis brazos pidiendo con ellos que me la entreguen, me siento sin fuerzas, no es un acto voluntario, reacciono de manera instintiva, quiero que me la den, no deseo separarme de ella, debo protegerla.

—Toma, mami —dice la matrona entregándome a Sofía, ya calmada, no llora.

—Gracias. —Sonrío, miro de soslayo a la matrona y la veo teñida en rojo y chocolate. No quiero saber nada. Me concentro en... ella—. Es preciosa.

—Como su madre —oigo a Matías a mi lado—. Eres increíble, Sabrina, lo has hecho muy bien.

Acaricia mi melena sudada, retira los pelos húmedos de mi frente, echa por detrás de mis orejas unos mechones, despeja mi cara y se lo agradezco, porque así, alzo a Sofía, beso su pequeña mejilla deseando que en un futuro esté plagado de pecas como las mías y le digo arrimada a su pequeña orejita:

—Bienvenida a mi mundo imperfecto.

Sobre la autora



Nací en 1980. Vivo en la preciosa ciudad de Gijón (Asturias), con mi marido y mis hijos, quienes son mi fuente de vida, energía e inspiración.

Me fascina la lectura y lo que representa evadirme y sumergirme en el mágico mundo de la fantasía y la imaginación, donde somos libres para hacer, decir y pensar cuanto queramos.

Como apasionada de los libros, ya desde niña tenía la inquietud y afanosa vocación de plasmar por escrito aquello que rondaba por mi cabecita.

Aunque no será hasta el verano del 2013, con el incondicional apoyo de mi marido, cuando me decida a invertir el cien por cien de mi tiempo y esfuerzo en tratar de ver cumplido este maravilloso sueño: llegar a publicar mis novelas para poder compartirlas contigo.

Gracias, gracias y gracias, de todo corazón a mis lectores.

Está claro ... ¡Sin vosotros, hoy esto no sería posible!

Novelas publicadas por la autora:

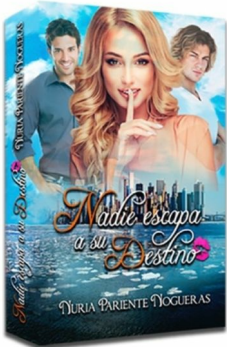


Recordar, Olvidar, Amar y Amigas Forever.

PACK SAGA FOREVER:

Conoce a:

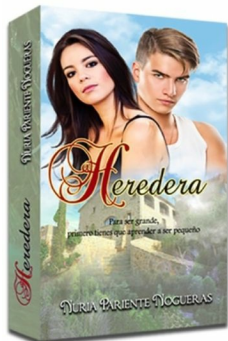
Cintia, quien romperá con un pasado que la ha mantenido reprimida hasta que su pizpireta amiga Maty la hace comprender que solo tenemos una vida, que nos pertenece, y que, al igual que nadie se ofrecería a morir en nuestro lugar, nadie debería decirnos cómo debemos vivirla. A Bryan, que aparecerá en su vida para intentar enamorar de nuevo su dañado corazón a causa del maltrato al que su exmarido y padres la han sometido. Y a otros muchos personajes que convierten a *Forever* en una novela coral.



NADIE ESCAPA A SU DESTINO

Trama de asesinato que te atraparà y mantendrà en vilo hasta el final.

Quando todo va mal, ¿crees que no podrìa ir peor?: *«Acaban de detenerme, me hallo en esta fría comisaría de la ciudad de NY desde hace más de una hora prestando declaración, porque me consideran la principal sospechosa de un asesinato, revivir mis últimos cinco días será determinante para probar mi inocencia».*



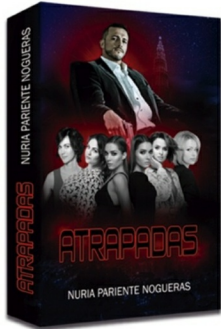
HEREDERA

¡¡COMEDIA ROMÀNTICA, APTA PARA LECTOR JUVENIL!!

Un secreto de familia destruirà la relación de una madre con sus hijas y dos hermanas que descubriràn cómo una gran mentira las habìa mantenido unidas.

El egoísmo de una de ellas la llevarà a emprender su propia aventura en solitario, topándose de bruces con la cruda realidad de la que cree estar huyendo.

Engaños y mentiras en torno a una conflictiva herencia.



ATRAPADAS

Thriller de acción y aventura.

Seis mujeres, con roles sociales completamente diferentes y con un único punto de unión, su amistad desde el instituto, verán cómo sus mundos cambian drásticamente cuando un desconocido, principal cabecilla de un cártel de la droga, se inmiscuye peligrosamente en sus vidas.

Aventura, acción e intriga se unen en esta novela, donde nada es lo que parece, cargada de giros imprevistos, que te mantendrá en vilo hasta descubrir su sorprendente e inesperado final.



MI MUNDO IMPERFECTO

Jóvenes, emprendedoras, independientes, solitarias, alocadas, enamoradizas..., así son Sabrina y Silvia, dueñas de la fábrica de repostería Doble S.

Conoce su mundo imperfecto, donde los minutos y las horas vuelan, la amistad y el amor prevalecerá, los problemas y las dificultades no obstaculizarán su futuro.

Una novela fresca y divertida que te robará más de una sonrisa. Emociónate con esta alocada comedia romántica con un final... de lo más inesperado.

Serie infantil publicada por la autora:

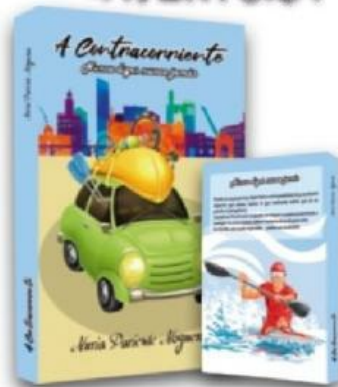
El universo de Valeria J



Sus pies rebotaban bajo el pupitre, friccionaba sus manos una contra la otra, evidenciando su nerviosismo, Valeria miraba su reloj, el mejor momento de la semana comenzaría en: Cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡Beeeeeeee!

Recogió a toda prisa, urgía abandonar aquel colegio, comer tan rápido como sus mandíbulas le permitieran triturar el alimento y dejar volar su imaginación con total libertad, pues era viernes y, por tanto, tenía carta blanca para gestionar su tiempo como considerara oportuno. Y hoy, esa imaginación, la llevaría tanto a ella como a sus amigos a vivir toda una aventura como superhéroes.

HUMOR * AMISTAD
* AVENTURA



A Contracorriente
Nunca digas nunca jamás

Rubén es un joven muy deportista con la posibilidad de practicar el deporte que desee, menos el que realmente siente que es su pasión: el piragüismo.

Cuando su frustración no puede ser mayor, su padre es destinado a trabajar en otra ciudad y deben mudarse de un día para otro. En Sevilla, ese sueño imposible... podría ser alcanzable.

No dejes de soñar

*La vida te pone obstáculos,
los límites los pones tú*



Carolina (patosa, despistada e inteligente) y Lorena (popular, chula y un tanto... influenciable), amigas desde que tenían dos años, se enfrentan a su primer día de instituto juntas.

Las decisiones que acumulen a lo largo de esta nueva etapa que inician serán determinantes para su futuro.

Síguela en redes sociales



No dudes en dejarme tu opinión en redes sociales.

Gracias por leerme.

www.nuriapariante.com

Encontrarás algunas de sus novelas traducidas



Portugués – Alemán – Inglés – Italiano – Español – Francés